

LIZZY BRONTË

El demonio de
DANKWORTH

D.J.57

El demonio de
DANKWORTH
LIZZY BRONTË

©Lune Noir, 2018

ISBN:9781723799853

©Todos los derechos reservados. Queda prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra.

A todos ellos que batallan con fantasmas del pasado, con cariño,

Lizzy.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Epílogo](#)

[Nuestro catálogo](#)

[Síguenos en las redes sociales](#)

Capítulo 1

Lo único que indicaba el amanecer era el sonido del reloj. Cinco campanadas ahogadas en el lejano salón y el despertar de los sirvientes de la casa. Diane Mayer se levantó de la cama antes de que la quinta campanada sonara y se apuró a quitarse la camisa de dormir. Refrenó el deseo de abrir la ventana y permitir a la bruma entrar al cuarto, aunque lo prefería antes que al agobiante encierro.

Los pocos leños de la noche anterior eran un recuerdo de cenizas, y los muros de piedra estaban helados. El calor de las escasas horas de sol jamás atravesaba las paredes de la casa de su tío.

Un golpe suave en la puerta la sobresaltó. Serenó la respiración y los latidos de su corazón antes de acercarse a abrir. La poca insistencia al otro lado le dijo que se trataba de Camile, una de las muchachas de la servidumbre, y eso colaboró con la búsqueda de calma.

Corrió la cómoda que se encontraba sobre la puerta para impedir el paso de extraños en la noche, el sonido quedó amortiguado por la alfombra que siempre colocaba. No quería perturbar el sueño de su tío, ni empujarlo fuera de la cama con antelación. Las únicas horas de paz que Diane tenía eran cuando el Barón Mayer descansaba.

Tras destrabar la puerta, buscó la llave y, por último, quitó el candado. Ningún resguardo le parecía suficiente.

—¿Necesita ayuda, señorita? —preguntó Camile en un susurro amable.

—No, gracias. Puedo sola, ve tranquila.

No necesitaba de la colaboración de una doncella en su día a día. Los dos vestidos elegantes, si así se les podía decir, estaban al resguardo en la habitación del Barón. Tenía prohibido usarlos salvo que hubiera visitas, o los domingos para el servicio religioso. El resto del tiempo, vestía prendas humildes, similares a las que llevaba Camile.

Se cubrió con una camisola raída, colocó el corsé que se abrochaba por delante, las medias de lana, los botines gastados y el vestido gris con botones al frente. Lo único que la diferenciaba de la servidumbre eran los preciados botones forrados. Solía dormir con su cabello trenzado para que los espesos mechones rubio ceniza no se enredaran. Con la misma trenza, sin demorarse en cepillarla, se hizo un moño a lo alto de la cabeza que sostuvo con un par de

horquillas. Ya estaba lista para comenzar con las faenas.

Tampoco en eso se diferenciaba de la servidumbre. La única vela del cuarto la dejó sobre la cómoda, no podía darse el gusto de encenderla y gastar la poca iluminación que la acompañaba por las noches. La lectura era la única evasión entre esos muros de piedra, y no renunciaría a ella.

Sus pies retumbaron en el vacío. El alivio la embargó cuando llegó a la cocina y el aroma a pan horneado le inundó las fosas nasales. Los sirvientes se apretujaban cerca del horno e intentaban llevar a cabo sus tareas sin alejarse demasiado de allí. Tenían prohibido hacer uso de la leña y alimentar el fuego de las chimeneas que no fueran para uso del Barón. Solo la del comedor y la recámara principal eran encendidas por la noche, los demás eran condenados al invierno.

Diane no tomaba el desayuno en el salón principal. Debería de considerar eso una ofensa, una que aceptaba como la mejor de las imposiciones de su tío. Mantener la distancia de ese odioso hombre, reducir el tiempo en su compañía.

Extrañaba tanto a sus padres... Intentaba no pensarlos para que la melancolía no la golpeará, y con ella, la desesperación. Ese sentimiento que comenzaba a empujarla a la locura, a los pensamientos oscuros que se hacían uno con la bruma del amanecer o con la penumbra de la noche. El antiguo Barón Mayer, hermano mayor de su tío, y la baronesa murieron de tifus. Diane creyó que jamás viviría infierno peor que el de ver a sus padres morir por la fiebre, se equivocó. La peor de las condenas vino después, cuando Henry Mayer pasó a ser el octavo Barón de Tavernier y su legal tutor.

Para vaciar su mente de malos recuerdos y desastrosos presentes, se dispuso a ayudar a la cocinera con la limpieza de las judías verdes.

La silueta de un hombre por el camino que daba a la puerta de servicio rompió la armonía. Diane hizo un gesto con la mano de que ella se encargaría y limpió las mismas en el delantal antes de quitárselo. La claridad gris permitía adentrarse en la niebla sin necesidad de una farola.

El hombre realizó una inclinación de cabeza al reconocerla. Sabía que se trataba de la sobrina del Barón por la rutina de su trabajo.

—Correspondencia —aclaró sin necesidad y extendió los sobres. A veces, se atrevía a sonreírle. Sentía esa necesidad de iluminar con cortesía las mañanas de la muchacha, que siempre parecía apagada por el dolor y la tristeza.

—Muchas gracias. ¿Desea algo para beber? —ofreció de manera cortés. El hombre negó y deshizo los pasos para seguir con su recorrido, dejando a Diane sola en el camino de ingreso.

Retrasó el regreso al interior de la casa. No era una mujer delicada, que temiese a las inclemencias del tiempo. Sus miedos vivían bajo aquel techo que la

aguardaba y que no le daba resguardo. Pasó por los sobres, leyendo los remitentes. Casi todos iban dirigidos al Barón, solo uno de ellos tenía su nombre impreso e iba a la par de otro que debía entregar en manos de su tío.

—¿Buenas noticias? —preguntó Camile desde la puerta.

—Eso espero, carta de Tía Betsy. —Una sonrisa se abrió camino en sus labios, y pareció hacerlo en el cielo. La hermana de su madre era una mujer tan dulce como supo ser la anterior baronesa.

La ansiedad de Camile se hizo una con la de Diane. La joven asomó el rostro redondo, de mejillas sonrojadas, sobre el hombro de su señora para ver en detalles. No sabía leer, y eso no le importaba ni la detenía. Le gustaba ver el trazo de las letras sobre el papel, la forma que dibujaba. Camile solía decir que con eso bastaba para saber si eran buenas noticias o malas. También para conocer qué clase de persona era el remitente.

—Me invita a pasar unas semanas en la casa de campo de Lady Ducville, en Escocia —comentó en voz alta la noticia para todos los presentes. Solía leer el periódico para ellos también, el mismo reposaba en la mesa central a la espera de que fuera planchado antes de llevárselo al Barón. Tarea que solía hacer mientras lo leía.

—Oh, la vamos a extrañar —expresó la cocinera, con cierto pesar que se apuró a disimular. Era lo mejor para la señorita Diane, alejarse del odioso tío, aunque eso implicara privar a la servidumbre de su compañía.

—No quiero hacerme ilusiones... —dijo y dejó la correspondencia en la bandeja de plata. Tomó el periódico, la plancha de carbón y comenzó a separar las páginas para fijar la tinta con el calor e impedir que manchara los dedos de quien lo tocara.

Los demás hicieron silencio, concedores de las palabras no dichas. Su tío era incapaz de brindarle un respiro, cualquier vestigio de felicidad era apagado por órdenes del Barón.

De todos modos, Diane sentía que esa vez sería distinto. Su tía Betsy era de esas mujeres que no daban puntada sin hilo, conocía el temperamento de Henry y no hubiese hecho una invitación así sin reservarse un as bajo la manga. Si de algo era incapaz Betsy, era de jugar con las esperanzas de su sobrina.

Diane, con un ánimo renovado, pasó a leer los titulares de *The Times* y entró en detalle solo en aquellas notas que llamaban la atención a quienes se aglomeraban a su alrededor. Esa era la última tarea que llevaban en conjunto, a la par del improvisado desayuno. Luego, cada uno de ellos comenzaba con la jornada impuesta por el ama de llaves y el mayordomo. Un matrimonio que la había acompañado a ella desde que sirvieron al anterior Barón.

—Diane —la llamó Camile aparte. El rubor le teñía las mejillas por la

vergüenza—, podría hacerme el favor...

No tuvo que decir más. Diane le regaló una sonrisa, y la acompañó al despacho del Barón. Allí, sobre el escritorio, dejó la bandeja con la correspondencia e hizo la tan temida actividad: encendió la lámpara eléctrica. Camile se persignó como hacía siempre que veía a la electricidad en funcionamiento, para ella, eso era cosa del demonio.

Era la única lámpara eléctrica de la casa. Un lujo que Henry Mayer se había permitido para no ser menos que los demás. Diane lo sabía, a su tío también le daba miedo y seguía eligiendo las velas. Eso hacía que ella sintiera gran fascinación por la bombilla y se quedara horas observando el hilo dorado de su interior.

Las siete campanadas eran su condena. Resonaron junto a la campanilla de servicio que indicaba que su tío despertaba. Diane se apuró a dejar el despacho ante la mirada llena de pena de Camile, y fue directo al vivero, a dedicarse a las rosas.

Allí la halló su tío dos horas después, llena de tierra, con una mancha marrón en su frente y las manos negras de trasplantar rosales. Las espinas habían dejado marcas blancas en sus manos, que ella ignoraba, y a las que ahora se sumarían nuevas.

Las rosas le permitían albergar la esperanza de belleza al final de las espinas. De que, en esa rudeza, la naturaleza enseñaba una lección. Las flores se protegían de quienes querían matarlas para poseerlas por un breve tiempo. Robarles el aroma, el color, hasta que se marchitaran por completo.

El temor que le infundía Henry la llevaba a ella a desarrollar sus espinas. Los vestidos raídos, el cabello trenzado sin esmero y la carencia de sonrisas. Diane era una rosa que se negaba a florecer para no ser cortada. Y de momento, solo de momento, su tío le daba espacio. El hombre sabía que su sobrina pronto se volvería una bella mujer, conocía lo que escondían sus trapos viejos, su andar desgarbado. Lo había visto en su cuñada, y deseado desde entonces. Si el tifus se hubiera llevado solo al Barón... solía lamentar. El maldito destino le había arrebatado a la mujer que anhelaba y, a cambio, le había otorgado un penoso premio consuelo. Uno del que debía hacerse cargo y con quien compartía la mitad de la sangre. Esos reparos comenzaban a ser insuficientes para contener la lujuria; cada día, Diane se parecía más a su madre, cada día la deseaba más. No podía hacerla suya de manera legal, pero le pertenecía de otra manera.

Desearla y no poder tenerla era lo que lo empujaba al peor de los odios. Eso y el recuerdo de otra mujer que tampoco pudo tener, por no ser el primer Barón de Tavernier, por ser el segundo hijo. Ahora poseía ambas cosas, el título y al reemplazo de la baronesa.

El jefe de cuerdas observaba el vivero desde lejos. Henry apretó los dientes con furia y los hizo rechinar. Los sirvientes protegían a Diane de sus avances durante el día, la mantenían bajo su ala, conscientes de sus intenciones. Y no eran los únicos, Betsy había conseguido alejarla de él por unas semanas. Solo una cosa podía darle más placer que tener el cuerpo de su sobrina, y era hacerla miserable, como había sido él todos esos años en que le arrebataron lo que era suyo.

—Te marcharás mañana a Escocia, tu tía te reclama —ordenó y se alejó de allí ante la insistente mirada del jefe de cuerdas. Podía despedirlo, claro que sí, aunque sería reemplazado por otro que hiciera lo mismo. Ya lo había intentado, la servidumbre estaba en su contra.

Diane largó el aire con alivio. No sabía qué escondía la carta de su tía, de todas maneras, estaba convencida de que destilaba amenazas entre líneas. Le había conseguido un par de días de libertad, solo eso, porque sabía que el Barón no la dejaría marchar jamás.

La cena era la hora del día en que no podía mantener las distancias. Era invitada, sin alternativa, a compartir la mesa con el Barón. Las miradas lascivas sobre ella le impedían llevar el tenedor a la boca, sentía los ojos de su tío fijo en los labios rosas de ella. Acompañaban los movimientos de los mismos, y Diane no levantaba la cabeza ni para mirar los platos que se colocaban frente a ella. Temía que el estómago la traicionara y la llevara a devolver lo poco ingerido. Tan horrible evento había tenido lugar en el pasado y fue recompensado con una paliza feroz. Aún conservaba las marcas en su espalda, de cuando Henry le arrancó el vestido y, con la fusta de caballo, descargó la furia contra la piel hasta hacerla sangrar.

Cualquier motivo parecía suficiente para que Diane recibiera una paliza. Esa noche, por el contrario, el Barón contenía esos impulsos. Si la marcaba antes del viaje, Betsy lo vería, y recurriría a alguna otra treta para mantenerla alejada de él. La mujer no tenía poder sobre su sobrina, era tan solo una viuda insignificante más, de todos modos, los contactos que la viuda de Sir Merridan conservaba le podían complicar las cosas.

—Vete —demandó el Barón en mitad de la cena, sin razón aparente. Diane se impulsó sobre la silla y por poco arroja los platos al suelo por el susto.

Hizo una leve reverencia antes de escapar de ahí. Henry quedó solo con el deseo latiendo en sus pantalones y la ira calentándole la sangre. No toleraba la presencia de la muchacha. O la hacía suya o se la quitaba de la vida, ya no existían alternativas para él. Su vida era un infierno, cuando debía ser un paraíso.

Diane corrió escaleras arriba, por los pasillos oscuros, hasta su recámara. El corazón le bombeaba desbocado dentro del pecho, la inocencia había muerto

junto a sus padres. Lo sabía, lo sabía muy bien. Su condena final era inminente, su tío apenas podía contenerse. Con la fuerza que le daba el pavor, corrió la cómoda para impedir el paso de cualquier extraño por la noche. La llave y el candado que el jefe de cuadras le había dado no parecía ser suficiente. Ya nada sería suficiente.

Así como se encerraba en su cuarto, así de atrapada era como estaba en esa vida. La única salida temporal era la lectura. Tomó el ejemplar de Frankenstein y encendió la vela para poder leer, cambiar un monstruo real por uno ficticio, uno que no le infundía tanto miedo.

Se durmió cuando la vela se consumió por completo. Vestida, con el cabello aún recogido en el desprolijo moño y el corsé aprisionando las costillas.

Unas horas después, con una luna que apenas iluminaba tras la niebla, los pasos al otro lado del pasillo la despertaron. Se sentó sobre el colchón y se rodeó las rodillas con las manos para protegerse de un frío que no lo traía el clima. Cerró los ojos cuando oyó el forcejeo con la cerradura. Las lágrimas brotaron de entre los párpados unidos.

Henry se rindió tras algunos intentos, y los pasos se alejaron. Tendría que esperar hasta el regreso de su sobrina, solo un par de semanas. Ese era el ultimátum mudo del Barón, esos eran los últimos días de libertad con los que contaría Diane en su vida.

Capítulo 2

El mal clima la acompañó durante el viaje. Los vientos sacudían el carruaje y, por momentos, les impedían a los caballos avanzar a buen ritmo. Se detuvieron en una posada a mitad de camino, y Diane descansó como no recordaba haberlo hecho en su vida. El posadero y su mujer regenteaban el lugar, era un matrimonio amable, considerado con aquella muchacha que estaba sola con un cochero. El Barón le había permitido partir sin llevarse a Camile a modo de doncella.

En una habitación en la que no debía protegerse de nada, se dejó llevar por un reparador descanso. Por la mañana, su ánimo mejoró de manera notable, cada milla que se alejaba de su tío se presentaba como una buena noticia. No deseaba pensar que fuera temporal. Tomó el ejemplar del libro que llevaba consigo y se dispuso al segundo día de viaje que ahora se iluminaba por algunos rayos de sol que atravesaban las espesas nubes.

Unas horas más tarde, el camino se bifurcó y el carruaje se acercó al mar. El sonido de las olas le llegaba junto a la brisa y, pese al frío, Diane abrió la pequeña ventana para dejar que la naturaleza la acariciara. En apenas una hora estaría en la casa de campo de Lady Ducville, una mujer que compartía una estrecha amistad con su tía. Casi no la recordaba, y temía que sus memorias no fueran justas. La nostalgia teñía los momentos del pasado con su cristal, y solía hacer ver todo más bello de lo que en realidad fue.

El paisaje agreste la llamaba, Diane se debía contener para no bajarse del carruaje y recorrer el lugar maravillada por la fuerza de la naturaleza, que allí parecía estar sin intervención humana. Tan solo la capilla y la mansión Ducville desafiaban el lugar.

A medida que avanzaban por el camino de ingreso a la mansión, el sonido de personas disfrutando de la mañana le hizo sonreír. Las fiestas de campo se daban al finalizar la temporada de Londres, y aprovechaban el ambiente distendido para tratar los asuntos pendientes. Para los lores, negocios que pudieran salvar sus ruinosos títulos, para las ladies, la posibilidad de concretar sus compromisos o conseguir marido. Ambas actividades escondían un mismo fin: el dinero.

Diane, por el contrario, estaba allí para tomar un respiro de su vida. No albergaba esperanzas de ningún tipo, su tío le había quitado la dote establecida por su padre, y la belleza no era su herramienta más preciada. Menos con la falta de vestidos acorde y su afán por lucir menos atractiva ante la lujuriosa mirada del Barón.

El carruaje se detuvo en la puerta de ingreso y tres lacayos se acercaron a bajar las maletas, mientras uno más la ayudaba a descender. Lady Ducville, como excelente anfitriona que era, se acercó a recibirla, y tras ella lo hizo su tía Betsy. La mujer la rodeó con los brazos y la apretujó contra su cuerpo lleno de curvas.

—Diane, querida, ¡qué gusto verte!

—Gracias, tía. Lo mismo digo. Gracias, Lady Ducville —se giró hacia la mujer e hizo una reverencia a modo de saludo—, por su amable invitación.

—Siempre eres bienvenida.

La acompañaron dentro de la mansión, donde el resto de las mujeres se encontraban tomando un refrigerio, conversando de banalidades y trabajando en algunas labores de costura. Hizo otra reverencia para todas ellas.

—La Honorable Diane Mayer —fue presentada como el título de Barón que supo ser de su padre demandaba—. Ahora, querida, seguro deseas pasar por tu habitación para descansar después del arduo viaje.

Diane asintió con un movimiento de cabeza en agradecimiento y permitió que una doncella la acompañara a la recámara que compartiría con su tía. No quería ser descortés, sabía que las intenciones de la mujer eran buenas, pero ella no se sentía cansada. La noche en la posada le había infundido energías, y la vida junto a su tío la tenía acostumbrada a levantarse al alba y trabajar hasta que el sol se escondía en el horizonte. Las horas de campo se le presentaban como aburridas, un aburrimiento que debería traer consigo algo de paz.

Betsy se disculpó con las presentes, con la excusa de ayudar a su sobrina, y se marchó junto a ella. Una vez en la habitación, la mujer despidió a la doncella.

—Podemos encargarnos desde aquí —dijo sin más, cuando la muchacha dejó la jarra con agua fresca y las escasas maletas de Diane.

Su tía no pudo ocultar el desagrado al ver las pocas pertenencias de su sobrina. Precavida, había hecho confeccionar dos vestidos más que traía consigo y que esperaba que fueran del talle de la joven.

—Has crecido mucho este año que no te he visto —comentó con la mirada evaluativa puesta en ella.

—Eso creo...

—Aunque estás demasiado delgada. Preguntaría si comes bien, pero sé la respuesta. —Se dispuso a no ahondar en eso de momento, de nada servía gastar palabras en evidenciar los maltratos del Barón. La ayudó con el corsé, y la instó a sentarse frente al espejo para cepillarle el cabello como solía hacer cuando era una niña.

La falta de hijos había sido un castigo para el matrimonio Merridan, y los instintos maternales de la mujer fueron puestos en Diane. La amada hija de su

hermana.

—Desearía que tu madre me hubiera oído —se quejó en un murmullo, mientras pasaba las cerdas del cepillo sobre la rubia cabellera de la joven.

—Es tarde para lamentaciones, tía. Nadie puede prever estas cosas...

—¡Claro que sí! —discutió la mujer—. La muerte es parte de la vida, todos debemos prepararnos para ella.

La viuda de Sir Merridan no pasaba un día sin sufrir por las imposiciones legales. Su hermana sabía qué clase de hombre era su cuñado, ambas lo habían adivinado a la primera. En muchas ocasiones Betsy le había pedido que interviniera ante el Barón para que les otorgara a ella y a su marido la tutela de Diane. El antiguo Barón no había accedido, incapaz de ver la perversidad de su hermano a quien justificaba con el mismo argumento que utilizaba Henry para sostener su maldad. «Es mi heredero, merece tantas responsabilidades como yo. Es injusto para él, dar a entender que es incapaz de cuidar de nuestra hija si algo nos sucediera sería una ofensa sin igual».

Las consideraciones del antiguo Barón de Tavernier, su bondad que se equiparaba a la de su esposa, fueron la condena de su hija.

—De todos modos... —Diane intentó quitar la pena que embargaba a su tía. Fue interrumpida por la mujer, que no deseaba perder tiempo con cosas que no se podían solucionar. Prefería enfocarse en el futuro.

—De todos modos, encontraremos la forma de liberarte de él. Eso haremos, y Lady Ducville está de acuerdo conmigo. Dispuesta a ayudar. Aún no los has visto, pues los hombres han salido de cacería. Es temporada de patos.

—Supongo que comeremos pato en todas sus variantes —comentó Diane.

—Oh, no. Si ninguno de ellos sirve para otra cosa que para holgazanear. No podrían matar un pato ni aunque lo tuvieran frente a sus narices. A pesar de ello, entre esos holgazanes hay hombres buenos, que buscan esposa...

—Tía, por favor, no quiero que te hagas ilusiones...

—La única que le teme a las ilusiones aquí, mi niña, eres tú.

—No tengo dote, no tengo belleza y dudo que el Barón me permita casarme con un buen hombre.

—Eso lo manejaremos Lady Ducville y yo. La falta de dote no es un problema insalvable, hay muchos hombres aquí que tienen más dinero del que pueden administrar, estoy segura de que no tendrán problema con eso si se llevan una magnífica mujer.

Diane puso los ojos en blanco. Magnífica mujer y Diane Mayer no eran sinónimos. Betsy castigó sus pensamientos con un leve tirón de cabello.

—¡Eso fue adrede! —se quejó.

—Por supuesto lo fue. Eres bella, querida, deja de pensar lo contrario. Solo

estás un poco desarreglada, para eso es que traje nuevos vestidos. Y tu conversación es estimulante, no como la mayoría de las niñas que se presentan en sociedad...

—A los hombres no les gusta que las mujeres hablen —replicó.

—A los hombres que debes esquivar no les gustan las mujeres inteligentes, pero aquí aspiramos a uno que vea tu potencial más allá de la dote, así que sé tú misma, lo demás estará en nuestras manos. Volveré a llamar a la doncella para que te ayude a arreglarte, puedo notar que no estás cansada ¿Quién pudiera volver a ser joven? —se lamentó e hizo crujir sus huesos como si tuviera setenta años en lugar de cuarenta—. Cuando estés lista, te presentaremos a los caballeros. Lady Ducville tiene una lista de todos ellos, con sus fortunas, sus gustos, virtudes y defectos. De entre ellos elegiremos al mejor, y no te irás de aquí sin un esposo. Como que me llamo Elizabeth Merridan —sentenció antes de marcharse y dejarla en manos de una hábil doncella.

Un par de palabras compartidas con la doncella la llevaron a averiguar que había trabajado para la hija de Lady Ducville antes de que ella se casara. Era la mejor a la hora de arreglar el cabello, apretujar corsé y hacer lucir a una dama como un diamante. Realmente ambas mujeres se habían impuesto la ardua tarea de conseguirle un marido, y Diane comenzaba a temer los métodos de su tía para convencer al Barón de acceder a una unión que la liberara de sus garras.

Les llevó una hora conseguir que Diane luciera preciosa. El vestido de tarde confeccionado por la modista de Betsy le iba a la perfección, quizá un poco prieto en los senos, por lo demás, se ajustaba a la curva de su cintura y se ampliaba en su cadera consiguiendo un vaivén suave en su andar. Era de un precioso verde inglés, que realzaba la blancura de su piel y el tono ceniza de su cabellera.

Cuando estuvo lista, juntó valor para regresar al salón y prestarse a los planes de esas amables mujeres que solo tenían buenas intenciones. Solo que ella no contaba con grandes dosis de esperanzas al respecto.

Antes de atravesar el umbral, se dio de lleno con un pequeño que correteaba por los pasillos. El niño se disculpó, y se alejó un par de pasos de ella, asustado. Diane se agachó para consolarlo y asegurarle que nada malo había pasado, a pesar de sus intenciones, el pequeño por poco sale disparado por el temor.

—Timothy —Una voz grave se hizo oír a sus espaldas, Diane sintió que un escalofrío la recorría desde la nuca hasta los tobillos—, discúlpate con...

Las palabras se evaporaron cuando la joven se volteó hacia el dueño de esa voz. Andrew Lawrens, Lord Dankworth, quedó petrificado ante Diane. Y a ella, por razones distintas, le sucedió algo similar.

—Lo siento, mi Lady, no hemos sido presentados —dijo el hombre tras

hacer una reverencia.

—Diane Mayer —correspondió el saludo y se inclinó ante él. Con ese gesto dejaba entrever que no le correspondía el trato de Lady, a la vez que asumía que ese enigmático hombre era poseedor de un título de mayor envergadura.

—Lord Dankworth. Timothy —volvió su atención al pequeño—, discúlpate con la señorita Mayer.

—Lo siento —susurró el pequeño con la vista puesta en la punta de sus zapatos. Diane quiso desmerecer el asunto, se contuvo solo por la autoridad del hombre que tenía ante sí. También deseó fijar la vista en sus zapatos, para no posarla en el rostro del Lord. El mismo la perturbaba, y era de mala educación mirarlo de manera evaluativa. Lo cual sucedería si alzaba los ojos hacia él.

Andrew Lawrens lo sabía, su mandíbula se tensó ante la incomodidad de la muchacha, que ponía su atención en el niño para ignorarlo a él.

—No hay inconveniente alguno, mi Lord —le dijo a Timothy y aguardó por la orden del hombre que les permitiera a ambos abandonar su presencia.

—Puedes irte, Timy. Ten más cuidado. —El niño se inclinó ante su padre antes de dar media vuelta y alejarse de allí. Diane quiso imitarlo. Sus pies parecían incapaces de responder y, sin control de sus acciones, su mirada se alzó hasta unirse a la de Lord Dankworth.

Por unos segundos se perdió en el aguamarina de sus ojos, en el vacío que parecía esconder detrás del iris. La silenciosa evaluación cargó el ambiente de electricidad, como sucedía cuando prendía la bombilla en casa de su tío. Andrew no deseaba darle la victoria a esa muchacha, demostrar que su escrutinio lo hería.

Él la hallaba bella, perfecta. Como imaginaba se verían los ángeles. Mientras sabía que Diana observaba en él una réplica de un demonio. La piel quemada de su cuello, que le llegaba hasta la mitad del mentón y dejaba irregulares cicatrices en sus facciones. Cuando hablaba, de manera irremediable, su boca se movía con mayor facilidad del lado que no poseía heridas, mientras que su parte izquierda quedaba quieta producto del daño en los nervios faciales. Era un monstruo ante los ojos de esa bella mujer, era un monstruo ante los ojos de la sociedad. Y sería mil veces peor si pudieran ver más allá, las cicatrices de su pecho, la oscuridad de su interior.

—Diane. —Betsy interrumpió el momento, haciendo que la joven largara el aire con alivio—. Ven, querida, debemos presentarte a los invitados. Veo que has conocido a Lord Dankworth... mi Lord —saludó Elizabeth—, permítame presentarle a mi sobrina, la honorable Diane Mayer.

—Un placer —fue la mentira que salió de sus labios. Su encuentro no había sido placentero, solo un recuerdo más de que sus cicatrices lo acompañarían toda

la vida.

—Mi Lord —repitió Diane antes de seguir a su tía al salón. Andrew no las imitó, cualquier deseo de estar cerca de aquella mujer se había hecho humo. Comenzaba a contemplar la idea de que la búsqueda de esposa era infructuosa, ¿quién estaría tan desesperada como para casarse con el Demonio de Dankworth?

Sí, la fama lo precedía, y él se había valido de ella durante mucho tiempo, solo así había hallado la excusa perfecta para mantenerse ajeno a las actividades sociales. Estaba al tanto de cada una de las historias que se narraban en su nombre, contaba con muchos nombres, el que primaba era el de demonio, algo que calzaba a la perfección con su imagen. En el presente, Andrew Lawrens resurgía de las cenizas de su pasado con la única intención de abandonar la lúgubre soledad que lo acompañaba desde la temprana y repentina viudez. Ya no podía ocultarse en las sombras, la realidad de su vida junto a Timothy demandaba más, y ese más incluía todo aquello que él, con su tosquedad, no sabía darle. Dos motivos lo habían llevado hasta ahí, en primera instancia, el deseo de encontrar una imagen femenina que supliera la carencia de afecto maternal en su hijo y, a la vez, que esta le permitiera endulzar su imagen, que lo empujara al roce social perdido. Era terco pero no un necio, reconocía la necesidad de una mujer a su lado, y eso era algo que comenzaba a atormentarlo, los hechos se presentaban como premonitorios fracasos. Su participación en el evento de Lady Ducville solo había sido bien recibida por los lores, no así por las mujeres; las miradas de reojo y los comentarios entre susurros eran lo que lo acompañaban en cada paso. Estaba a nada de perder los estribos y marcharse, la reacción de la joven Diane había sido la gota que había rebalsado su vaso de paciencia. Le pondría fin al asunto de una buena vez por todas. Tenía pendientes un par de conversaciones con fines comerciales con unos lores, las llevaría a cabo y se marcharía de allí. No encontraba sentido alguno en perpetuar la estadía, ni siquiera el pequeño Timy estaba disfrutando de la misma, no había ningún otro niño a la vista, al parecer no encajaban con la etiqueta del evento. Cazar maridos y niños correteando no solían ser una buena combinación para la mayoría de los partícipes, pero para Lord Dankworth separarse de su hijo no era una posibilidad a contemplar, aunque tal actitud le valiese la desaprobación de todos los presentes.

—¡Vaya despropósito su presencia! —Lady Lauren invertía cada una de sus palabras en contra Lord Dankworth, era una de las mujeres más ricas de la región y, a pesar de que su esposo tenía fructíferas vinculaciones comerciales con él, no dejaba pasar un minuto sin hacer mención de la incomodidad que le generaba su cercanía—. Y no lo digo por sus cicatrices, no, esa clase de

frivolidades no son propias de mí. Lo digo por todo lo demás.

Lady Ducville, la anfitriona, se dio el permiso de reír ante el absurdo comentario, conocía a la perfección a la mujer que tenía frente a ella, frivolidad era su segundo nombre.

—¿Y por qué lo dices? Por favor, Tessa, queremos oír todo lo demás —La motivó.

La atención de Diane se dirigió a ella, por más que el hombre le había provocado un escalofrío que todavía le recorría la piel, encontraba cierto placer ante el hecho de abandonar la conversación que su tía Betsy y Lady Ducville se forzaban a mantener: maridos. Todo se reducía a ello. Diane ya se había despojado de toda posible esperanza y, antes de sumirse en la propia melancolía, prefería hacerlo en la ajena, aunque eso significase hablar de un hombre a sus espaldas.

—Ya saben lo que dicen de la muerte de su mujer —Lady Lauren abrió el debate.

—Fue un terrible accidente. —La tía Betsy no se dejaba llevar por las habladurías y los rumores—. ¡Un terrible y desafortunado accidente!

—¡Un accidente ocasionado por él! —Tessa Lauren no estaba dispuesta a cambiar de opinión—. Por él y sus particulares gustos.

—¿Particulares gustos? —Diane cayó presa de la curiosidad. Betsy la codeó con disimulo, no deseaba que su sobrina se sumara a la vulgar actividad del cotilleo.

—No es la primera muerte que acontece en la mansión Dankworth, la anterior Lady Dankworth, la madre del aquí presente, también murió en extrañas circunstancias...

—¿A qué le llamas extrañas circunstancias, querida? —Podía notarse cómo Lady Ducville se forzada a no reír, escondía los labios detrás de la taza de té cada vez que formulaba una pregunta que, sabía, potenciaría el afán de odio de Lady Lauren hacia el conde.

Betsy contemplaba todas las alternativas para Diane, y eso incluía al hombre que Tessa estaba dispuesta a bastardear. La mujer conocía de monstruos y demonios, los verdaderos, llevaban las cicatrices por dentro, como el Barón, no por fuera como el pobre Andrew Lawrens.

—Los incendios, de extraños, no tienen nada —intervino Betsy—, por desgracia, ocurren.

—Por supuesto que ocurren, pero cuando intentas jugar a ser Dios, otros pagan las consecuencias, eso es lo que le pasó a la pobre mujer de ese desquiciado hombre. —El discurso de ataque de Lady Lauren fue creciendo hasta el punto de perder el control en su voz— ¡Desquiciado como su padre, que

también llevó a la muerte prematura a la dulce Lady Susan! —Esto último abandonó los labios de la mujer casi con la intensidad de una proclamación.

El alrededor se silenció por unos segundos, y el nombre Lady Susan llegó a destino. Lord Dankworth, que se encontraba manteniendo una conversación profesional con Lord Ducville a unos metros de distancia, giró sobre sus talones en busca del origen de tal banal comentario. Las cuatro mujeres quedaron paralizadas ante su reacción, sin embargo, él no pudo más que dirigir su mirada solo a una.

Una vez más, el frío recorrió la espalda de Diane, por puro instinto de preservación, ese que había desarrollado tras convivir con su tío, contuvo la respiración y desvió la mirada. No pestañeó, ni un solo músculo de su cuerpo se atrevió a moverse, quería hacerse invisible ante los ojos de ese hombre, ante los ojos de todos. Su corazón latió con fuerza desmedida, galopó dentro de su pecho, y ella pudo jurar que la sinfonía frenética que generaba llegó hasta los oídos del Lord. Estaba cansada de temer, de encerrarse... de encerrarse como lo hacía cada noche en su habitación. Quería libertad, y la única manera de conseguirla era enfrentándose a todos los demonios que la acosaban. Lord Dankworth sería el primero. Respiró y alzó la mirada hacia él. Lo que halló en sus ojos fue lo inesperado, no había fuego, no había ira, había un extraño vacío, una inesperada calma escondida en el profundo océano de sus ojos. Los latidos de su corazón recuperaron el ritmo perdido, y recobró el total control de su cuerpo. No había temor alguno, solo...

El murmullo generalizado de los salones contiguos se confundió con el silencio, la música lejana encontró el hueco perfecto para colarse en el momento. En segundos, la incómoda situación comenzó a desvanecerse.

—Diane, cariño... —Betsy intentó regresar a la realidad a su sobrina, el duelo de miradas entre ella y Andrew Lawrens no cedía y tal comportamiento comenzaba a ser motivo de susurros chismosos entre los presentes. La tomó del brazo con delicadeza—. Ven, vamos por un refrigerio.

—Permítanme acompañarlas. —Lady Ducville vio también su oportunidad para alejarse de la odiosa Lady Lauren—. Necesito nuevos aires —dijo abriendo el abanico para brindarse una artificial brisa.

El cuerpo de Diane fue invadido por brazos ajenos, por un lado, tía Betsy, por el otro, Lady Ducville. Sin más alternativa, sus ojos se apartaron de los de Lord Dankworth y, al hacerlo, él retomó su anterior actividad, conversar con el anfitrión del evento.

Las mujeres atravesaron el salón en dirección al comedor central, Betsy aprovechó lo sucedido para sacar a colación el estado civil del Lord.

—¿Es verdad que Andrew Lawrens busca esposa?

—Verdad... aunque dudo mucho que sus intenciones sean satisfechas.

Diane seguía rendida al silencio. Estaba invadida por una sensación nunca antes vivida, la ausencia repentina del temor. Disfrutaba de ello y, a la vez, se arrastraba en el barro de la desesperación al darse cuenta de que la experiencia sería única e irrepetible. Estaba condenada al miedo, a la frustración. Estaba condenada a una vida sin salida.

—¿Por qué lo dices? Tiene título y una fortuna envidiable para muchos — Betsy dijo esto a centímetros de los oídos de Diane con la intención de hacerla regresar en sí.

—Ya has oído a Tessa, el apellido Dankworth es sinónimo de muerte. Lo siento por el niño, cargará con la misma condena que su padre, que su abuelo... No quiero sumarme al delirio de Lady Lauren, pero en verdad creo que esa familia está maldita, tristemente maldita. —Lo dijo con auténtico pensar, y con la intensidad suficiente para que Betsy apartara de su mente la idea que estaba gestando. Andrew Lawrens no era el hombre correcto para Diane, no, no lo era.



Aire puro, eso necesitaba. Soledad... sí, eterna soledad, eso deseaba.

Comenzaba a creer que la invitación de su tía había sido la peor de las ideas. Saborear un trozo del paraíso cuando vives en el más profundo infierno era más que una tortura, era una realidad devoradora. La escasa esperanza que albergaba su corazón acababa de marchitarse por completo.

Buscó refugio en los jardines traseros de la mansión, no podía tolerar más conversaciones banales. No quería poner más en juego a sus emociones. Se rendía, decía basta, solo podía reconocer la añoranza del fin. Tenía su condena tatuada en la piel y, en breve, regresaría a la prisión del Barón Tavernier para cumplirla en su totalidad.

Caminó, caminó hasta abandonar los límites de la mansión Ducville. Quería alejarse de todo, hasta de ella misma. Se cubrió la cabeza con la caperuza de la capa que había tomado para cubrirse del fresco de la tarde y se abrazó para protegerse de la ventisca que le regalaba el inminente atardecer. El cielo comenzaba a oscurecerse, a lo lejos podían verse las primeras señales de tormenta, nubes grises y luces destellantes que coronaban el cielo. Nada le importaba, había tomado una decisión, no regresaría. Lo sentía por su tía Betsy, por el dolor que le causaría, pero ese dolor no justificaba una vida de sometimiento, desprecio y abuso.

Los pensamientos que la obnubilaban y su desconocimiento por los

alrededores le jugaron en contra a su huida, la llevaron directo al inicio de los acantilados. En ese lugar, la intensidad del viento crecía segundo a segundo, y los primeros ecos de los truenos lejanos comenzaban a sonar como una bella melodía. Una melodía que invitaba al abismo.

Respiró profundo, el aire salado se le coló por las fosas nasales y le llegó hasta la garganta. Disfrutó del sabor a mar, cerró los ojos para gozar del instante en todo su esplendor, viajó al pasado, a los veranos con sus padres junto al mar. Viajó a la felicidad perdida, enterrada, y reconoció lo inevitable, nunca más la vivenciaría.

Nunca más...

Las lágrimas lucharon contra sus párpados cerrados y hallaron la salida, le recorrieron las mejillas frías, frías por la desesperación, por la tristeza que nunca más la abandonaría. La sensación de tener una roca sobre el pecho le dificultó la respiración. No le importó, ¿qué sentido tenía respirar?

¿Qué sentido tenía todo?

Abrió los ojos y en el abismo del mar embravecido halló la salida que su corazón y su alma reclamaban.

Dio un paso... otro, y otro. Llegó al borde del acantilado. Su capa se agitaba rabiosa tras su espalda, como si quisiera empujarla hacia atrás, retenerla, regresarla a sus cabales.

No, la cordura no era la correcta compañía, la cordura solo le regalaba el más cruel de los futuros, y la locura, esa que le daba la bienvenida entre las rocas de la profundidad del mar, le susurraba un canto de esperanza, de libertad. ¿Acaso no es la muerte la única certeza que tenemos en esta vida? ¿Acaso la muerte no es la última meta?

Se secó las lágrimas, estaba cansada de derramarlas. Sonrió, sonrió porque sus labios ya saboreaban la libertad. Deshizo el lazo de su capa y dejó que el viento furioso se la llevara lejos. Sus pies se arrastraron hasta que las puntas de los botines estuvieron en contacto con la nada, el peso de su cuerpo comenzó a hacer de lo suyo, una pequeña lluvia de gravilla se deslizó por las paredes del risco, vaticinando la inminente caída de algo mayor. Extendió los brazos, las primeras gotas de llovizna cayeron, se confundieron con sus lágrimas. El primer trueno resonó en lo alto del cielo, el firmamento gris se iluminaba con un sin fin de relámpagos más. Diane se permitió la última contemplación de su vida, se marcharía llevándose consigo todo el esplendor de la naturaleza en su estado más furioso e intenso.

En medio de tan bello espectáculo de despedida se encontró con un invitado inesperado, ahí, en el otro extremo del acantilado, a unos cuantos metros de distancia, estaba el niño que se había cruzado en las escaleras de la mansión

Ducville. Parecía que jugaba, recogía piedras y las colocaba dentro de un pequeño cesto de mimbre que cargaba a la cintura, la actividad lo tenía tan entretenido que lo mantenía ajeno a la tormenta que estaba a segundos de estallar.

Los planes de Diane pasaron a segundo plano, no se lanzaría a la muerte ante los ojos de un niño y, como si eso no fuese suficiente, la actitud despreocupada del pequeño comenzaba a inquietarla. El alrededor no parecía muy estable, de hecho, con cada paso que daba, la gravilla cercana a sus pies caía a la boca del acantilado.

—¡Niño! —No recordaba su nombre, era como si todo lo vivido esa tarde se hubiese borrado— ¡Niño, aléjate de ahí!

No tenía sentido gritarle, su voz era víctima del temporal y el viento se la llevaba lejos.

Estaba al límite del risco y tuvo que tener mucho cuidado al retroceder, un paso en falso y concretaría su deseo. Un intenso relámpago iluminó el cielo, y Diane supo que el trueno que lo sucedería haría temblar a la tierra misma.

—¡Niño! ¡Niño! —Lo intentó de nuevo. Fue en vano.

Lo esperado sucedió, el estallido fue sublime, único, el océano tembló y, junto a él, lo hizo todo el acantilado. El peso de su cuerpo comulgó con el viento y cayó de nalgas al suelo, las palmas de sus manos impactaron de lleno sobre la irregular tierra, desde ahí pudo observar el desesperante destino del pequeño que colgaba del borde del risco. El estruendo lo había sorprendido llevándose el poco equilibrio que su inexperto cuerpo conservaba y, ahora, la posibilidad de muerte lo sorprendía a una edad impensada. Gritaba, lloraba, se aferraba con sus débiles dedos a las raíces que atravesaban la tierra de la pared del acantilado.

Diane se levantó, luchó contra la falda del vestido que se enroscaba entre sus piernas, intentó correr y trastabilló. Las palmas de su mano regresaron al poroso suelo lastimándola.

—¡Sostente! ¡Voy por ti! ¡Sostente, por favor!

Elevó una plegaria al cielo, se incorporó, sabía que no debía haber margen de error en sus movimientos, la vida de un niño dependía de ella. Llegó hasta el extremo del risco y antes de avanzar tomó recaudos, la lluvia les hizo definitiva compañía y contribuyó con la catástrofe. A pasos de donde el niño colgaba había un árbol, lo que hacía al suelo del alrededor más inestable. Caminó lento, podía sentir cómo los pies se le hundían en la tierra.

Los gritos del niño estaban teñidos de la más intensa de las angustias, clamaba por su padre, por ayuda. Desde donde se encontraba no podía ver el cuerpo de Diane acercándose.

Para no enfrentarse a más demoras y trastabillar, Diane se arrojó al suelo. De

rodillas, gateó hasta el borde del risco.

—Ya estoy aquí, niño... tranquilízate. ¡Ya estoy contigo! —Trataba de tranquilizar al pequeño y a sí misma, el corazón se le salía del pecho. Extendió el brazo hacia él—. Toma mi mano.

La indicación fue pasada por alto con lógica razón, el niño estaba aferrado con las dos manos a una raíz, y no tenía la suficiente fuerza para sostenerse con una mano.

—¡No puedo! —gritó entre lágrimas— ¡No puedo!

—Sí, puedes... inténtalo, hazlo con calma.

Diane estiró lo más que pudo su brazo, y ni así llegaba a rozar la mano del niño, si el pequeño no colaboraba no contaría la historia. ¡Maldición! Miró derredor para buscar algún soporte, no lo halló. Debería generarse uno, antes de retroceder y salir del campo visual del niño, le habló.

—Escúchame, escúchame bien... voy a sacarte de aquí, pero tienes que estarte tranquilo y quieto, ¿sí? ¿Puedes hacer eso? —Casi como por arte de magia, el nombre del niño hizo eco en su mente—. ¿Puedes hacer eso, Timothy? —El pequeño asintió como pudo, apenas podía hablar, el llanto lo ahogaba—. Mírame, mírame por un segundo... necesito hacer algo para ayudarte, no vas a verme, no te asustes.

—¡No me dejes, por favor, no me dejes!

—No voy a dejarte, Timothy, te lo prometo... no voy a dejarte. Confía en mí.

Confiar era una palabra sin mucho significado para un niño en tales circunstancias, aun así, lo hizo, posiblemente por la dulzura en la voz de Diane, por la pureza que reflejaban sus ojos.

—Sostente fuerte... —dijo retrocediendo hasta desaparecer.

Tomó una roca y, considerando casi un metro de distancia, cavó una canaleta, lo más rápido que pudo, lo más profundo que pudo. Una vez logrado el propósito deseado, hundió la punta de sus botines en el pozo improvisado y valiéndose del sostén que eso le brindaba, se arrastró como serpiente por el suelo hasta regresar al borde del risco. Respiró profundo, no temía por su vida, temía por la del niño, cuando se sintió segura, extendió una mano y luego la otra.

—Ya estoy aquí, Timothy... ya estoy aquí. —La mitad de su torso perdió el soporte que le brindaba la tierra, hizo fuerza con su abdomen e intentó llegar hasta el niño. Lo consiguió, lo tomó de ambas muñecas—. Te tengo. Sí, te tengo —dijo con una recién salida sonrisa de su rostro. Timothy compartió la sonrisa con ella, comenzaba a sentirse seguro.

La seguridad les duró lo que dura un suspiro, la lluvia no cedía, y la tierra se ablandaba, la canaleta ya no la sostenía y el peso del niño hizo que su cuerpo se deslizara hacia la boca del abismo. Sin otra alternativa, tuvo que liberar uno de

sus brazos para aferrarse a la superficie, de lo contrario caerían.

—¡No me sueltes, no me sueltes! —La desesperación descontroló al niño. Se agitó, dificultando la tarea. La resistencia en Diane ya no era tal, su brazo izquierdo, el que lo sostenía, no era muy fuerte.

—Timothy, utiliza tus pies...

—¡No! ¡Voy a caerme!

—¡No, no vas a caer, y si lo haces, los dos caeremos, está claro! —No había tiempo suficiente para condescendientes tratos. Fue dura, necesitaba apartar el temor del niño con lo que sea—. Haz lo que te digo, utiliza tus pies, aférrate a mi brazo y comienza a escalar. ¡Hazlo, maldición!

La intensidad de sus palabras logró el efecto deseado. Timothy escaló y, aun así, mucho no consiguió, la tierra estaba inestable y patinaba, de hecho, el cuerpo de Diane se deslizaba más y más hacia el abismo.

La fuerza en Timothy se detuvo, sus piernas regresaron a la calma, el llanto volvió a dominarlo.

Diane estaba luchando con la misma circunstancia, su cuerpo no resistiría mucho más. No lo dejaría caer. No, no lo haría. Apeló a los cielos, a la buena ventura, utilizó la escasa fuerza que le quedaba en un grito.

—¡Ayuda! ¡Ayudaaa!

Tal vez el viento llevaría la súplica hasta alguien. Ella debía resistir... por los dos, debía resistir. Timothy luchó contra el temor, y se sumó al grito.

—¡Ayudaaa! ¡Por favor, ayuda!

El viento, como fiel mensajero, después de unos minutos, trajo su respuesta.

—¡TIMOTHY!

Diane gritó una y otra vez, hasta que las palabras murieron en su garganta. Al cabo de unos segundos, el repiqueteo de unas botas resonó en la cercanía.

—¡Por Dios Santo, Timothy!

El calor de un cuerpo cercano estimuló a las fuerzas apagadas en Diane, sintió cómo dos piernas la rodeaban y, acto seguido, el confort del peso de ese cuerpo sobre su espalda le devolvió la esperanza perdida.

Lord Dankworth se aseguró de que el cuerpo de Diane quedara prisionero del suyo y, una vez asegurado su bienestar, dejando de lado todo posible rastro de delicadeza, avanzó por ella hasta sobrepasar su cabeza, capturó por las muñecas a su hijo y, con un brusco e intenso movimiento, lo elevó hasta regresarlo a tierra. Ni bien certificó la seguridad de Timothy, retrocedió recorriendo con todo su cuerpo el de Diane. Cuando sus rodillas pudieron clavarse en el suelo, se incorporó alzándola a ella por la cintura hasta regresarla a terreno seguro.

Timothy estalló en lágrimas, se abrazó al cuello de su padre. Lord

Dankworth se aferró al diminuto cuerpo de su hijo con desesperación.

Diane no pudo más que perderse en la imagen que tenía ante sí; compartía la angustia con el conde, ella conocía la pérdida, conocía ese dolor; un dolor que, en cierta forma, ella había evitado.

Andrew fue en busca de los ojos de la mujer que había mantenido a salvo a lo que más amaba en este mundo. Era ella... otra vez ella. Era un ángel, lo era sin dudar.

—Estoy en deuda con usted, Señorita Mayer.

Diane no podía hablar, el corazón volvía a latir descontrolado dentro de su pecho, y no lo hacía por el hecho de haber estado a pasos de la muerte, lo hacía por ese hombre.

—Lo que sea, Señorita Mayer, estoy en deuda... lo que sea.

La tormenta, así como llegó, se detuvo dispuesta a marcharse, el cielo se abrió y el último rayo de sol del día se coló por entre las nubes.

"Lo que sea, Señorita Mayer".

Ella era un ángel. Él, un demonio, uno que la acababa de rescatar del abismo, uno que le entregaba la posibilidad de un nuevo infierno, y Diane...

Diane estaba dispuesta a aceptarlo.

Capítulo 3

Mientras todos consideraban su presencia en el acantilado como un acto de divina providencia, una que cubrió con un manto de protección al joven Lawrens, el pensamiento de tía Betsy vagaba por el extremo opuesto. La mujer no deseaba elaborar hipótesis, porque cada una de ellas la empujaban a una crisis de nervios y angustia. Podía ver en los ojos de su sobrina la verdad oculta, algo la había llevado a ese acantilado y ella sabía muy bien qué: la desesperación, la pérdida de fe absoluta.

—Diane...

Tuvo que repetir su nombre varias veces para hacerla reaccionar. La mente de Diane estaba muy lejos, solo su cuerpo se encontraba frente al espejo, rendido a los cuidados que su tía le otorgaba. La mujer le cepillaba la cabellera luego de un forzado baño de tina, la aventura de rescatista le había cubierto el cuerpo y el cabello con barro.

—Diane, cariño —insistió y, en esa oportunidad, no tuvo más alternativa que jalarle unos mechones del cabello. Consiguió lo que buscaba, los ojos de su sobrina se fijaron a los suyos en el reflejo del espejo—. Habla conmigo, ¿qué te sucede?

—Nada, tía. Estoy agotada, eso es todo.

El cuerpo comenzaba a dolerle, los músculos sobre exigidos parecían dispuestos a torturarla por días, y sus manos, cubiertas con improvisados vendajes, ardían; la piel de las palmas se había irritado a causa de la intensa fricción y el roce con las piedras.

—Lo sé, pero no me refiero a eso. Sé lo que todos piensan, que estuviste en el lugar perfecto en el momento indicado, y yo, yo no dejo de preguntarme el porqué, ¿qué hacías ahí, Diane?

—Salí a caminar.

—¿Y de todos los posibles destinos elegiste ese?

—Perdí el sentido de la orientación, tía. —Diane sabía que todos sus argumentos la llevarían al mismo final, ese que su tía quería que confesara—. No estoy acostumbrada a este tipo de eventos, mi vida... mi vida es muy diferente a esta. Necesitaba calma.

Betsy hizo a un lado el cepillo y tomó asiento junto a ella. Envolvió sus manos vendadas con las suyas, fue delicada, no quería propiciarle más molestias.

—¡No, no necesitas calma! Necesitas esto, ser joven, transitar esta vida con una sonrisa. ¡Por todos los cielos, necesitas brillo en tus ojos, Diane! Me destroza el corazón verte. Te estás consumiendo, mi niña.

Las palabras de Betsy fueron más que acertadas, Diane las sintió a cada una de ellas, y el deseo del fin, ese que le susurraba al oído los planes más dramáticos, le hizo perder el control sobre sus labios.

—Y tal vez eso debería de hacer, consumirme... consumirme hasta desaparecer.

—Mírame, Diane. —Tomándola del mentón, la obligó a que abandonara la contemplación del espejo para que hiciera contacto con sus ojos—. Sé que no tienes la vida que deseas, la que tus padres deseaban... por eso estoy aquí, tratando de cambiar el curso de tu vida a como dé lugar. Estoy indefensa ante tu tío, él no es una batalla que pueda ganar, las dos lo sabemos, de todas maneras, si trabajamos juntas podemos hallar la salida para ti.

—¿Matrimonio, tía? —La interrumpió con la desesperanza quemándole la garganta—. ¿Esa es la única salida para ti?

—Sí, en la realidad que nos toca vivir como mujeres esa es la única salida posible.

—Si esa es la única salida, entonces, debo rendirme a mi suerte.

—Ya estás rendida, cariño. —Giró su rostro hacia el espejo una vez más. La enfrentó a su propia imagen—. Y ese es el problema aquí, todos lo ven. Ven la sombra y no ven la luz en ti. Dime ¿cuántas veces sonreíste hoy?

Diane llevaba la cuenta, lo hacía porque sus sonrisas eran una gran mentira. Le sobraban los dedos de una mano al hacer la suma. Betsy tenía razón, el Barón le había arrebatado más de lo que ella creía, había estado al límite de quitarse la vida, y lo que era peor, aún albergaba la intención de concretar la idea. Una parte de ella ya se había entregado a la muerte, de su piel emanaba ese perfume.

—Mañana... —susurró—. Mañana prometo sonreír más.

Era una promesa que se hacía a sí misma. Reconocía que su temor subía un peldaño más en la escalera de sus pesadillas, temía encontrarse con un hombre más despreciable que el Barón; porque era posible, lo sabía, muy pocas veces la imagen externa coincidía con la interna. Su tío era el claro ejemplo de ello, un hombre respetable para la sociedad, inclusive, admirable en ciertos ámbitos sociales, sin embargo, por dentro conservaba la más depravada de las almas.

Betsy se sintió satisfecha con lo oído, reconocía que lo que a su sobrina le faltaba era eso, autoestima, amor propio, cuando volviese a creer en sí misma, todas las puertas se le abrirían, de una u otra manera lo harían. Si existía esa divina providencia, actuaría a favor de ella; al fin de cuentas ya lo había hecho, no la había colocado a ella en el acantilado para salvar a el niño, no, había puesto

al niño en su camino para que ella evitase una locura.

—Ya verás, mañana va a ser un maravilloso día. Puedo presentirlo. —La mujer estaba feliz, no podía evitar demostrarlo, sonreía.

Diane intentó poner en práctica la actividad prometida, alejó la realidad de la vida miserable que cargaba a su espalda, se abrazó a la ilusión de una existencia feliz y, por simple reacción, sonrió. Le obsequió a Betsy una auténtica sonrisa.

—Eres hermosa, Diane Mayer, y puedes conseguir todo lo que deseas, no lo olvides —dijo depositándole un beso en la frente. La mujer no podía ocultar su entusiasmo, por fin su dulce sobrina se hacía presente—. Ahora, a la cama... a descansar. ¡No quiero que mañana tus ojos estén decorados por ojeras!

Así lo hizo, Diane se arrojó en la cama con intenciones de no pensar, no pensar en el futuro, menos que menos, en el presente, porque ese presente le dolía, todo el cuerpo lo hacía. Se entregó al sueño, cerró los ojos, y Morfeo le dio la bienvenida



No estaba acostumbrada al descanso perfecto, era muy poco habitual en ella, de hecho, con un par de horas le bastaba, por ello, ni bien los primeros rayos del alba dibujaron sombras en la habitación, se despertó. Aprovechó la quietud de la mañana y la calma en la mansión para realizar una caminata; el aire renovado de la mañana la ayudaría a despejar su mente. Se colocó el corsé, y optó por unos de sus vestidos. La tía Betsy reclamaba que tenía que mostrarse como ella era al mundo, y así lo haría. El tono gris de la falda combinaba a la perfección con la palidez de su piel, se trenzó el cabello como solía hacerlo cada mañana y se lo arremolinó sobre la cabeza. Tomó prestada una de las capas de su tía, la suya había sido víctima de su locura y el viento.

Abandonó la habitación en total silencio, se cruzó con un par de doncellas que comenzaban a preparar las atenciones que les proporcionarían a las ladies que se encontraban como invitadas. Las saludó poniendo en práctica la sonrisa, en breve, el arte de sonreír sería una maestría adquirida. Intentó no ser una molestia, descendió las escaleras con parsimonia esquivando a la servidumbre agitada y atravesó los salones principales hasta llegar a los jardines traseros. Antes de marcharse, le indicó a la ama de llaves de su partida, no quería que su tía se inquietara al despertarse y no verla en la cama.

Su instinto le decía que tomara el mismo camino que el fatídico día anterior. Había transitado por el mismo guiada por el desasosiego; hoy se debía a lo contrario, recorrerlo desde la plena consciencia. Comenzaba a construir su

propia versión de los hechos. Si no fuese por ese niño, otra sería su historia, y si no fuese por Lord Dankworth, otra sería la historia de ambos. Las palabras de agradecimiento del hombre volvían a su cabeza mientras avanzaba por sus huellas olvidadas; no se sentía merecedora de ellas, al fin de cuentas, sin él, nada hubiese sido posible.

Como fuese, debía valerse de la nueva oportunidad que tenía, era prioritario para ella encontrar un nuevo punto de partida. No debía limitarse solo a la conquista de un esposo. El encierro en la mansión Tavernier les había apagado la luz a sus pensamientos, le bastó un cambio de ambiente para recuperarla. Podría hallar otra salida, elegir un estilo de vida solitaria, con carencias, aunque eso no le importaba. El Barón solo satisfacía sus necesidades primarias, los lujos que una buena fortuna podían proporcionar no eran conocidos para Diane. Podía lidiar con una vida limitada; además, contaba con los beneficios de una buena educación, lo único que su tío no le había podido quitar. Tal vez un puesto de institutriz en alguna buena familia, o maestra en algún orfanato.

La independencia femenina no era muy bien vista por la sociedad, debía prepararse para las consecuencias. Inclusive, tal vez debería enfrentarse a la decepción de la única persona que se preocupaba por ella, la tía Betsy. Por desgracia, para ella, por fuera del matrimonio no había opción alguna.

Continuó avanzando por el camino a paso lento, una espesa niebla matutina se había convertido en su compañero de paseo. La visibilidad comenzaba a dificultarse, veía tan solo a un par de metros más, de todas maneras, no desistió, la sinfonía no muy lejana del océano la alertaba de la cercanía de su destino.

Llegó a los inicios del acantilado con la duda aprisionándole los talones, los tacones de sus botines luchaban con la gravilla y se incrustaban en la tierra húmeda. La caminata se transformó en travesía, una vez más parecía que la cordura la abandonaba, era una locura desfilarse por esos terrenos en las actuales circunstancias. Era una locura para el resto del mundo menos para ella, algo muy profundo en su interior la guiaba, era como si el pecho, de repente, se le hubiese abierto, el aire ingresaba, la inundaba, le recorría todo el cuerpo, la llenaba de energías. Se aferró a su pesada falda, la alzó un par de centímetros para que la tela no se ensuciara más de lo debido. Le puso fin a su andar cuando los vientos marinos la abofetearon con mayor ferocidad. Contempló la bruma que la rodeaba, se sentía abrazada, contenida, sumergida en una burbuja única, desde la cual todo se potenciaba. Oía cómo la naturaleza oculta confesaba su presencia, oía el aleteo de las aves marinas, el crujir de los viejos árboles sometidos a la intensa humedad. Oía cómo su propia sangre fluía rabiosa por sus venas... cómo latía, ansioso, su corazón.

Se sentía viva en la vida agreste del entorno. Se sentía viva en la bruma, en

la niebla. Era esa luz que brilla aunque nadie la ve. Cerró los ojos con más fuerza, alzó el rostro al cielo, dejó que la humedad la tocara.

En ese estado de contemplación la halló Andrew. No estaba seguro de si la montura lo había guiado o él había direccionado al caballo hasta allí. Solo sabía que estaba donde debía estar.

No había podido dormir por la noche, preso de una angustia que parecía nueva por su ferocidad, aunque él sabía que era la misma que lo acompañaba día y noche. La pérdida, la soledad, la desesperación. Timothy se había convertido en lo único a lo que se aferraba en la vida, y por poco lo había perdido. Por él se levantaba cada mañana, por él intentaba volver a la sociedad pese a las miradas cargadas de asco, por él amasaba una fortuna que jamás disfrutaría... por él...

Diane no lo sabía, no podía saberlo. No había salvado solo a su hijo de la caída por el risco, había salvado lo poco que quedaba de su alma martirizada y llena de cicatrices.

Mientras la observaba en completo silencio, los fantasmas de la tarde anterior le susurraban al oído. Eran los mismos de aquella fatídica noche, eran esos que se hacían eco de las voces de los sirvientes, y que ahora resonaban como acusaciones en los salones de la sociedad británica. “Está loco”. Los extraños no conocían la verdad detrás de esas palabras. Él sí.

El recuerdo de la tragedia evitada se repetía en su mente, había corrido dispuesto a salvar a Timothy de la caída... o a caer con él. Y se había encontrado con esa escena, una con el protagonista equivocado. Era Diane quien parecía dispuesta a arrojarse al vacío antes de perder al niño, era ella la que sentía que no tenía nada que perder. Lo había visto, comprendido, como solo alguien que lo ha vivido en carne propia puede hacerlo.

Las damas comentaban la heroica acción de Diane porque no la habían atestiguado, de lo contrario, murmurarían lo mismo que a sus espaldas. “Está loca”.

—¿Qué te trajo aquí? ¿qué me trajo aquí? —fue la pregunta susurrada que le hizo a ella abrir los ojos y buscarlo a través de la niebla. Diane era el ángel, la salvadora, la heroína. ¿Qué la empujaba a volver sobre sus pasos, al límite de una nueva caída?

Los castaños ojos de la muchacha se fijaron en los de Andrew y lo cautivaron. Se abrían paso por la bruma, como los faros, para indicarle el camino. Descendió de la montura y sostuvo las riendas con mano firme. No podían ver más allá de un par de pasos. Sabían, por la forma en que sus corazones latían, que estaban en el preciso lugar en que Timothy casi muere.

—Mi tía cree que la divina providencia, una fuerza mayor.

Andrew comenzaba a creerlo también. Quiso convencerse de que la niebla

era tan espesa que ella no podía ver las cicatrices de su rostro, que a eso se debía la falta de repulsión en su mirada. Se acercó a ella, redujo la distancia hasta observarla nítidamente, hasta que el perfume de Diane se mezcló con el del mar. Ella no retrocedió, alzó la vista y la unió a la suya.

—Me temo que a mí solo me guía la desesperación —confesó Andrew. Ella sonrió, una sonrisa tenue, como los rayos de sol del amanecer que se abren camino en el cielo nublado.

—Desesperación... —murmuró Diane girándose hacia el vacío. A Lord Dankworth lo recorrió un escalofrío que nada tenía que ver con la ventisca. Era el mutuo entendimiento, eran las respuestas a sus preguntas. Tres vidas habían perdido del riesgo.

—Señorita Mayer... —la llamó. Temía que avanzara, que lo hiciera ante sus ojos. Fue preso de un impulso que refrenó a fuerza de voluntad, el de abrazarla y arrastrarla lejos de allí, de ese punto del mapa que se presentaba como un torbellino de viento y emociones, que los arrastraba al abismo y al final de todo. Estaba en deuda con ella, le había salvado la vida a Timothy y a él, y Andrew se creía incapaz de saldarlo. Detenerla en ese instante no lo haría, solo lo postergaría. De todos modos, tenía que intentarlo. “Está loco”—. Si hay algo que pueda hacer...

Lord Dankworth era conocedor de lo que atormentaba a un demonio, sabía de qué estaba hecho el infierno. Por el contrario, desconocía qué podía atemorizar a un ángel. Y ella era eso, un ángel con las alas retraídas, víctima de un temor sin nombre. La joven se presentaba como la expiación que necesitaba, tal vez... tal vez podía aferrarse a su luz y escalar por sobre la oscuridad para liberar a su alma torturada.

El vestido de Diane se pegaba a su cuerpo, su cabello comenzaba a soltarse del moño en su coronilla. Los mechones rubios dibujaban curvas doradas en el aire que ella intentaba contener con las manos. El alivio se hizo presente cuando la joven retrocedió, un paso, otro paso, antes de voltear. Las palabras de Andrew flotaban en torno a ella del mismo modo que los cabellos, la rodeaban, la sostenían, se arremolinaban a su alrededor para impedirle que fuera presa de la desesperación una vez más.

¿Podía juntar el valor para cobrarse esa deuda? El demonio de Dankworth lo apodaban. Loco, demente. La muerte lo acecha. Está maldito. Marcado por la desgracia.

—Quizá... quizá pueda hacer algo por mí, Lord Dankworth —rompió el silencio Diane—, luego de mi confesión, si lo que desea es alejarse de mí...

—Eso no va a suceder, señorita Mayer. —Era su manera de confesarle que estaba dispuesto a todo. Comenzaba a creer que los designios del destino volvían

a trazar una nueva ruta en su camino.

—Si así fuera, créame, no lo culparé.

La enigmática confesión lo tomó desprevenido. ¿Qué podía ocultar esa mujer que fuera peor que sus fantasmas?

—Póngame a prueba. Estoy en deuda con usted, una deuda que es mayor de la que puede imaginar.

—De eso se trata, mi Lord, puedo imaginarla. Esa es mi confesión, realmente puedo imaginarla. Lo vi en sus ojos, lo veo ahora. ¿Puede usted hacer lo mismo? —Ella lo invitaba a su vida, le abría las puertas de su alma. Se confesaba en silencio ante él.

Andrew navegó por el mar café de la mirada de Diane y descubrió un espejo en el que reflejarse. ¿Ella albergaba un demonio en su interior, o quizá era él quien conservaba una parte pura que se refractaba en esos ojos?

—Eso la trajo al acantilado, la puso en el camino de Timothy —sentenció. Comprendía que los dos danzaban de la mano de la desesperación.

—Sí. Hasta ayer tenía dos opciones, una sola me otorgaba paz. Ahora... —Diane experimentaba la más maravillosa de las libertades, por primera vez dejaba salir el dolor hecho palabra.

La niebla comenzaba a disiparse. Los rayos del sol se proyectaban a su espalda y le iluminaban el rostro a Diane. Revelaban ante él una belleza que no era digno de atestiguar y que, sin embargo, se le presentaba como un regalo que solo un necio se negaría.

—Ahora tiene una nueva opción. Un demonio por otro demonio. —No enumeró la tercera. Un demonio por otro demonio, o la muerte.

Así, como la luz de la mañana le obsequiaba a ella un halo de hermosa belleza, a él le resaltaba las cicatrices.

—¿Lo es? ¿Es usted un demonio, Lord Dankworth? —preguntó Diane. La voz sonó firme, sin temor. Lo observaba con la misma concentración con la que él la escrutaba.

—Creo que sí.

La sinceridad de su respuesta la llenó de alivio. Todos llevaban una parte oscura dentro, lo que los diferenciaba los unos a los otros era que algunos eran conscientes de ello. Diane, Andrew... su tío Henry.

El acantilado siempre estaría allí. Henry y Andrew no. Lord Dankworth extendió la mano hacia ella, la invitó a contemplar la tercera opción. Diane apoyó la palma sin guantes sobre la del hombre, se reconfortó con el calor de la piel, incluso con las rugosidades que se percibían al tacto. Las quemaduras llegaban hasta allí. Las laceraciones sufridas la tarde anterior parecían sanar con mayor rapidez ante su contacto.

—Señorita Mayer, ¿me haría el honor de ser mi esposa? —propuso con el corazón latiendo descontrolado en él. No necesitaba confirmación, ella lo aceptaría, así lo sentía.

Diane giró el rostro y observó el mar, el vacío rocoso que se hallaba a apenas unos metros de ellos. Un último vistazo antes de volver al frente, al futuro que se le presentaba como salida. ¿Desesperación o esperanza?

—Sí, Lord Dankworth. Acepto.

Capítulo 4

Ni bien la noticia llegó a la mansión Tavernier, el Barón manifestó la desaprobación ante la unión matrimonial. No iba a permitir que Diane se escapara sin pagar con el sabor de su cuerpo todo lo que él le había entregado. Menos aún iba a tolerar que otro disfrutara del bocado que, con tanta paciencia, él había esperado. Sus pensamientos tomaron otro rumbo cuando el nombre del hombre que estaba dispuesto a desposarla llegó a sus oídos: Andrew Lawrens, Lord Dankworth. Un par de conversaciones con amistades, y el panorama cambió para él. Comulgó con sus deseos insatisfechos en pos de un resultado peor para ella. La mal nacida se había marchado del cobijo que él le brindaba con la única intención de hallar una escapatoria, y la había conseguido de la mano de un hombre que aparentaba ser el diablo mismo.

Ante la primaria negativa, la presencia del conde en el territorio del Barón no se hizo esperar, Andrew Lawrens parecía dominado por la ansiedad, por lo visto, tenía intenciones de llevar a cabo la ceremonia matrimonial a la brevedad, y no aceptaría un no como respuesta. No existía impedimento alguno para la unión, es más, no exigía dote alguna, lo que hacía que el pedido de mano fuese una simple y respetuosa formalidad.

Minutos, eso es lo que demoró Andrew en percibir el origen del temor de quien sería su esposa. Henry Tavernier lo doblaba en edad, y a pesar de que su imagen era de apariencia inmaculada, Lord Dankworth reconoció la profunda oscuridad en el hombre.

El Barón contuvo las ganas de reír cuando estuvo ante Lawrens, a pesar de la juventud que todavía le jugaba a favor, todo lo demás comulgaba hacia un punto en común: repudio visual. Era alto, delgado, con una palidez extrema, que lo único que lograba era resaltar el matiz rojizo de sus cicatrices. Todo él hablaba de rusticidad, desprecio e invitaba a la burla. Henry evitó el contacto, el tono casi esmeralda de su iris rompía con la hipótesis general de su imagen. Ahí, en el lugar donde antes se reflejaba el vacío y la oscura melancolía, en esos momentos había una luz de esperanza, apenas visible, pero esperanza al fin.

La cita se dio lugar en el despacho del Barón. No hubo buen trato alguno, ni siquiera el ofrecimiento de una bebida, Henry se dio el permiso de romper el protocolo, el hombre que estaba delante de él no le merecía respeto alguno. Estaban bajo su techo, y las cosas sucedían a su gusto y antojo. Todo era parte de

una estrategia más, ya había aceptado el destino de su sobrina, no existía motivo alguno por el cual negarse, menos cuando la petición de mano venía de parte de un Conde, un enlace más que beneficioso para la joven. De todas maneras, podía intervenir de manera indirecta, desde el evidente repudio y maltrato.

—Lord Dankworth, espero que esté al tanto de las actuales circunstancias de mi sobrina.

—Lo estoy —Andrew sabía que hacía referencia a la dote, algo que se estipulaba previo a cualquier enlace. Era llamativo que Diane no contara con una, considerando la fortuna que el Barón atesoraba. Por supuesto, tal fortuna no se comparaba a la suya—. Creo que ya es más que evidente que los motivos que me traen a pedir la mano de la señorita Mayer nada tienen que ver con un fin financiero.

—¿Y cuáles son sus motivos?

Había sido invitado a tomar asiento y se había negado. No tenía intenciones de prolongar su estadía en el lugar, una vez establecido el acuerdo del enlace, se marcharía. Diane esperaba por él, todavía se encontraba bajo el resguardo de la familia Ducville. Lo boda se llevaría a cabo en un par de días, no había sentido alguno en demorarla. Como tampoco tenía sentido alguno perpetuar esa conversación.

—Mis motivos prefiero reservarlos, solo le pertenecen a Diane.

Los dientes de Henry rechinaron ante la fuerte fricción de su mandíbula. Que el nombre de su sobrina se deslizara con tanta liviandad por la boca de Dankworth lo alteraba.

—De ser así, me gustaría conocer los motivos de mi sobrina, si es que se digna a regresar a su hogar antes de la ceremonia. —Lord Tavernier luchaba con la insatisfacción de su deseo, no podía ser una piedra en el camino, lo sabía, y eso le envenenaba la sangre.

—No creo que sea posible, los planes de la boda ya están en marcha y no contamos con el tiempo suficiente. De todos modos, si lo desea, es bienvenido a formar parte de la misma. —La grotesca expresión de decepción del Barón le sentó de maravillas a Andrew, hubiese querido capturar el momento para Diane, el momento en que la libertad le estaba siendo entregada.

Henry no tenía la más mínima intención de presenciar tal evento, ver a Diane solo potenciaría sus ganas de abofetearla en público. Pequeña y maldita desagradecida...

—Aunque quisiera, no podría. Unos negocios en el extranjero reclaman mi presencia.

—Lo sé, lo he oído. —Andrew sonrió y su sonrisa no fue más que una provocación.

—Dígale a mi sobrina que me encantaría estar ahí, junto a ella.

—Lo imagino —interrumpió Dankworth con la gloria en los labios.

Henry siguió el ritmo del juego, un duelo de sombras, eso es lo que era. El frío en la mansión comenzaba a hacerse más notorio a pesar del fuego que crecía y hacía crepitar a la leña ardiente en el hogar. El Barón se encontraba, por primera vez, con un auténtico oponente, uno que ya se sentía un triunfador.

—Pero dígame también, que sé que queda en buenas manos. Unas manos que, espero, la traten con el mismo afecto que yo le di.

—Eso lo dudo, existen afectos irremplazables, Lord Tavernier, y me atrevo a decir que el suyo es uno de ellos— dijo con la ironía a flor de piel.

Diane se había llamado al silencio, ocultaba los motivos de la desesperación que la había llevado a pasos de la locura, se resguardaba en las sombras, unas sombras que Andrew conocía muy bien, reconocía al otro demonio en la vida de la mujer que se entregaba a él en busca de refugio. Ese demonio estaba ante él.

Se estrecharon las manos en común acuerdo y, en ese encuentro de fuerzas, establecieron de manera tácita las nuevas normas familiares. No volverían a verse. Diane sería un recuerdo. La futura Lady Dankworth no tendría vinculación con él.

Henry Tavernier se sentía herido en su macabro ego, disfrutó de la partida del Lord, lo vio perderse en la profundidad de la noche. Regresó a sus aposentos y se embriagó hasta que su cuerpo no toleró más alcohol. Lo único que mantenía activo a su pensamiento era la verdad que creía conocer sobre Dankworth, esa verdad que corría como rumor por todos los extremos de la tierra. Era un desquiciado, un hombre turbio... un asesino. Diane se había arrastrado a un infierno nuevo y mejorado. ¡Pobre infeliz! La borrachera lo motivó a la risa. No pudo evitar sumirse en una carcajada eterna. Así la quería, así la deseaba, infeliz. Su risa resonó en cada habitación de la solitaria mansión, recorrió los jardines y se perdió con el viento. El amanecer daba inicio, y parecía dispuesto a acompañar los ánimos del Barón. La tormenta estalló en lo alto a primera hora de la mañana... las tierras Tavernier lloraban por la partida de Diane Mayer. Yo no existiría, solo había lugar para otra... la mujer del demonio, Lady Dankworth.



Tía Betsy se negaba a separarse de su sobrina. Así había sido desde que Diane le comunicó los planes con Lord Dankworth, y el conde había partido a hablar con Henry Mayer. Veía en la decisión de su sobrina la misma determinación que la noche después de la escena del acantilado. Para la mujer,

era casi lo mismo que saltar al vacío.

—Es algo que me trae cierta paz, tía —le confirmó Diane mientras lady Ducville iba y venía por la recámara dando órdenes a diestro y siniestro.

—Betsy, cuando me comentaste lo desesperado de la situación, no pensé que era para tanto —comentó la vizcondesa.

—Todavía estás a tiempo —se sumó con sus propias quejas Elizabeth Merridan.

—Ya lo he decidido, y mis instintos me dicen que no me equivoco. No me preguntes por qué lo siento así, porque no lo sé... solo sé que Lord Dankworth no me transmite temor —confesó Diane y reservó el resto de sus sentimientos para sí. Andrew la inquietaba, su cercanía le provocaba sensaciones extrañas, pero estaba tan acostumbrada al temor que era capaz de reconocer que eso no se hallaba presente en el torbellino que era su ánimo cuando tomaba conciencia de lo inminente de su decisión.

Lady Ducville había recorrido las millas que separaban su propiedad de la del conde, ambas aledañas, con tres doncellas: la muchacha que se encargaba de ella, la anterior, que ahora era una mujer entrada en años y que hacía las veces de dama de compañía, y quien fuera la encargada de su hija. Entre las tres mujeres se dedicaban a preparar a la novia para la boda y soportaban las observaciones de su señora con la práctica que le daban los años de trabajar para ella.

—Confía en tus instintos, querida. Eres una mujer sensata, a veces, lo que creemos que es intuición no es más que lógica. Lord Dankworth no es un mal hombre, aunque...

—¿Aunque? —insistió Betsy, quien estaba al límite de perder sus nervios. No lograba conseguir serenarse, no era una mujer dada a los chismes y rumores, y estaba dispuesta a desoírlos. No obstante, cuando se trataba de su sobrina, no deseaba correr riesgos. Diane ya había sufrido demasiado.

—Aunque está maldito —sentenció. Las tres doncellas se santiguaron antes de seguir con las tareas. Betsy retuvo el aliento y Diane largó el aire. Contuvo la expresión para no ofender a la vizcondesa que tanto hacía por ella.

Diane conocía el infierno, lo había vivido bajo las garras de un demonio terrenal. No creía que las maldiciones fueran cosas del más allá, sino decisiones de humanos pérfidos. De todos modos, preguntó.

—¿Maldito?

—Su familia no deja de caer en desgracia, generación tras generación. Recuerda lo que pasó días atrás, casi pierde a su hijo en el acantilado, gracias a Dios tú estabas allí. —Alzó la vista al cielo con dramatismo.

—Los accidentes suceden, mi Lady. Es algo que ha golpeado a todas las familias. Los accidentes, las enfermedades...

—Todas las ladies Dankworth han muerto de manera prematura —expuso. Betsy comenzaba a perder el color de sus mejillas—. La madre del actual conde murió en un accidente que provocó el anterior lord, y se dice que quien te precede pereció en circunstancias similares.

La doncella que se encargaba de ajustar el corsé se asustó tanto con la declaración de su señora que tiró de los lazos con fuerza. Diane emitió un quejido ahogado, y la muchacha se apuró a aflojar las cintas.

—No es necesario —murmuró la más vieja de las tres—, con la estrecha cintura de la señorita no necesitamos de un corsé tan apretado, es solo mantener la forma.

La declaración de la doncella le permitió a Diane pensar en otra cosa que no fuera la muerte. Andrew la había salvado, aunque pudiera condenarla a una en la juventud, contaría con más tiempo. Quizá llegara a vivir lo suficiente como para sentirse libre una vez más, para sonreír de verdad, recordar cómo era ella antes de perder a sus padres.

En ese momento, mientras se encontraba en una de las habitaciones de invitados de la casa que sería suya, creyó que sería capaz de sonreír con sinceridad. La instaron a pasar sobre el círculo del miriñaque y la llevaron al tocador para ultimar los detalles antes de enfundarla en el vestido que Lady Ducville le había prestado.

Una joven se acercó al cuarto y llamó a la puerta. Betsy se apuró a abrir sin permitirle ingresar a la habitación en donde la novia se preparaba para el evento.

—Lord Dankworth le envía esto, mi lady.

Diane se sintió incómoda por el uso del título con el que de ahora en adelante se referirían a ella. Sin embargo, cuando la caja de terciopelo fue puesta ante sus ojos, cualquier recelo se esfumó y tomó real comprensión de que sería Lady Dankworth. Andrew le había hecho llegar un collar de perlas que pertenecía a la familia desde los primeros tiempos, cuando los Dankworth le habían jurado lealtad a los Plantagenet.

—Solo queda algo azul, mi niña —dijo Betsy, emocionada. El detalle de Andrew la había impactado. Según la tradición una novia debía llevar algo nuevo, algo prestado, algo viejo y algo azul. El vestido se lo había dado Lady Ducville, la ropa interior había sido confeccionada para estrenar la noche de boda y en sus manos tenía una pieza de joyería que cargaba con siglos de historia.

La mayor de las doncellas tomó una cinta de raso azul y comenzó a entrelazarla en los mechones rubios de Diane, para conseguir un tocado natural y virginal, propio de una novia.

La ceremonia se llevaría a cabo en la capilla que se encontraba en el terreno

de la propiedad. Cuando el obispo fue anunciado, las mujeres se apuraron a terminar de enfundarla en el vestido color crema con detalles bordados en hilos de plata e informaron que estaban listas.

Tía Betsy dudaba en dejarla sola, quería acompañarla al altar por si la muchacha mostraba indicios de querer huir. Lady Ducville discutía en susurros con su marido, a quien se lo veía feliz por la unión.

—Lord Dankworth es un buen hombre, no cargues en él los pecados de su padre.

—Los pecados no, la maldición.

—Mujer supersticiosa, la única maldición de Lord Dankworth es la de hacerme rico con sus ideas vanguardistas. Te impido que sigas corriendo rumores en su nombre.

Lady Ducville, pese a ser una mujer de carácter, tuvo que bajar la cabeza de manera sumisa y morderse los labios. Una orden de un marido era algo que una esposa no podía desacatar. Esa idea, que estaría a merced de Andrew, fue lo único que hizo a Diane titubear.

Juntó coraje y tomó el brazo del vizconde que cumplía las funciones de entregarla en el altar. ¿Andrew o Henry? Un demonio por otro demonio. Pero solo uno de ellos había sido de su elección, su decisión... su libertad. O lo más parecido a ella que Diane podía tener.

Junto al altar se encontraba Lord Dankworth en un porte regio que no dejaba entrever el nerviosismo que lo embargaba. Timothy estaba a unos metros de él, sentado en el primer banco, con los pies colgando que apenas llegaban al suelo. El niño los movía, mostrando la ansiedad que el padre reprimía.

Lady Ducville y Betsy se hicieron presentes. La vizcondesa ocupó su sitio junto a Andrew para officiar de madrina. Temblaba por el temor, ese era el lugar que le correspondía a la anterior condesa, la mujer que había muerto por la maldición familiar. Temió que la misma la tocara por el simple hecho de ocupar su rol por unos minutos. La novia se hizo presente y, junto a ella, el vizconde de Ducville que miró a su esposa con una advertencia cargada en su mirada. “Mujer supersticiosa”.

Diane, en cambio, no tenía ojos para nadie más que no fuera su futuro marido. Andrew llevaba un frac negro que acentuaba el color azabache de su cabellera. Bajo el mismo, un chaleco verde esmeralda, del mismo tono que su iris. La joven sintió un estremecimiento al descubrir que la imagen del hombre le comenzaba a resultar atractiva de una manera perturbadora. Lord Dankworth, en consideración a la repulsión que sabía que generaba, sumó al atuendo un pañuelo gris, alto, que cubría por completo las heridas de su cuello, aunque no hacían nada por disimular las de su rostro. Sentía la mirada de su futura esposa fija en

él, y lo invadió un terrible dolor. La belleza de Diane lo subyugaba, y no se creía merecedor de poseerla. El único consuelo que hallaba era el de saber que la había salvado de un destino peor que el de vivir con un hombre de apariencia monstruosa. La había rescatado de un verdadero monstruo.

El único que portaba una genuina sonrisa era Lord Ducville. El hombre sentía afecto y respeto por Andrew, algo que no era habitual para él. Lo consideraba más que un vecino, más que un socio. Era un verdadero amigo. Y mientras avanzaba con Diane tomada del brazo, se alegraba de ser partícipe de esa unión. La nueva Lady se diferenciaba de la anterior en demasiados aspectos, sobre todo, en el carácter y la simpleza. Nunca había logrado congeniar con Christine, y si había ahogado los comentarios era porque sabía que Lord Dankworth la había amado. O por lo menos, había amado a la mujer que mostraba al mundo. Joven, bello, idealista, excéntrico... eso había sido Andrew antes de que la desgracia golpeará su puerta. Anhelaba para él que la suerte brillara una vez más.

El obispo hizo de la ceremonia algo breve, era un hombre ostentoso, que había accedido solo porque se trataba de un conde, pero que al saber que el evento sería reducido había tenido sus reparos. ¿De qué valía presentarse si solo lo verían seis personas, de las cuales una sería un niño? La donación de Lord Dankworth fue el único aliciente.

Se ahorró el sermón y las palabras felices. Las expresiones de los cónyuges era algo que había visto demasiadas veces en el pasado, y que no podía importarle menos. Un matrimonio de conveniencia más. El obispo se preguntaba a quién le convenía aquello. ¿A Diane, que pasaría a ser lady? ¿A Andrew que tendría una nueva presa en sus garras? ¿Al niño que sufriría una nueva pérdida?

Timothy se acercó al altar con los anillos, para que fueran bendecidos, y el obispo terminó sin más con la boda.

—Los declaro marido y mujer —expuso de memoria, sin alterar el tono de su voz.

El cielo comenzó a abrirse y algunos rayos de sol atravesaron las pesadas nubes escocesas. Lady Ducville largó el aire con alivio.

—Temía que lloviera durante el trayecto —dijo al salir de la capilla—, tenemos una hora de carruaje hasta mi casa, y con los caminos llenos de lodo es imposible transitarlo.

No quiso agregar que la idea de pasar la noche en la mansión Dankworth le aterraba más que cualquier tormenta. Darían un almuerzo en la casa de campo de los Ducville a modo de reducido festejo y luego sería el momento de Diane de ocupar el lugar que ahora le correspondía.

—Quiero que sepas —le susurró la vizcondesa—, que, si algo sucede,

siempre estaré a una hora de aquí. Puedes visitarme cuando lo desees, tu tía se quedará una temporada a hacerme compañía. Estaremos cerca —insistió, convencida de que eso le daría ánimo a la nueva condesa.

Diane le agradeció con un asentimiento. Esperaba no tener que huir, de todas maneras, le daba cierta tranquilidad saber que no estaba tan sola.

El almuerzo se dio en un ambiente de gran tensión. A la joven le correspondía ingresar primero al salón, antes que su tía Betsy y que lord Ducville. Como bien le recordó su tía, ahora poseía un título de mayor importancia.

Andrew interpretaba la incomodidad de Diane como un rechazo a su nuevo rol. Un condado, una fortuna no eran suficientes para compensar el castigo que representaba ser Lady Dankworth. Lo serenaba la expresión de Timothy, que observaba a su madrastra con interés y con un cariño que solo un niño como él podía demostrar.

Apenas había conocido a su madre. Era un bebé cuando Christine murió en el incendio, un fuego que la consumió hasta hacerla cenizas y que, por poco, le quita la vida de su hijo. De regreso a la mansión, el cementerio se hizo visible, y Andrew dejó vagar la vista por las lápidas de la familia. Cuán cerca estuvo de que Timothy descansara por toda la eternidad. Una vez llegó a salvarlo, la segunda... giró el rostro hacia Diane. Ella lo había impedido.

Su joven esposa se estremeció ante el escrutinio. A Lord Dankworth le pareció que las mejillas de Diane se sonrojaban, y se apuró a desestimar el pensamiento. No se trataba de pudor, sino de repulsión.

Comenzaba a anochecer cuando arribaron. La niñera de Timothy aguardaba por él en el hall, dispuesta a llevarlo a sus aposentos y hacerlo dormir. El niño comenzó un berrinche al cual Andrew ya estaba acostumbrado. Se preocupó al imaginar qué pensaría Diane al respecto. Su hijo se mostraba díscolo, caprichoso. Él conocía los motivos, y por eso se apuró a ponerse de rodillas ante él para consolarlo.

Lady Dankworth observó la escena con dosis iguales de curiosidad y ternura. Andrew la desconcertaba cuando estaba frente al pequeño, mostraba un comportamiento distinto al de siempre. Quizá, caviló, se debía a que su hijo era incapaz de ver en su padre las cicatrices como tales. Formaban parte del hombre, desde siempre para la memoria del niño. La naturalidad a la hora de observarlo, o de abrazarse a su cuello, lo llevaban a derribar las barreras tras las que se protegía.

No entendía lo que tenía ante ella, el comportamiento de Timothy. Andrew se giró para hacerla partícipe, al comprender que, de ese instante en adelante, era parte del círculo.

—Timy sufre de terrores nocturnos.

—Lo siento. —De verdad lo hacía, Diane solía sufrir pesadillas cuando vivía bajo el techo del Barón, solo que poseía la edad suficiente para comprender que los miedos no habitaban la mente, sino el otro lado del dintel. Se acercó al niño, se permitió unirse al consuelo—. ¿Quieres que te acompañe a tu cuarto? Revisaremos cada rincón hasta estar tranquilos.

Timothy asintió, y Andrew alzó la vista hacia ella en agradecimiento. La niñera también se sumó, y fue lord Dankworth quien le dio permiso para ir a su cuarto a descansar. Se encargaría él de hacer dormir a su hijo.

—Ha sido un día largo —fue la excusa que esgrimió. Ambos sabían que no se debía a la jornada, que los terrores se daban cada noche, y cada vez con mayor ferocidad. Lo hablaría luego con Diane, cuando su esposa estuviera habituada al lugar y a sus obligaciones como Lady Dankworth.

Tomaron las manos de Timy y lo acompañaron a su recámara. El cuarto era lujoso y amplio. Poseía un gran arcón para juguetes, un caballo de madera y una hermosa caja musical mecánica que proyectaba imágenes de circo. Diane se sorprendió de que la misma contara con una bombilla en su interior, la observó con fascinación.

—¿No te da miedo? —preguntó Timothy, acostumbrado al resquemor de los sirvientes ante la electricidad.

—No, ¿A ti?

—La oscuridad —murmuró el pequeño, y ella le besó la frente. Lo ayudó a ocupar la cama, mientras él seguía con la mirada los movimientos de su padre. Andrew llevaba a cabo una infructuosa pero necesaria exploración de los recovecos oscuros del cuarto, para calmar los temores del niño.

—Todo vacío, no hay nadie aquí —confirmó y se sentó en el borde de la cama. Solo el cuerpo de su hijo lo separaba de Diane, y se sintió extremadamente feliz de tenerla ahí. La sensación lo tomó desprevenido, por lo que fijó la atención en el pequeño.

—Pero vendrá, siempre viene —sentenció Timothy. Diane tragó saliva para ahogar la pregunta, no tenía sentido alimentar los fantasmas que atormentaban a su hijastro, ella sabía que eran producto de la imaginación. Los verdaderos monstruos eran de carne y hueso.

—Puedes ir a tu cuarto —propuso Andrew. No tenía intenciones de atarla a esa responsabilidad la primera noche en la casa.

—¿Suele quedarse hasta que se duerma? —preguntó ella en cambio.

—Sí. —Diane asintió a la par, y se acomodó contra el respaldo de la cama, dispuesta a permanecer junto a Timothy hasta que hallara un buen descanso.

El iris azul verdoso de Andrew brilló al observarla, y Diane bajó la vista,

avergonzada. Un cosquilleo extraño le erizaba la piel cuando sentía los ojos de Lord Dankworth en ella. Algo tibio, distinto, ajeno a todo lo que conocía.

Y Andrew solo percibía el miedo de ella, sin imaginar que era un temor a lo desconocido, no a él. Él ya no le provocaba rechazo. Diane era demasiado ingenua como para comprender a qué se debía. Había conocido el amor y cariño de sus padres, un sentimiento que se asemejaba al que la embargaba en esos momentos con Timothy en brazos. A pesar de ello, era incapaz de determinar lo que su esposo generaba.

La respiración del niño se acompasó, y Andrew se dispuso a apagar las luces.

—Le teme a la oscuridad —susurró ella, para no despertarlo—, no sería mejor dejar una luz, una vela... quizá la bombilla.

—¡No! —El tono autoritario del hombre la sobresaltó, y tuvo que contener un quejido. Andrew extendió la mano hacia Diane, para disculparse por el exabrupto, y la muchacha se retrajo.

—Iré a mi recámara, si me permite —solicitó con la cabeza gacha, temerosa de haber despertado la furia de su esposo con la propuesta.

—Ve. —Lord Dankworth le permitió alejarse de él, y aguardó unos segundos antes de abandonar la habitación. Se maldijo una y mil veces. No era capaz de explicar el pánico que lo hizo su esclavo cuando Diane propuso la vela o la bombilla.

Su madre había muerto por los experimentos de su padre con la electricidad, mucho antes de la invención de Edison. Jugó a ser Dios, y Dios le quitó a su mujer, para luego empujarlo al suicidio. La vela... una vela olvidada en la noche le había arrebatado la madre a Timothy. Todos creían que había sido su descuido, todos salvo el detective de Scotland Yard que iba más lejos con sus acusaciones e insinuaba que había sido premeditado. Lo única certeza de Andrew era que había sido su culpa, por no correr demasiado rápido, por haber estado en el despacho en lugar de en su cama, por haber ido primero al rescate de Timothy, dejando a Christine arder en las llamas del incendio.

En su recámara, los paneles centrales que la unían a la habitación contigua estaban abiertos. Una doncella le cepillaba el cabello a Diane, que llevaba ahora un largo camisón y una bata de raso. Ambas prendas estaban diseñadas con delicadeza, y con un único fin, el de enardecer a un marido en la noche de bodas. Su ayudante de cámara aguardaba por él, y Andrew lo despidió sin más. Al hacerlo, la orden tácita recayó en la doncella de su esposa, que abandonó la tarea y se escabulló tras una reverencia.

Diane se puso de pie y avanzó hasta el centro de la habitación sin saber cómo continuar. Poco conocía sobre las obligaciones maritales, y su experiencia

con el deseo masculino había tenido al peor de los profesores. Se quedó petrificada, con la mirada fija en la de su esposo, que reflejaba el fuego de la chimenea en su superficie verdosa.

Andrew sintió el deseo calentarle la sangre. La anhelaba, y era en vano negarlo. Llevaba años de celibato, desde Christine que jamás se había atrevido a acercarse a otra mujer. De todos modos, ninguna, hasta el momento, había despertado en él los anhelos dormidos. Quería hacer a Diane su esposa en todos los sentidos de la palabra, solo el miedo que emanaba de ella lo detenía.

Ya era un monstruo ante el reflejo que proyectaban los espejos. Lo era para la sociedad que lo juzgaba, para el detective que no le creía. No estaba dispuesto a serlo ante Diane también.

—Descansa, Diane. Buenas noches —dijo con voz ronca y cerró los paneles.

Lady Dankworth quedó con la vista en la madera de la puerta por varios minutos, sin comprender. No sabía qué había hecho mal, no entendía por qué Andrew no tomaba lo que le pertenecía y, sobre todo, no comprendía por qué eso la dejaba con una terrible sensación de vacío.

La ventana se abrió de improviso, producto del viento, y eso la sacó de su estupor. Pasó el pestillo, corrió las cortinas y se metió bajo las pesadas mantas de su nueva cama. De pronto, el frío pareció mayor, y su boca dibujó un vaho en el aire. Apagó la vela que descansaba en la mesa junto a ella y cerró los ojos. Algo la inquietaba, y no era temor, lo sabía. Eso bastó para que cayera en un profundo sueño.

Capítulo 5

Los primeros días como la nueva Condesa de Dankworth fueron por demás atípicos, todas las atenciones estaban centradas en ella, también las demandas, si es que podrían llegar a considerarse así a las constantes actividades propuestas por Timothy. El viaje de bodas era algo aún no hablado, una experiencia banal que no parecía de relevancia para su esposo ni para ella. Andrew debía cumplir con un sinfín de responsabilidades, y cada una de ellas lo llevaban fuera de la casa a diario. Algo que Diane aceptaba con gusto, los aires de auténtica libertad le llenaban los pulmones, aunque debía reconocer que no estaba acostumbrada a disfrutar de ella, y esa nueva libertad, de la mano de un niño, resultaba por completo agotadora. Ninguna de las actividades que había llevado a cabo durante años en la casa de su tío había sido tan extenuante como la que, en el presente, con una sonrisa en los labios, experimentaba.

Esa tarde había sido interminable; caminata, recolección de insectos, juegos al aire libre, lectura compartida y posterior catalogación de los insectos recolectados. El agotamiento la llevó a buscar refugio en su recámara ni bien cayó el sol y, sin proponérselo, se entregó al sueño. Gozaba de una seguridad nunca antes vivida en el resguardo de esa mansión. Se sentía protegida, lejos del temor con el que había convivido infinidad de años; para ella, la noche significaba el máximo terror. Ya no, y descansar sumida en esa maravillosa sensación era algo que se lo debía a él, a Lord Dankworth, su esposo, aunque significara extraño para ella pensarlo así.

Saberlo ahí, a un par de metros de distancia, al otro lado de la puerta, le infundía una impensada calma. Pesar que él era un demonio, para todos lo era, pero ahí, en el refugio de su infierno, Diane comprendía que hasta el diablo podía desplegar alas.

Abandonó el sueño gracias a un golpe en la puerta, era Meredith, quien le había sido asignada como doncella, una mujer que la superaba en edad y en amabilidad. Ingresó a la habitación cargando una gran bandeja con una succulenta cena: faisán, verduras horneadas y una fuente con frutas de estación. Ante la expresión de desconcierto en Diane, la mujer expuso los motivos que traía consigo.

—El señor ordenó que se le trajera la cena.

—No es necesario. —La falta de costumbre ante las atenciones la hacían

sentir incómoda. Todavía estaba vestida, podía levantarse y cenar en el salón comedor. Se incorporó, prefería actuar en vez de hablar.

—Mi lady, su esposo considera prudente que descanse, y creo que debería tenerlo en cuenta —se atrevió a decir la mujer. La sugerencia de la doncella fue bien recibida por Diane.

—¿Timothy? —preguntó, cuando de su hijo se trataba, Andrew hacía a un lado las normas protocolares. Cenaba en compañía del pequeño, algo que a Diane le había otorgado mayor serenidad; el niño quebraba el silencioso escenario que solía construirse cuando el matrimonio se hallaba a solas. No quería fallarle, podía notar que él comenzaba a aferrarse a ella.

—El pequeño Timothy se ha rendido al sueño como usted, ya se encuentra en sus aposentos.

Solo quedaba una pregunta más por hacer. Debía hacerla y quería hacerla. No tenía noticias de su esposo desde la cena de la noche anterior.

—¿El señor? —Lo dijo con cierto aire de lamento, comenzaba a darse cuenta de que esperaba ese momento del día para estar junto a él sin una puerta mediante.

—El señor ha decidido tomar la cena en su despacho.

No había nada más que preguntar, nada más por hacer. Diane se dejó envolver por el silencio.

Una vez acomodada la bandeja, Meridith hizo un recorrido visual por la habitación, su mirada fue directa al ventanal, el ligero movimiento del cortinado había llamado su atención.

—Permiso... —dijo haciendo evidente la necesidad de extender su función. La expresión de Diane fue de aceptación, para ella, todo le era ajeno. La mujer atravesó la pesada cortina y se perdió detrás de ella, solo su voz se oía—. Se avecina una tormenta, son muy comunes en esta época del año, es preferible asegurar las ventanas, mi lady, nunca se sabe qué puede traer el viento.

Cuando volvió a corporizarse ante ella, sonrió satisfecha, y se tomó el atrevimiento de moderar el fuego del hogar con el atizador para que no fuese sofocante. Por último, comprobó que todo estuviese como debía, en especial, se cercioró de que el cuenco de limpieza contara con el agua suficiente.

—¿Necesita algo más, Lady Dankworth?

Sí, necesitaba algo. Necesitaba ser ella.

—Oh, no... Diane, puede llamarme Diane.

La mujer asintió con un gesto de cabeza intentando ocultar la sonrisa en su rostro, todos hablaban de la nueva esposa del señor, esperaban una condesa con comportamientos similares a la anterior. "Puede llamarme Diane". Por lo visto, a buen tiempo, el señor de la casa había cambiado el juicio a la hora de elegir

esposa, y ese era un motivo de festejo para la servidumbre. Meridith estaba ansiosa por chismotear sobre ella, presentía que el ambiente de la mansión iba a cambiar, a su tiempo, para mejor.

—Buenas noches, que descanse, Lady Dankworth—. Bajo ninguna circunstancia iba a llamarla por su nombre, la joven que tenía frente a ella debía dejar el pasado atrás para convertirse en lo que debía ser, la Condesa de Dankworth, la Señora de la casa.

Disfrutó de un par de bocados en el más profundo de los silencios. Optó por desvestirse sola, sin asistencia. Se colocó la camisola de dormir, cepilló su cabello, y tomó un libro para acurrucarse junto al hogar. La luz que le obsequiaba el fuego le facilitaba la lectura a esas horas de la noche. No tenía deseos de continuar con el descanso, había dormido unas tres horas y se sentía recargada de energías. Imposible cerrar los ojos, imposible no pensar en su nueva realidad.

Unos pasos cercanos le indicaron el arribo de Andrew a la recámara contigua, intentó focalizar la audición en lo que acontecía del otro lado de la pared. Podía imaginarlo, sin su chaqueta, sus botas, sin la rígida postura en su espalda. La lectura dejó de ser de interés, el señor de la casa se ganaba su total atención... su esposo.

Dios, debía repetirse eso, su esposo. Todavía no se abrazaba a esa realidad. Es más, por momentos, la acechaba la idea de que lo que estaba viviendo tendría un fin. Como si estuviese a prueba, o gozando de un breve receso en su atormentada existencia. En un par de días, el acantilado, el borde del abismo, volvería a ser su única opción. Pero no, la historia había cambiado para ella, y aceptarla sería el primer paso para comenzar a disfrutarla, porque descubría que sí, podía hacerlo; de una u otra manera, podía ser feliz junto a Andrew Lawrens.

Movida por un deseo irreconocible, no propio de ella, abandonó la comodidad del sillón frente al fuego y caminó en puntillas de pie hacia la puerta de doble panel que comunicaba ambas habitaciones. Fue en extremo cuidadosa, no quería que él notara ni sospechara sus movimientos. Se cubrió con un chal, era increíble cómo en un mismo ambiente podían experimentarse sensaciones diferentes, unos pasos lejos del fuego, y el frío le recorrió el cuerpo, un frío que era potenciado por la tormenta que comenzaba a rugir como una fiera recién nacida haciéndose eco en toda la mansión.

Cuando estuvo frente a la puerta, colocó el oído sobre la madera, fue delicada, temía dar un paso en falso y que el peso de su cuerpo forzara la apertura o indicara su presencia. Agudizó la audición, casi que contuvo la respiración para lograrlo.

Unos pasos... unos pasos que iban de un lado a otro, como si algo lo

inquietara, como si la fiera que el exterior confesaba estuviese ahí, encerrada, deseosa de escapar.

¿Qué lo atormentaba? Porque algo lo hacía, lo notaba en su mirada, en el color casi esmeralda de sus ojos, unos ojos que se atrevía a invadir solo cuando él no la veía. Andrew era un enigma, cargaba con una historia que no le pertenecía, comenzaba a descifrar esa verdad, oía la manera en la que la servidumbre se refería a él a sus espaldas, y nada de lo que decían coincidía con el relato popular. Además, un hombre que amara a un hijo con la intensidad con la que él amaba al suyo era suficiente para elaborar un perfil de su corazón. Sí, su cuerpo era un territorio invadido por las cicatrices. Sí, su actitud y comportamiento distante lo vestían con la bruma de una oscuridad que no era tal. Por dentro... por dentro su corazón era impoluto, sincero y puro.

Tal vez estaba equivocada. Tal vez era la ilusión que su corazón construía, lo que quería creer. Todavía no sabía cuál era la verdad oculta en él, solo sabía que ansiaba descubrirla. Ansiaba con desesperación saber todo de él. Deseaba conocer al hombre que la había rescatado, que la había hecho libre.

No pudo controlar la necesidad de él que su cuerpo manifestaba, sin ser consciente de sus movimientos, su mano se deslizó por la madera de la puerta en una suave caricia, una caricia que estaba destinada a Andrew. Cerró los ojos, creía que así potenciaría a los sentidos y obtendría más a cambio. Lo hizo, pudo jurar que oía su respiración, intensa, acelerada. El peso de su cuerpo anhelante hizo lo demás, la presión en la madera jugó con el picaporte, lo hizo crujir, lo...

Él estaba del otro lado, lo sabía, sentía. Diane comenzaba a reconocer el aroma que su piel desprendía. Centímetros los separan, centímetros y una decisión, una que estaba dispuesta a tomar.

La tormenta llegó a su punto álgido; la fiera crecía, rugía con la fuerza de mil leones. El viento, que hasta ese momento se había mantenido en calma, acompañó a la lluvia y se hizo tempestad, en el preciso instante en que Diane tomaba el coraje para hacer girar el picaporte, el ventanal, ese que Meredith había asegurado, se abrió con una fuerza inusitada, de par en par, y las pesadas cortinas danzaron furiosas ante ella. Debió luchar con el viento que se arremolinaba en el centro de la habitación. La lluvia era torrencial, al punto tal de mojarle la cabellera y parte de la camisola, cubriéndose el rostro con los brazos, avanzó hasta llegar al epicentro de la violenta naturaleza que atacaba su lugar de descanso. Se aferró a las dos puertas de cristal y empujó. Empujó con la fuerza de tres cuerpos. Parecía que luchaba, que luchaba con la oscura nada, porque sus ojos no veían más que eso a lo lejos, oscuridad y relámpagos, la tempestad parecía haber tomado el control de la mansión Dankworth.

Regresó junto al fuego, estaba húmeda y el frío le calaba hasta los huesos, se

acurrucó en el sillón.

—Diane... —la voz de Andrew hecha un susurro llegó hasta ella—. ¿Te encuentras bien? ¿Estás despierta?

No pudo responder, no comprendía el porqué, solo sabía que prefería el silencio, el único que estaba dispuesto a hablar era su corazón que latía desenfrenado dentro de su pecho. La necesidad de acallarlo la llevó a presionarlo con las manos.

—¿Diane?

Al cabo de unos minutos, la voz de Andrew fue reemplazada por sus pasos, unos que parecían alejarse. El corazón de Diane volvió a la calma, respiró profundo. Era preferible así, sus emociones cambiaban como la temperatura ambiente, minutos atrás anhelaba estar ante su presencia, ahora, prefería refugiarse en el palacio de la soledad que le brindaba la habitación.

La orquesta que resonaba afuera a manos de la tormenta le estimuló el sueño, su cabeza ya no estaba predispuesta para lectura alguna, por ello centró la actividad de sus ojos en el fuego. Como era de esperarse, los párpados se le rindieron víctimas del baile de las llamas. Regresó al sueño.

Transitó la experiencia de ese descanso como si estuviese perdida en el limbo mismo, a tal punto, que la sensación de ser succionada por una fuerza superior la despertó. Estaba sudada, agitada, desorientada. Debió hacer un recorrido visual por el lugar para sentirse segura, el fuego comenzaba a extinguirse y la luz dentro de la habitación cedía. Fue hasta la mesa de noche, bebió agua, tenía la garganta seca. Un grito, breve, repentino, lejano y ahogado, la hizo temblar por el susto. La copa de cristal que aferraba en la mano se deslizó por sus dedos hasta estrellarse contra la alfombra. Intentó tranquilizarse, creer que lo que había oído no había sido lo que creía, sino un efecto sonoro de la lluvia filtrándose por los pasillos de la gigantesca mansión. Le fue imposible, el grito fue suplantado por algo peor, un eterno sollozo, uno que hacía eco en cada esquina de la recámara. No era temor lo que el lamento le provocaba, era simple inquietud, ella conocía el verdadero sentido del temor, y desde que había puesto un pie en la casa Dankworth, lo había extirpado de su pensamiento. Sin poner en duda lo que escuchaba, porque lo oía, acababa de confirmarlo una vez más, avanzó a paso firme con la intención de buscar la asistencia de su esposo. Se detuvo a centímetros de la puerta, por debajo de la misma podía notarse la ausencia de luz; de seguro, él dormía. No iba a despertarlo con el argumento de un temor que no era tal, sino más bien, curiosa exaltación. Tomó el candelabro cuyas velas se mantenían aún con vida, se aseguró el chal haciendo un nudo en su pecho, y se valió de los instintos aventureros para abandonar la calidez de la habitación a esas horas de la noche.

Estaba descalza, y toda su piel se erizó en el primer contacto con el suelo. El frío y la ventisca que corría por los pasillos de la mansión era atípico, conocía de noches frías, su tío se había asegurado de ello, jamás había tenido el privilegio de contar con un buen fuego en las noches, por ello se convenció de que la sensación experimentada era por la mala costumbre que los cuidados y beneficios de su nuevo hogar le otorgaban.

Conocía muy poco de la estructura y distribución de la mansión, había rechazado la invitación a la expedición que Timothy le había ofrecido para que conociera cada punto cardinal de la casa Dankworth, y ahora se arrepentía de ello. Dios, necesitaba una brújula para no perderse. Avanzó por el camino opuesto al habitual dejándose guiar por el lejano lamento que parecía ser transportado por el viento. Cuando llegó al final del pasillo, la duda la detuvo, el camino se abría en dos, ala Oeste y Este, decidir qué rumbo tomar no fue nada sencillo, por donde fuera que mirara hallaba espesa oscuridad, además la llama de las velas que llevaba consigo disminuían la intensidad ante el acoso constante de la fría ventisca.

El sollozo volvió a ser protagonista y fue tan intenso que no pudo controlar la reacción de su cuerpo. Tembló, había angustia en ese lamento, un dolor palpable en el ambiente. Ahora sí, algo similar al temor comenzó a nacer en ella, igualmente, continuó en dirección Este, camino al origen del sonido.

El olor a tierra húmeda, mezclado con el fétido perfume de la madera mohosa, se hacía notorio en cada paso. No podía ver más allá de la luz de la vela, no veía más allá de sus pies. El suelo se hizo poroso, algo que le llamó la atención; ya no había alfombras que protegieran sus pies desnudos. Sintió unos pasos, como si una presencia estuviese tan solo a par de metros de ella. Las palpitaciones comenzaron a acosar a su corazón, estaba a segundos de arrepentirse de la nocturna aventura.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó, estaba convencida de que así era.

Un relámpago eterno iluminó el corredor en el que estaba, con un par de segundos de su luz fue suficiente para comprobar los alrededores. Los cuadros, las puertas de las habitaciones, la alfombra que ya no era tal, todo había sido devorado por el fuego. Esa parte de la casa había sido atacada por las llamas. Hasta pudo sentir el olor tan característico de la ceniza mojada. El flash momentáneo se apagó dando lugar al esperado trueno. A pesar de que estaba preparada para él, se sobresaltó, porque en el preciso instante en que la ráfaga de luz del afuera se apagaba, la forma de un cuerpo se dibujó como sombra ante ella.

—¿Hay alguien ahí? —volvió a repetir con los primeros matices de pánico en la voz.

La pregunta vagó por el aire hasta que se encontró con una respuesta.

Alguien... Alguien... Alguien...

¿Era un eco? No lo parecía.

La furia de la tempestad, que no encontraba barreras en esa ala destruida de la mansión, se sumó al eco casi fantasmal. Con la fuerza de una ola dispuesta a arrasarse con todo en su camino, avanzó hasta golpearla, la llama de las velas se extinguió, y la bofetada que sintió la hizo retroceder al punto de trastabillar y caer al suelo.

Alguien... Alguien... Alguien...

¡Eso no podía ser un eco, un eterno eco! Ahí, entregada a la buenaventura sobrenatural de la noche, a pasos de perder el sentido de la orientación, se dejó poseer por la misma angustia que sonorizaba los pasillos abandonados de ese sector de la casa. Volvió a sudar, esta vez por el pánico que empezaba a gobernarla. El eco parecía dispuesto a avanzar en busca de una segunda embestida. Giró sobre su cuerpo, gateó en las sombras hasta recuperar el control del mismo, sus brazos se reencontraron con la fortaleza perdida y la ayudaron a incorporarse. Estaba dispuesta a correr. Lo intentó, un obstáculo inesperado se interpuso en su camino, era un cuerpo. Un cuerpo que solo reconocía por el perfume que desprendía, ese perfume que le regresaba la calma: Andrew.

—¿Qué haces aquí?

El destello luminoso de un nuevo relámpago iluminó por segundos el alrededor. Los ojos aguamarina de Andrew brillaron como dos gemas preciosas, y Diane sintió que esos ojos eran la única luz que necesitaba.

—Oí algo. —Solo eso atinó a decir, quería abrazarlo, refugiarse en su pecho hasta recobrar la serenidad.

—Debiste quedarte en tu habitación —sentenció sin atisbo alguno de calidez.

—Me pareció oír un grito.

El trueno esperado estalló, fue intenso, más que los anteriores, los cimientos de la mansión Dankworth vibraron. El estallido fue secundado por un grito, un agudo e intenso grito.

—Ese grito —Diane quiso justificar su comportamiento.

A Andrew eso no le importaba, actuó en función de lo oído, reconoció el timbre de voz de su hijo en ese clamor.

—¡Timothy! —El nombre se escapó de sus labios con preocupación.

No iba a indagar en los absurdos motivos que habían llevado a su esposa a esa excursión nocturna, de momento solo le importaba Timothy y sus terrores nocturnos, algo que comenzaba a torturar muy a menudo al pequeño.

Conocía de memoria los pasillos de la mansión, no necesitaba de luz alguna

para transitarlos, giró sobre sí dispuesto a ser el socorro que su hijo reclamaba, ni bien dio un par de pasos, regresó por ella, no la dejaría en la más tenebrosa penumbra.

—¡Ven! —dijo tomándola de la mano con delicada firmeza.

Ambos disfrutaron del contacto de piel, aunque lo negaran, la correspondencia de sus cuerpos era inevitable, actuaba casi por embrujo, se atraían. Valiéndose del rol de damisela en apuros rescatada de la oscuridad, Diane se aferró a su mano y buscó cobijo sobre el hombro de su esposo. Él se lo permitió, y redujo la velocidad de su andar para brindarle la contención que ella necesitaba. Por supuesto que su hijo siempre iba a primar ante cualquiera, pero Diane no era cualquiera, era su esposa, y tenía que empezar a darle el lugar y la importancia debida, la protección de ambos era su responsabilidad.

Abandonaron el ala Este, cruzaron el pasillo que los llevaba a sus respectivas habitaciones y avanzaron hasta las habitaciones del extremo opuesto de la casa, se detuvieron en la primera, la de Timothy. En esa oportunidad se encontraba iluminada por varias velas y una pequeña lámpara de luz artificial. A Diane le sorprendió el cambio con respecto a la última vez que estuvo allí, Andrew había considerado su consejo de no dejar al niño en penumbras, atender el temor del pequeño a la oscuridad. El frío del exterior pareció batallar con la tibieza de sentimientos que le nació en el interior al comprobar que su marido era capaz de anteponer las necesidades de quienes amaba antes que él.

Timothy estaba en el centro de su cama, cubierto con las cobijas y la almohada. Con un par de zancadas, Andrew estuvo junto a él, lo forzó a salir del escondite de telas.

—Timothy, ya estoy aquí. Ya estoy aquí —le susurró al oído, el niño se negaba a abrir los ojos, solo lo hizo cuando comprobó que la presencia era la de su padre—. ¿Qué ha sucedido esta vez?

Tenía los ojos rojos por las lágrimas, sus negras pestañas húmedas se pegoteaban la una a la otra.

—¡Pude oírla, papá, regresó, iba a entrar en mi habitación!

—Nadie va a entrar en tu habitación, hijo, no tienes nada que temer.

Diane contemplaba la escena desde la puerta, no se creía merecedora de esa intimidad, la relación que padre e hijo mostraban era única, fuerte, poco habitual.

—Sí, va a entrar. La sentí gritar, la sentí llorar.

El pequeño no estaba dispuesto a desechar su temor, estaba convencido de lo vivido. Andrew parecía dispuesto a desestimar sus palabras, Diane no pudo, aunque se contuvo... no pudo. Comprendía lo que el niño decía, eso mismo la había llevado a abandonar la tibieza de su habitación.

—Yo también la oí —murmuró para sí con la intensidad necesaria, esa que

llevó las palabras hasta ellos.

Los ojos de Lord Dankworth volvieron a brillar para ella, esta vez sin luz de condescendencia alguna, sino de desaprobación. ¿Acaso estaba loca? ¿Pretendía potenciar el horror en el niño?

Diane comenzaba ser un referente a considerar para Timothy, así que ni bien percibió su presencia y palabras, giró en su búsqueda. Ella avanzó hasta llegar a la cama, al borde opuesto en el que se encontraba su esposo.

—Yo también oí una voz —reiteró mientras se tomaba el atrevimiento de sentarse junto al niño—. Solía sucederme lo mismo en la mansión Tavernier. —Al decir eso fue en busca de la mirada de Andrew, trataba de hacerle entender al hombre la intención de su discurso. Él lo comprendió, la desaprobación mutó a complicidad—. Tardé años en comprender que el viento y la lluvia, cuando se juntan, se convierten en niños ansiosos de travesuras que gozan espantando a pequeños como tú, pequeños como yo —Se permitió sonreír a pesar de la rememoración escabrosa, lo hacía por el niño— tiempo atrás, por supuesto.

—No fue el viento —acusó Timothy.

—Yo creo que sí —afirmó ella sabiendo que mentía—, a diferencia tuya, yo no me refugié entre las sábanas, salí al pasillo en busca de ese... grito, de ese quejido. ¿Y sabes qué encontré?

—¿Qué? —preguntó el pequeño secándose las lágrimas con la manga de su camisola de dormir.

—Nada, solo viento, lluvia, y... —agregó con tono de picardía— a tu padre en medio del camino.

Los labios de Andrew se movieron dibujando un silencioso "Gracias", comenzaba a sentir cómo la tensión abandonaba el cuerpo de Timothy.

—Confía en mí, soy muy temerosa.

—¿Lo eres? —Timothy se sentía feliz de hallar una compañera de cobardía. Necesitaba confirmarlo.

—Por supuesto lo soy, y si no sentía temor alguno esta noche, es por algo. Créelo, de lo contrario, estaría ahí, contigo —Señaló las sábanas y cobijas arremolinadas en torno a él—, escondida.

Timothy sonrió, se hizo a un lado y corrió las sábanas a modo de invitación.

—Timothy —Andrew intentó llamarle la atención con dulzura—, Diane debe tener deseos de descansar en su cama, no la fuerces a la incómoda situación de...

—No me incomoda —interrumpió Diane, de hecho, lo prefería, no quería más soledad esa noche.

El niño sonrió y buscó la aprobación en su padre, siempre buscaba la aprobación en él.

—¿Puede quedarse? ¿Puede dormir aquí conmigo?

—Yo pensaba hacerlo —gruñó Dankworth con fingido enojo y desencanto. No sería la primera vez que velaba por el descanso de su hijo, había comprobado que su cercanía alejaba a las pesadillas, aquellas que lo acompañaban desde la trágica noche del incendio y muerte de su madre.

La nueva realidad del hogar era algo que requería de práctica, mucha práctica, esa noche parecía ser una oportunidad para ella, por lo menos así lo pensó Timothy.

—¡Los dos pueden quedarse conmigo!

—¿Los dos? —Andrew sonrió ante la demanda inesperada en él, estaba feliz por el recibimiento que este le había dado a la mujer, y comenzaba a creer que, en verdad, aquel fatídico accidente en el acantilado había sido un acto de la divina providencia. Diane era todo lo que esperaba y más. Mucho más.

—Sí, los dos.

Así lo hicieron. Timothy entrelazó los dedos de sus manos a las de ellos. A su derecha, Diane. A su izquierda, Andrew. Diane aprovechó el momento familiar para narrarle uno de los cuentos que su madre solía contarle antes de dormir. El sueño no tardó en sumarse a ellos, las palabras de Diane comenzaban a salir con lentitud de su boca, y la respiración profunda de Timothy no se hizo esperar. El pequeño, agotado por el estrés del llanto nocturno, se rindió al descanso. Diane, ante la extraña y nueva situación junto a su esposo, fingió adormecimiento. Pasarían la noche ahí, juntos, con Timothy de por medio, pero juntos. Aunque lo intentara, no dormiría, no lo haría en lo absoluto.

Al cabo de un buen rato, otra respiración pesada se mezcló con la del niño. Diane abrió los ojos para comprobar el estado de Andrew. Dormía profundamente, víctima del agotamiento que las responsabilidades diarias le obsequiaban. Cuidando que sus movimientos no los despertara, se levantó de la cama y, en puntillas de pie, fue hasta el armario en busca de un cobertor extra. Regresó a la cama, la rodeó mientras se deleitaba con la escena de padre e hijo, durmiendo en un estado de total serenidad. Andrew era el único que aún estaba vestido, calzaba sus botas, por eso se había mantenido por fuera del calor de las sábanas. La noche era fría, la tormenta todavía azotaba los alrededores y el fuego del hogar apenas calentaba. No iba a permitir que su esposo despertara debido a la desprotección; lo cubrió con la cobija y regresó a su lado asignado de la cama. Retomó la postura anterior, apoyó su mano sobre la de Timothy, el pequeño giró hasta enfrentarla y, al hacerlo, propició el roce de manos entre ella y Andrew.

El deseo de contacto no se contuvo, cuando perdemos el control de nuestra consciencia, todo lo demás sale a flote. Andrew, dormido como estaba, envolvió la mano de Diane con la suya. Ella lo permitió, lo disfrutó. A diferencia de él, no

necesitaba del resguardo inconsciente para reconocer lo que comenzaba a sentir.

Lo sentía a él... a su esposo.

A su Andrew... su demonio.

Capítulo 6

La tormenta de la noche anterior había dejado su impronta en varios árboles caídos, en el suelo húmedo y en las rocas resbaladizas. Las prendas femeninas no estaban diseñadas para las andanzas a las que Timothy la invitaba, de todos modos, Diane no podía negarse. Cuando estaba con su hijo, porque comenzaba a pensarlo con esa palabra en lugar de hijastro, se reconectaba con la niña que supo ser. Tanto o más temeraria que el futuro Lord Dankworth.

Timothy era distinto cuando el sol estaba a lo alto, como si los terrores nocturnos nunca lo hubieran acechado. Sin embargo, esa mañana estaba aún más feliz y sereno. El descanso entre el cuerpo de su padre y el de ella lo había relajado, y Diane era capaz de comprender la paz que le brindaba al niño saberse protegido. Una paz que la alcanzaba a ella.

—Timy —lo llamó. El niño estaba ansioso por trepar a un árbol caído, y estorbaba a los sirvientes que se dedicaban a remover los restos y convertirlos en leños—, recuerdas que me prometiste enseñarme los secretos de la mansión. Creo que hoy es un buen momento.

De un brinco, Timothy se bajó de los restos de árbol y corrió hacia ella. Los sirvientes le agradecieron con un asentimiento de cabeza, pues no se sentían en lugar de darle órdenes al pequeño lord, y el mismo realmente estaba estorbando. Diane le tomó la mano y les regaló una sonrisa a los trabajadores antes de alejarlo de allí.

A ella también la trataban con un respeto que la incomodaba en partes. Estaba acostumbrada a una relación de igual a igual con la servidumbre, pues los años bajo el techo del Barón la habían llevado a ser una más. Allí, todos le recordaban que era Lady Dankworth, y le dispensaban un trato amable acorde al rol. Como Meridith que se negaba a llamarla por su nombre de pila.

La mansión Dankworth era imponente, construida con piedra gris y rodeada de muros que ahora lucían colapsados, pertenecientes a la edad media, cuando entre esas paredes se protegían de los asedios de los clanes escoceses. Estaba al límite con Inglaterra, y esas tierras habían pasado de mano en mano, de rey en rey, por demasiados años. Al igual que la de sus vecinos más próximos, los Ducville.

—Esta es la vieja cocina —señaló el niño mientras la arrastraba a paso enérgico, uno que la dejaría de cama por la noche—, ahora se utiliza de

almacenamiento. Mi abuelo mudó la cocina para que estuviera más cerca del comedor.

Se adentraron en el espacio lleno de sirvientes que iban y venían preparando la comida. Todos sonreían al pequeño Lord y le ofrecieron una galleta de mazapán que el niño llevó a la boca con la mano izquierda, sin intención de soltarse de Diane.

—El comedor ya lo conoces, el salón de baile está cerrado, pero ven — insistió—, por la ventana se puede ver el piano y las arañas del techo.

—¿Alguna vez han celebrado algún baile? —preguntó Diane.

—No. A mi padre no le gustan —se encogió de hombros—, igualmente, mi institutriz tiene permitido abrir el salón para darme lecciones de baile. — Timothy comentó eso con la boca llena y un rictus de malestar propio de la edad. Era evidente que las clases de danza no estaban entre sus asignaturas preferidas.

El pasillo que se abría camino desde allí estaba repleto de cuadros y retratos de los anteriores miembros de la familia Dankworth. Diane frenó ante uno en particular, y el niño lo observó con solemnidad.

—Ese es mi papá —confirmó—, antes no tenía cicatrices.

Timothy había expuesto ese hecho como algo normal, como si hubiera dicho que antes, su abuelo no tenía canas. Y eso enterneció a Diane. Siguió con la vista puesta en el retrato, maravillándose de la belleza y la luz que desprendía la mirada de Lord Dankworth. Las cicatrices no conseguían apagar esa belleza, comprendió la joven, no eran las marcas que el incendio había dejado en la piel lo que lo hacía lucir como un demonio, era el aura de su espíritu lo que empujaba al recelo. Pero ella comenzaba a ver que las mismas tampoco habían conseguido desfigurarle por completo, detrás de ellas todavía se encontraba esa luz que lograba vislumbrar cuando lo observaba junto a su hijo. Timothy no deseaba quedarse quieto por mucho tiempo, por lo que tiró de sus faldas para que se moviera.

—Esta es mi salón de estudio, la biblioteca —indicó otro cuarto sin detenerse—, la sala de música, ¿sabes tocar algún instrumento? —preguntó sin esperar respuesta, porque no estaba dispuesto a cortar con la verborragia—, el despacho de papá...

Diane se detuvo, presa de la incertidumbre.

—¿El despacho de Lord Dankworth no está en la otra ala? —inquirió, confundida.

—No, ese era el anterior despacho... el de mi abuelo —completó con un murmullo cómplice, dando a entender que acababa de confesar un secreto. La curiosidad, esa que la había llevado a dejar la recámara y seguir una voz fantasmal, se hizo presente.

—¿Por qué no utiliza el mismo?

—Por el incendio, el anterior —especificó.

—¿Hubo más de un incendio?

—Sí, en el que murió mi abuela. Yo no la conocí. —La tristeza tiñó el rostro del niño, no por su abuela, sino porque a su madre tampoco había llegado a conocerla de verdad—. En el antiguo despacho están los inventos de mi abuelo —contó—, papá dice que son peligrosos, el abuelo quería inventar luz, como la de mi caja de música, pero algo salió mal y una noche explotó un invento, prendió fuego una cortina y... no lo sé, eso comenta la ama de llaves —terminó el relato—. Mi padre no habla de ello.

Diane quedó sumida en el mutismo. Sabía que Lord Dankworth aún utilizaba el viejo despacho y se preguntó si continuaría con las locas invenciones de su progenitor. Era uno de los tantos rumores que corrían en su nombre, el de que era tan loco como el anterior lord. ¿Habría provocado un incendio accidental? ¿por eso se culpaba? ¿era aquello lo que lo atormentaba?

Sumida en sus cavilaciones no cayó en cuenta de que Timothy se detenía en seco. Avanzó un par de pasos, y los tirones del niño la detuvieron.

—¿Qué sucede? —preguntó al percibir el miedo. Estaban ante el pasillo que comunicaba al ala Este.

—De allí vienen los gritos por la noche —susurró Timothy.

—¿Recuerdas lo que te conté anoche? —Diane se arrodilló a su lado para infundirle ánimo—. Es solo el viento, ven, te mostraré que no hay nada allí.

Timothy se aferró con fuerza a su mano, y ella pudo sentir el sudor que lo empapaba. Durante el día, las ruinas del ala este no se presentaban amenazantes. La luz se colaba por los huecos de lo que antes supieron ser ventanas y las paredes estaban cubiertas de ceniza y algunos restos de verdín. Avanzaron a paso firme, no querían hacer del paseo una tortura.

—¿Lo ves? Solo ruinas —le dijo Diane con una sonrisa amplia que el pequeño retribuyó.

—Por las noches una mujer camina por aquí y llora —insistió el pequeño, poco convencido, aunque feliz de que alguien lo escuchara.

Diane recorrió el pasillo hasta el final, con el niño aferrado a ella, y salieron por un muro destruido al exterior. Frente a ella se encontraba la capilla en la que habían celebrado la boda y, detrás, el cementerio donde descansaban los restos de la familia Dankworth.

—¿Quieres contarme tus sueños? —preguntó la mujer—, ahora que sabemos que estos pasillos no esconden a nadie.

—Es mamá —confesó Timothy y alzó la vista hacia ella. Buscaba en el rostro de su madrastra la expresión de malestar y condescendencia con la que los

demás lo miraban cuando expresaba ese pesar. En Diane no halló eso, sino un asentimiento de cabeza.

Era comprensible, pensó, luego de una experiencia traumática, como perder a su madre tan pequeño, que el niño la imaginara por las noches.

—Tu mamá está en el cielo, desde allí te protege. —Caminaron por el prado que iba hacia la capilla—. Quizá la extrañas tanto, que imaginas que aún está aquí. Yo también extraño mucho a mi mamá y a mi papá, y a veces sueño con ellos, sueño que me abrazan.

—Pero no es un sueño, pasa cuando tengo los ojos abiertos. Siento que alguien me llama, y es ahí cuando la veo...

—¿A tu mamá?

—Sí... eso creo —agregó el niño—, nunca le puedo ver el rostro, lleva un velo, como el de las viudas en la iglesia.

—Ven —invitó Diane y emprendió hacia el cementerio. Lo llevaría hasta la lápida de su madre, de modo que el niño fuera asumiendo de a poco la terrible pérdida. A ella la asaltaba la fatalidad cuando estaba frente a la tumba de sus padres, la certeza de que la muerte los había alcanzado y de que estaba sola en el mundo.

Para Timothy, esa misma certeza sería un alivio que lo ayudara a desprenderse de la imagen de una mujer acechándolo por la noche. Sería triste y doloroso para el niño, lo sabía, de todos modos, era un paso del duelo que debía transitar. Pensó en Andrew, en que su esposo también debía abrirse al duelo, soltar los remordimientos del pasado. Ambos parecían atrapados en un limbo tras la pérdida de la anterior Lady Dankworth. Y Diane comenzaba a pensar que, pese a los terrores nocturnos, sería más sencillo para Timothy que para su padre.

La certeza de que Andrew había querido a su primera esposa le llenó el pecho. Saberlo un hombre capaz de amar con intensidad, un sentimiento que alcanzaba a su hijo y que, sin proponérselo, ella anhelaba para sí. Quería transitar las paredes en ruina del interior de su esposo, y mostrarle, al igual que a Timothy, que nada malo había allí, solo malos recuerdos, cenizas del pasado.

El cementerio estaba cubierto de una niebla baja que parecía desprenderse del suelo y que cubría parte de las lápidas. El suelo estaba embarrado por la lluvia de la noche anterior. Diane instó al niño a que cortara algunas de las flores silvestres que crecían entre las piedras y formara con ellas un improvisado ramo.

La tumba de Lady Dankworth se hallaba bajo un roble, un ángel tallado indicaba el lugar y Diane se preguntó si el artista se había basado en la imagen de Christine para crearlo. Era bello, frío, y con los ojos sin vida. “Yo soy la resurrección y la vida, el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá”, rezaba una placa de bronce bajo la escultura.

Timothy apoyó el ramo en el ángel sin mostrar emoción alguna. El desapego del niño le oprimió el pecho.

—Apóyalo aquí —sugirió—, sobre la tumba.

—La tumba está vacía —dijo el niño, y el dolor en el corazón fue más intenso para Diane.

—Lo sé, tu mamá está en el cielo...

—No, me refiero a que mi mamá no está allí —explicó el pequeño—, la ama de llaves dice que del polvo venimos y al polvo volvemos, o algo así.

Diane no comprendía a qué se refería. La cremación no era común, aunque había escuchado de ella. No creía que fuera bueno para su hijo que continuara con la ilusión de que su madre no estaba bajo tierra, que aún podía deambular por los pasillos de la mansión. Insistió en que pusiera el ramo sobre la tumba, y el pequeño se explicó.

—Mi mamá quedó atrapada en el incendio, papá pidió que pusieran el ángel y la lápida para que yo pudiera venir a un sitio a despedirme, pero mamá no está aquí, está allá —señaló el ala este, con firmeza.

A Diane la recorrió un profundo escalofrío, cuando se giró hacia donde señalaba el niño, le pareció ver a una mujer con velo. Parpadeó, y la imagen desapareció. Temió preguntarle a Timothy si la había visto, el pequeño no parecía mostrar indicios de eso, pues su temple se mantenía calmo.

—Volvamos a casa —propuso, resignada ante el fracaso de ayudar al niño a asumir la pérdida.

—¿Le dirás a papá que vinimos a visitar la tumba? —preguntó al rato Timothy.

—¿Quieres que le cuente?

—No —respondió con rotundidad—, papá no me cree, piensa como tú, que lo imagino.

La acusación le resultó dura de digerir a Diane, se detuvo y se puso de cuclillas ante él, para que pudiera indagar en su mirada y descubriera la sinceridad que había en ella.

—Te creo, Timy.

—Papá dice que era muy pequeño, que no puedo recordar esa noche, pero la recuerdo...

Lo abrazó con fuerza. Lo atrajo hacia su pecho y le brindó el calor de su cuerpo. ¡Qué terrible debió ser, y era en esos momentos! Los terrores nocturnos cobraban sentido en la mente de Diane, no eran pesadillas, eran recuerdos ocultos en los recovecos de su mente. Los fantasmas viven en nuestro interior, siempre se esconden allí y se alimentan de los miedos más profundos.

Andrew los halló así, a mitad de camino entre el cementerio y el ala este de

la mansión. Su rictus se desfiguró al comprender qué había sucedido. Llevaba años intentando que su hijo dejara atrás la amargura, que emprendiera la vida con vista al futuro y no al pasado. No le gustaba que Diane apareciera para remover el dolor, se suponía que debía traerle luz.

Supo que al exigirle tal hercúlea tarea era injusto con ella, reclamarle lo que había hecho no tenía sentido, como tampoco el sentimiento que lo embargaba al verla abrazada a Timothy. “Te salvé de tus demonios para que me salves de los míos”, quiso espetar. En cambio, apretó los dientes. Su hijo lo observó y bajó la mirada, haciendo que el dolor que le oprimía el corazón fuera aún más profundo.

—Timothy, tienes lección con tu institutriz en media hora.

—Sí, padre —accedió el niño y se desprendió del abrazo para ir, dando un rodeo para esquivar las ruinas, hacia el salón de clases.

Andrew giró sobre sus talones, dispuesto a dejar a Diane sola. No era por rencor, sino porque sentía cómo el demonio que habitaba en él lo dominaba y no quería que alcanzara a su esposa. Lady Dankworth quedó inmóvil mientras veía a su marido e hijo alejarse de ella, ambos igual de destrozados que la noche en que llegó a esa vieja mansión en ruinas. La angustia la impulsó a reaccionar y siguió al hombre al interior. Lo vio perderse en el pasillo que, ahora sabía, iba hacia el viejo despacho del anterior conde.

Lo imitó, cuando llegó a la habitación, la puerta estaba abierta y Andrew tenía la vista perdida en la ventana. En el silencio reinante, observó el lugar, tan excéntrico como el propietario actual y el anterior. Un centenar de piezas de cobre reposaban en los estantes, algunas de las cuales resultaban hipnóticas. No solo había algunos artilugios similares a las actuales bombillas, también extraños diseños que se movían casi por arte de magia. Se acercó con cautela a uno que contaba de un par de bolas de metal que golpeaban entre sí, cada una impulsaba a la otra y el vaivén era constante. Quedó fascinada. A su lado, la mecánica de un reloj en funcionamiento, los engranajes que giraban producto de la fuerza de un péndulo. De todas maneras, lo más atrayente del despacho seguía siendo Lord Dankworth para Diane, él resultaba un enigma mayor para ella que la mecánica y la electricidad.

—Diane —susurró Andrew cuando sintió la insistente mirada de la muchacha puesta en él—, lo siento, debí explicarte sobre esto antes de la unión.

—No hay nada de qué disculparse, mi lord. Créeme, desde que estoy aquí... —Las palabras se evaporaron cuando los ojos aguamarina del hombre se unieron a los suyos. Diane tomó valor para completar la oración, su corazón le indicaba el camino a través del laberinto de sentimientos de Andrew, y supo que debía decirlo—, desde que estoy aquí he experimentado lo más cercano a la felicidad que puedo recordar desde la muerte de mis padres.

Percibió el modo en que su declaración impactaba en Lord Dankworth. Andrew se sentía conmocionado, y el anhelo de abrazarla le quemaba la piel. Se detenía por un temor que le era ajeno a cualquier otro que hubiera sentido en el pasado, el miedo al rechazo. Su esposa acababa de confesarle que desde que estaba con él vivía cierta dicha, y no quería arrebatársela exigiéndole que cumpliera con la única tarea de Lady Dankworth que podía resultarle repulsiva. Por eso, bajó la mirada para infundirse ánimo antes de abordar lo que sí le exigiría, el rol de madre de Timothy.

—Gracias por acompañarme anoche, y la primera... —rompió el silencio—, aun así, no creo que el paseo de hoy ayude a Timy a afrontar los terrores nocturnos. Extraña a su madre, no quiero que la melancolía lo haga preso. Solo espero que tu presencia le ayude a olvidar.

Entendía la orden que su marido le daba. Recordó a lady Ducville en su porte sumiso ante el esposo, y supo que eso debía hacer como condesa. Solo que no estaba dispuesta a que Andrew siguiera martirizándose, ni que ese dolor le llegara a Timothy.

—¿Eso te sucede a ti? —preguntó en un susurro. Ante el desconcierto de Lord Dankworth, se explicó—: ¿La extrañas y te embarga la melancolía?

Lo escuchó largar el aire, como si liberara su pecho del peso del dolor.

—En parte, sí. —Tomó asiento en el sillón detrás del escritorio y jugueteó con unas bolas de metal, parecidas a las del extraño adminículo, en sus manos. Las hizo pasar de dedo en dedo, hipnotizando a Diane con el movimiento. Ella lo imitó y ocupó la butaca vacía—. Por desgracia, no es la melancolía mi compañera, ni la que me empuja a mí a ver fantasmas donde no los hay. Es la culpa...

Diane se estremeció ante la declaración. Había escuchado los rumores que lo condenaban, temía hallar la certeza de los mismos en labios de su marido.

—Diane, es verdad lo que se dice de mí, lo que mis cicatrices muestran. Soy el demonio de Dankworth.

—No —rebatió ella, con una confianza que la abrumó. No podía saberlo, solo lo sentía, en su interior conocía la respuesta, ese hombre no era un demonio, era todo lo opuesto, era un ser que batallaba con los demonios, y eso era muy diferente.

—No provoqué el incendio, aunque no estoy seguro de que mi negligencia no lo haya hecho.

—Andrew... —dejó escapar el nombre entre sus labios y se acercó a él. Apoyó su mano en el antebrazo y refrenó la imperiosa necesidad de rodearlo y acunarlo como había hecho con Timothy.

—No estaba en mi recámara esa noche, estaba aquí, rodeado de la demencia

de mi padre —relató, y la culpa se hizo presente en el timbre de su voz—. Llevábamos algunos meses de distanciamiento con Christine, los sirvientes escuchaban sus reclamos constantes... así se lo dijeron al detective de Scotland Yard, sin imaginar que con eso dirigirían las sospechas hacia mí.

—Los sirvientes parecen respetarte —acotó ella. Lo había visto, lo trataban con deferencia, al igual que hacían con ella.

—No lo hicieron en mi contra, sino por el malestar que Christine les generaba. Al principio no fue así, era amable, vivaz... creo que los fantasmas de esta casa son demasiado fuertes. —Diane supo que no se refería a fantasmas reales, que Andrew no creía en esas cosas, hablaba de los recuerdos que escondían esos muros—. Temo que te alcancen a ti también.

—No lo harán —lo calmó—, no lo harán, porque yo conozco la verdad. Los verdaderos monstruos no se esconden en las sombras, lo hacen a plena luz del día.

—Discutíamos a menudo —prosiguió—, tarde descubrí que nuestras aspiraciones, nuestros intereses, eran opuestos. Christine deseaba llevar una vida de fiestas, de eventos. Deseaba dar bailes, viajar a Londres... —Diane recordó el salón de baile y las palabras de Timothy al respecto—. Esa noche ella decidió no bajar a cenar, estaba molesta por la elección de la institutriz de Timy, o ese argumento esgrimió. Yo estaba tan enojado... —La voz se le quebró—, tan enojado...

Diane lo abrazó, incapaz de contenerse un segundo más. El dolor de su marido le llegaba como las ráfagas de la tormenta de la noche anterior. No supo cómo, si ella lo hizo o él la guio, pero terminó sentada en su regazo, con la cabeza de Andrew reposando en su pecho y sus brazos rodeándolo desde el cuello.

—Me encerré aquí con una botella de coñac. No estaba ebrio cuando comenzó el incendio en el ala este, apenas algo mareado. Los sirvientes hacían una cadena con baldes que llenaban del pozo, intentaban apagar las llamas que se devoraban todo a su paso. Yo solo podía pensar en Timothy, solo en él —confesó y Diane pudo ver que la mirada se le aguaba. Comenzaba a atisbar el dolor, la culpa. “Solo en Timothy”. En la desesperación de la noche, había pensado en su hijo y no en su esposa y eso lo carcomía—. Corrí hacia su cuarto, desesperado. Sus gritos me llegaban como los de sus terrores nocturnos, son los mismos alaridos desesperados. El fuego había llegado a su habitación, consumía las cortinas. Timy no era capaz de bajar de la cama... tan pequeño, tan indefenso...

Diane sintió que las lágrimas le mojaban las mejillas. Imaginó al niño, a su niño, a la edad de tres años como tenía en el momento del incendio, y la

desesperación de Andrew se le hizo carne, la sintió como propia.

—Llegué a él, las llamas y el humo nos hacían toser, estábamos a segundos de quedar atrapados. Reaccioné por instinto, lo lancé, pequeño, indefenso, por la ventana. Mi ayudante de cámara estaba debajo para impedir que la caída fuera letal, podía con el peso de un niño de tres años, pero no con el de un hombre, por lo que yo no podía utilizar la misma vía de escape. Quedé atrapado, los gritos de una mujer se sentían al otro lado del pasillo... “Alguien, alguien que me ayude”. No reconocí la voz, creo que era la de Christine...

—Andrew —susurró con los labios en su frente— cuánto lo siento.

—Intenté llegar a ella, me cubrí la boca con un paño que humedecí en la jarra de agua que estaba junto a la cama de Timothy y salí al corredor. Las llamas ya habían llegado hasta allí, quise atravesarlas... una viga cayó justo, y la llamarada me alcanzó. Mis prendas ardieron —detuvo el relato. No pudo continuar. Su ayudante de cámara había corrido junto a él, para intentar salvarlo. Lo rodeó con una manta húmeda, y de nada sirvió, ya era tarde, la tela se había consumido y pegado a la piel chamuscada. Andrew recordaba haber gritado el nombre de su esposa, la voz de la mujer, lejana, provenía del ala este, donde luego, el detective de Scotland Yard le confirmó que se había iniciado el incendio. Él aún la oía por las noches, lo perseguía en la oscuridad, al igual que a su hijo, solo que lord Dankworth sabía que era la voz de sus remordimientos.

—Salvaste a Timothy —le dijo ella, y ahondó el abrazo—. Lo salvaste. Lo siento mucho, Andrew, realmente siento que no hayas podido hacer lo mismo por Christine, pero no es tu culpa, fue un accidente.

—No según el detective. Él cree que lo provoqué yo.

—¡Eso es una falacia! —exclamó Diane. No tenía pruebas, la certeza le nacía en el pecho, allí donde la cabeza de Andrew descansaba buscando consuelo.

—Encontraron mi candelabro, el que estaba en mi mesa de noche, en el ala este. No sé cómo llegó allí, juro que no lo sé... Si hubiera estado en mi recámara... si no hubiéramos discutido... Fue mi culpa, Diane, fue mi maldita culpa. Soy un monstruo, mírame —exigió y la obligó a fijar sus ojos cafés en él, en su mirada, en sus heridas—, soy un monstruo que ahora lleva su traje por fuera.

—No lo eres, no es eso lo que veo, no es a un monstruo ni a un demonio lo que tengo ante mí, tengo a un hombre. Tengo a un esposo, al padre de Timy... tengo a la persona que me salvó a mí de la muerte, y de una vida que era peor que la muerte. Que salvó a su hijo de las llamas de un incendio.

—Eres tan bella, Diane —murmuró—, eres tan... — “Inalcanzable”, pensó, y su pensamiento pareció hacerse eco en la mente de la muchacha. La mano de

Andrew viajó por la piel del cuello de Diane, hasta la mandíbula. La acarició con suavidad, deleitándose de la suavidad en contraposición con la rugosidad de sus dedos.

Ella lo imitó, hizo el mismo recorrido, acariciando las heridas de la mejilla de Andrew. Luego descendió con la boca, y posó los labios en las quemaduras. Lo besó de manera suave, temerosa de ahuyentarlo.

—Tú también eres bello, Andrew.

Lord Dankworth cerró los ojos cuando la declaración llegó a sus oídos. Quiso creerle, sentirse merecedor de lo que Diane le brindaba. Sin despegar los párpados, temeroso de hallar repulsión en la mirada de su esposa, giró el rostro para apoderarse de su boca. Los labios se tocaron en un roce efímero. Los alientos se hicieron uno cuando exhalaban, dejando escapar la presión de sus pechos.

Cuando al fin se atrevió a abrir los ojos, se encontró con la mirada sincera de Diane. No había asco, ni miedo en ella... solo la habitaba un brillo que Andrew creyó que jamás sería capaz de despertar en una mujer otra vez. El deseo. Diane había atravesado parte del laberinto de sentimientos que Lord Dankworth resguardaba en su interior, y no pensaba marcharse sin dar un paso más en esa espesura. Descendió un par de centímetros más, y volvió a besarlo en los labios.

No todos los incendios son letales, no todos los fuegos destruyen y dejan cicatrices. Algunos... algunos sanan, limpian, purifican, nos hacen renacer. Esa clase de llamas desató Diane con su boca, y en esas llamas ardió Andrew, dichoso.

Capítulo 7

Hubo un antes y un después de ese beso, un después que parecía mantenerse detenido en el tiempo. El momento había sido único, natural, intenso y correspondido; sin embargo, Andrew parecía más distanciado de ella. Por supuesto que seguía siendo igual de cordial, pero volvía a valerse de sus responsabilidades para alejarse de ella. Por las noches, Diane se mantenía en vela hasta que oía sus pasos al otro lado, solo así conseguía dormirse. Esa noche, el cansancio acumulado por mantenerse despierta hasta altas horas de la madrugada hizo el efecto de somnífero. Se quedó dormida junto al hogar, al cabo de unas horas, abrió los ojos movida por una angustia similar a la de las noches pasadas, la sensación de haber oído un lamento. Sí, eso la había arrancado de las profundidades del sueño.

La desorientación inicial la llevó a hacerse un sin fin de preguntas, desestimó cada una de ellas para poner en el centro de las suposiciones a Timothy. Guiada por la pesadez de la inconsciencia que acababa de abandonar, se levantó para brindarle asistencia al niño, sus piernas fueron torpes, se entrecruzaron, la hicieron dudar y debió aferrarse al sillón para no caer. Respiró profundo a fin de reactivar a sus sentidos, cuando se sintió segura, reanudó la caminata que la llevaba a un destino que ya no temía traspasar, de hecho, cuando lo pensaba, llevaba noches esperando una excusa para hacerlo. Tomó la bata de cama, se cubrió con ella y, con total decisión, fue hasta la puerta que actuaba de límite entre habitaciones y abrió ambos paneles sin previo aviso.

Andrew no estaba. El fuego ardía y la cama estaba intacta. Ni siquiera había puesto un pie en ella. La angustia que la había despertado seguía haciendo presión en su pecho, sabía que no se desharía de ella hasta comprender el origen. Tomó uno de los candelabros que se encontraban en la mesa de noche de su esposo, encendió las velas y salió hacia el corredor.

La noche estaba calma, sin aires de tormenta, a excepción del viento, el muy desgraciado jugaba a las escondidas en los recovecos de la mansión cada noche. La luz de la luna llena se colaba por los vitrales de los ventanales principales llevándose parte de la espesa oscuridad característica de la mansión Dankworth. Diane caminó con calma, el lamento que creía haber oído no se había vuelto a repetir, eso la hacía presuponer que lo que fuese que estuviera sucediendo en torno a Timothy ya estaba contenido. Conocía a la perfección la ruta que la

llevaba hasta la recámara del niño, a pesar de no llevar más de dos semanas en la casa, había ido a la misma una veintena de veces. Cuando estuvo a pasos de la misma, la serenidad del entorno la sorprendió. No oía voz alguna, ni siquiera el eco de un llanto ya controlado. La puerta estaba cerrada, colocó la mano en el picaporte y lo accionó con mucho cuidado, de inmediato, la escena de quietud que dentro se llevaba a cabo le hizo caer en cuenta de su errada suposición. Su hijo dormía, plácidamente, sin rastro de llanto reciente, y eso no era todo, no había señal alguna de Andrew en la habitación.

La duda volvía a invadirla, y lo hacía desde otro ángulo, yo no era preocupación, era pura intriga. ¿Dónde estaba su esposo? ¿Que hacía fuera de la cama a tan altas horas de la noche? Luego de la cena se había despedido de ella y le había manifestado la necesidad de revisar ciertos papeles en su despacho. Presuponía que seguía ahí. Regresó sobre sus pasos hasta el pasillo que la llevaba a las que eran las habitaciones principales, las pasaría por alto hasta llegar al que consideraba su nuevo destino. En el preciso momento en que atravesaba el hall comunicador entra las alas de la mansión, una poderosa ventisca danzó por los pasillos, la falda de su camisón y bata se agitaron como una flameante bandera difícil de contener y se vio obligada a hacer una pausa en su andar. Las llamas de las velas se debilitaron, las contuvo con la palma de su mano para que no se apagaran. Una sensación por demás intuitiva le hizo cambiar de opinión con respecto al recorrido. Giró noventa grados sobre sus talones y su cuerpo quedó enfrentado a la arcada principal del corredor Este. Como siempre, lo que caracterizaba a ese lugar era la oscuridad, las sombras. Indagar en ellas no tenía sentido, ya había hecho a un lado la idea de cacería de fantasmas, no creía en ello, no lo haría. Dirigió los pasos hacia el corredor, algo le decía que encontraría lo que buscaba allí. Dio un paso, y otro... la luna le brindó más luz que las velas en sí. El corazón comenzó a agitarse dentro de su pecho, y no lo hacía por una emoción no placentera, al contrario, lo hacía por la ansiedad, una intensa y reconfortante ansiedad, esa clase de sensación que se convierte en el preámbulo de lo deseado. ¿Qué deseaba? A él...

Y lo encontró. Lo encontró en el lugar que utilizaba como espacio de tormento personal, el viejo despacho. Descansaba sobre el escritorio, por lo visto, el agotamiento había hecho lo suyo en él. La habitación solo estaba iluminada por los extraños artefactos que emitían una pequeña luz artificial transformando el ambiente en un escenario lúgubre. El tic tac del reloj, y el continuo golpeteo de bolas metálicas generaban un efecto sonoro hipnótico. Comprendía el estado al cual su esposo había sido empujado, el ambiente te invitaba a ello, aun así, no le pareció correcto extender la experiencia para ninguno de los dos. Andrew debía descansar en la tibieza y comodidad de una

cama, no ahí, en un escritorio duro y frío. Se acercó a él y apoyó la mano en la suya para regresarlo al estado de vigilia.

—Andrew... —lo llamó con un dulce susurro.

No fue su nombre lo que lo hizo retornar a la realidad, fue el calor de la mano de Diane, su delicado contacto. Empezaba a necesitarlo cada vez más.

Levantó la cabeza hasta que hizo contacto con los ojos color café de su esposa. Vestida de cama, con el cabello revuelto cayendo salvaje sobre sus hombros y unos labios inquietos que no sabían qué posición tomar, sonreír o llamarse al silencio. Día a día la encontraba más hermosa, y la penumbra de la habitación comulgando con la tenue iluminación que las velas le brindaban, resaltaba esa belleza al extremo de una inalcanzable deidad. Era demasiado para él, era un sueño... sí, debía de ser un sueño, uno del que no quería despertar jamás.

La caricia en su mano se intensificó, lo que ella callaba lo transmitía con su cuerpo y acciones. Andrew hizo un recorrido visual por el lugar para hallar en el alrededor la certificación de una realidad que le pertenecía pero no merecía. Sí, era verdad, ella era una hermosa y corpórea verdad.

—Andrew... —repitió Diane ante la falta de respuesta—. Te has quedado dormido, y no en las mejores condiciones —agregó a modo de amable llamado de atención.

—¿Se encuentra todo bien, Diane? ¿Ha sucedido algo? —preguntó mientras intentaba que su espalda recobrara la verticalidad. Su esposa estaba en lo cierto, no se había dormido en las mejores condiciones, su cuerpo se lo demostraba.

—Me desperté creyendo que había oído algo similar a un llanto.

Ni bien hubo dicho eso, Andrew se levantó del asiento movido por una fuerza frenética. Para el hombre la palabra "llanto" tenía un único sinónimo:

—¡Timothy!

En cuestión de segundos estuvo a centímetros de la puerta, Diane lo detuvo.

—Se encuentra bien, acabo de venir de su habitación. —Andrew reguló su estado de reciente frenetismo y retomó la calma, comenzaba a comprender la nueva dinámica familiar de la que gozaba, ya no eran él y Timothy contra el mundo, eran tres. Entrelazó sus dedos a la mano de Diane que se aferraba a su brazo. Ella continuó—. Duerme, y creo que va a dormir por el resto de la noche sin inconvenientes.

—No estoy tan seguro de ello. —No pudo evitarlo, le resultaba difícil creer en esa posibilidad, las noches de insomnio y gritos eran casi una rutina.

—Pues ve a verlo con tus propios ojos —lo motivó—. Ven... vamos —dijo iniciando la marcha fuera del despacho.

Andrew se dejó guiar por ella, caminaron en silencio, a paso lento, y Diane

se valió de la situación para enredar su brazo al de él. Los cuerpos quedaron unidos, y la caminata compartida le recordó la tarde de su boda, la salida nupcial de la capilla. Ahora que lo rememoraba, sentía el episodio lejano, había vivido con mucha intensidad los días posteriores a la ceremonia, vivía con intensidad el hecho de ser Lady Dankworth. Dejaron que el silencio les hiciera compañía, era una excusa que los dos hallaban placentera, porque al hacerlo, podían oír lo demás... los corazones latían al unísono, en perfecta sintonía. Casi parecía que se hablaban utilizando un código que solo ellos conocían. Se decían todo en silencio, sus cuerpos demandaban, reclamaban, exigían aquello que ellos no se atrevían a trasladar en palabras. Se añoraban, se deseaban... se pertenecían.

Las ganas de besarla, de volver a disfrutar del dulce sabor de sus labios, le recorrió el cuerpo, encendió la llama de su masculinidad olvidada. No podría contenerse, y tenía que hacerlo, no tenía intenciones de forzarla, de exigirle correspondencia física. Sabía que Diane intentaría satisfacer su deseo carnal, porque, al fin y al cabo, el rol de ser esposa incluía eso. No la anhelaba de esa manera. Agradeció que la caminata nocturna compartida llegara a su fin, Timothy sería el paño frío que necesitaba.

—Compruébalo —dijo Diane una vez que estuvieron ante la recámara del pequeño.

Andrew abrió la puerta con suma delicadeza, si su hijo dormía como Diane decía, no quería ser el factor de desvelo. Comprobó de inmediato la autenticidad del relato de su esposa, Timy estaba entregado al sueño por completo, roncaba confesando la profundidad de su descanso.

—¿Satisfecho? —indagó ella con una sonrisa en los labios. Una sonrisa que halló del otro lado una hermosa contrapartida. Las cicatrices desaparecían cuando él lo hacía. Cuando sonreía, Andrew ya no era sombra, no era pasado, era hermoso presente.

—Lo siento —confesó haciendo referencia a la duda que había manifestado en torno a lo que ella le había dicho—. Siento no haber confiado en tu palabra, en mi defensa, solo puedo decir que dos noches sin crisis de por medio es algo poco habitual, por no decir, casi imposible.

—Estás disculpado —volvió a sonreír, y lo hizo solo para perpetuar la respuesta en los labios de él—, estás disculpado porque conozco la sensación de lo imposible y, a la vez, su opuesto. Solía creer que lo imposible no podría transformarse en posible...

—¿Solías creer? ¿Ya no?

—Ya no, tú me demostraste lo contrario. Cambiaste mi vida, Andrew.

Él quería besarla. Ella quería ser besada.

No les temían a los demonios. No le temían a la oscuridad y a lo que ella

ocultaba. Le temían a algo más poderoso... al sentimiento.

Se abrazaron a las palabras porque no tenían el coraje de abrazarse a lo que sentían.

—No, Diane, tú has cambiado nuestra vida. Trajiste contigo la calma que necesitábamos, la contención y el cobijo que Timy pedía a gritos en los terrores de sus noches. Esto... —se refería al descanso de su hijo— lo conseguiste tú con tu presencia.

—De ser así, espero hacer extensivo eso a ti. —Los ojos de Andrew la escudriñaron en busca de una explicación más amplia—. Timy no es el único que necesita gozar de un buen descanso —dijo volviendo a aferrarse al brazo de su esposo con la intención de iniciar el camino hacia las habitaciones. Avanzaron en dirección al pasillo central—. He notado que tú tampoco duermes mucho.

—¿Has notado? —La curiosidad atacó a Lord Dankworth.

—Sí, nuestras recámaras son contiguas. No necesito de un buen oído para notar tu presencia o ausencia al otro lado, el poderoso silencio de esta casa me lo indica.

—Es cierto. Las paredes de esta mansión son delatorias. —Por primera vez en años estaba tan relajado que hasta se sentía capaz de bromear. Tomó el candelabro de su mano para liberarla de la responsabilidad de luz guía. La prefería abrazada a él.

Diane consideró su acción una invitación, con ambos brazos se abrazó al suyo, quería aprovechar al máximo el contacto con su cuerpo, estaban a un par de pasos de la separación definitiva.

—Lo son, por eso me tomo el atrevimiento de destacar tu costumbre.

—Tómame todos los atrevimientos que quieras, Diane, eres lady Dankworth, esos atrevimientos te pertenecen.

Lady Dankworth... en labios de Andrew sonaba como un privilegio. Y lo era, comenzaba a sentirlo así, no por las atenciones, cuidados o lujos a los que ahora estaba entregada, sino por el simple hecho de ser su esposa. Caía en cuenta de que, la decisión más desesperada de su vida había sido la más acertada. Agradecía a los cielos su extraña buenaventura. Agradecía a los cielos el demonio que habían puesto en su camino.

—De ser así, me agradecería que comenzaras a pensar un poco en tu descanso.

—Lo intentaré, aunque no puedo prometerte nada. Mi insomnio ya es un hábito, y ese hábito me lleva fuera de la habitación más a menudo de lo que deseo.

El fin del camino los detuvo, habían ralentizado los pasos a conciencia, a pesar de ello, no pudieron dilatar más la llegada a destino.

—Con que lo intentes me es suficiente.

Una última sonrisa compartida a la luz de las velas sumado a un encuentro visual cargado de anhelo y despedida, la peor combinación de todas.

—Buenas noches, Diane. —Refugiarse en su habitación era lo única alternativa que tenía, luchaba contra su masculinidad creciente.

—Buenas noches, Andrew.

Nada de lo que Diane esperaba ocurrió, un beso en la mejilla, una fugaz caricia. Nada.

Intentó ocultar la decepción, a modo de saludo movió su cabeza con una ligera reverencia y se perdió en el interior de la habitación. Andrew hizo lo mismo, sin demorar un solo segundo, buscó resguardo para su cuerpo y sus sensaciones en la soledad de la recámara.

Pero la soledad no fue tal. La escapatoria que buscaban no halló contención alguna. La puerta panel que dividía las habitaciones y les permitía la privacidad individual estaba abierta de par en par. Esa libertad, esa barrera, esa comunión de intimidad hacía su debut esa noche.

El encuentro de miradas fue la primera movida de sus cuerpos, ahí se confesaron lo que ya no podían callar. Esa noche era un principio, la consagración de esa promesa que habían hecho ante el altar. Eran esposo y esposa... Eran hombre y mujer... Eran puro deseo.

Él debía tomar la iniciativa, lo sabía. Algo lo detenía, el rechazo. No podría lidiar con eso. Todo estaba perfecto así, no quería quebrar la armonía, esa hermosa armonía.

Recorrió los metros que lo separaban de la habitación de Diane y se detuvo en la puerta, sus manos se aferraron al picaporte.

El corazón de Diane estaba a punto de estallar, su cuerpo comenzaba a despertarse del letargo de toda una vida. Había vislumbrado un momento como este durante mucho tiempo, desde mucho antes de Andrew, y jamás lo había imaginado con esa intensidad que despertaba cada parte de sí.

—Buenas noches, Diane... —Andrew repitió la despedida dispuesto a cerrar la puerta tras ella.

—Andrew —Alguien tenía que ser valiente. Diane estaba dispuesta a ser ese alguien.

Él se detuvo, su cuerpo se congeló a la espera de sus palabras.

—Dijiste que podía tomarme todos los atrevimientos que quisiera, ¿verdad?

—Sí, Diane, lo que quieras, lo que necesites. Solo tienes que pedírmelo.

—Necesito algo de ti. —La valentía hizo a un lado la vergüenza.

—¿Qué? —La voz de Andrew tembló, sentía el calor en el aire, el deseo comenzaba a sofocarlos.

—Necesito que me beses ¿podrías hacerlo? —fue una anhelante súplica.

Una que los hizo arder por dentro.

Con la fuerza de una llamarada, así atravesó la habitación hasta llegar a ella. Todas aquellas dudas que lo ponían en pausa a la hora de actuar pasaron a la acción. Tomó el rostro de su esposa entre sus manos y se lanzó a la búsqueda de sus expectantes labios.

Diane lo recibió con placer, le permitió el ingreso a su lengua y la recorrió con la suya. El beso que experimentaban nada de parecido tenía con el anterior, aquel había sido un coqueteo de reconocimiento, este... este era el primer estadio de la entrega definitiva. Las manos de Diane se posaron en su pecho, lo acarició avanzando por sobre la tela de la camisa y chaleco hasta llegar a la abertura del cuello, le invadió la piel desnuda, le recorrió con delicadeza las cicatrices.

—¿Estás preparada para esto, Diane? —susurró tomando distancia de sus labios por unos segundos—. No tienes que hacerlo si no lo deseas.

—Quiero ser tu esposa, Andrew, tu mujer... en todo el sentido de la palabra. —Como muestra de su necesidad de él, desabotonó su chaleco, su camisa, y deslizó ambas prendas por su espalda hasta liberarlo y dejarlo de torso desnudo ante ella.

Las cicatrices nacían en su mejilla, avanzaban por su cuello y se extendían por todo el pecho y abdomen, envolviendo también a su espalda. Las manos de Diane hicieron un reconocimiento de cada cicatriz, cada marca, cada trozo de piel dañada. Jamás sentiría repulsión por él, por su cuerpo, él no era eso, comenzaba a enamorarse de su alma con claroscuros, se enamoraba de la historia de su piel. Se enamoraba de todo.

Andrew no se privó de su añoranza, quería gozar del mismo privilegio, de su calor. Le desanudó la bata, se deshizo de ella y, antes de hacer lo mismo con el camión, buscó la aprobación en los ojos de Diane. Encontró más que eso, halló el ansia compartida. Ya no habría posibilidad de arrepentimiento, desde ese instante en adelante, iba a reclamar todo de ella, su masculinidad lo pedía a gritos. Deshizo los lazos de las cintas que ajustaban y ocultaban sus pechos y, valiéndose de una delicada caricia, lo deslizó por sus hombros. Continuó el recorrido por su espalda, facilitando la caída de la prenda. Los pechos, redondos y turgentes, con sus pezones erguidos, debieron de ser el primer objeto de su deseo. No sucedió, el placer al que ellos lo invitaban pasó a segundo plano cuando sintió la diferencia de textura en la piel de su esposa.

—¿Qué es esto? —La preocupación fue la que habló. Reconocía una cicatriz al simple tacto.

Diane giró para brindarle la visión de la totalidad de su espalda, esa era la parte de su cuerpo que más había sufrido la violencia de su tío. Ella también contaba una historia.

—¿Él te hizo esto? —No necesitaba nombrarlo.

—Sí...

La ira, un sentimiento bastante experimentado en él, alcanzó el mayor límite posible. ¡Dios, pensar que todo el mundo lo consideraba a él un asesino! ¡Un monstruo! ¡Por todos los cielos, iba a valerse de eso... iba a matarlo, el muy maldito lo merecía!

—¿Qué más te hizo, Diane? —No deseaba preguntar, esa era la verdad, pero no quería despertar en ella los recuerdos, si su cuerpo había sido profanado, debía saberlo para entregarle una vivencia por completo opuesta.

—Nada más. Creo que por eso me golpeaba, porque lo demás sería su confesión al mundo.

No dijo más, no quería que la imagen del Barón inundara su mente en ese instante, quería solo a su esposo como protagonista de ese momento.

El fin de la confesión bastó para que Andrew comprendiera que esa parte del pasado debía ser dejada a un lado, de la misma manera en que el suyo había sido abandonado en el viejo despacho. Estaban ante el inicio de una nueva vida, en cuerpo y alma. Besó su cuello, lo recorrió de hombro a hombro hasta descender a las pequeñas cicatrices. Recorrió cada una de ellas con sus labios, borraba la historia en ellas.

—Prometo ser gentil contigo —murmuró mientras la hacía girar a él.

—Lo sé, los has sido desde el primer instante en que te conocí.

Esta vez, la que propició el beso fue ella, regresó ansiosa a sus labios, y Andrew perdió el control que intentaba mantener. El camisón de Diane cayó hasta encontrarse con sus pies, quedó desnuda ante él, solo conservaba la ropa interior que escondía su sexo.

Andrew la tomó en brazos y la recostó sobre la cama. Se quitó las botas y, junto al pantalón, se deshizo del resto de ropa que lo separaba de la desnudez compartida. Su miembro, erecto por el deseo, quedó expuesto ante Diane. Ella hizo la mirada a un lado, era la primera vez que contemplaba a un hombre desnudo en pleno uso de su virilidad. Con cuidado, se subió a la cama, le quitó la ropa interior y avanzó por sobre su cuerpo. El calor se potenció ante el contacto, ella, por puro instinto, abrió las piernas para permitirle el acceso. Andrew acomodó su cadera y su miembro erecto rozó el sexo palpitante de Diane. Sintió la humedad en ella y la satisfacción se acrecentó en él, el cuerpo de su mujer le confesaba el deseo también, lo invitaba, lo recibía. Antes de invadir su interior, hizo aquello que le había apetecido hacer minutos atrás, acarició sus pechos, disfrutó de su forma y saboreó sus pezones. El roce de los labios de Andrew en sus senos generó una oleada de sensaciones que la hizo temblar, ese temblor provocó el roce de su sexo con el duro miembro, la necesidad de sentirlo la

motivó a mover sus caderas en pos del recibimiento.

—Mírame, Diane... —reclamó, quería ver el disfrute en sus ojos, el límite. No quería dañarla, en ningún aspecto posible—. Si quieres que me detenga, no tienes más que decirlo.

Asintió en silencio, no podía articular palabra alguna, las sensaciones que experimentaba le habían arrebatado todo el control.

Introdujo la punta de su miembro en la húmeda hendidura y, al no sentir resistencia, continuó un poco más... y más. Los cuerpos de ambos se amoldaban a la perfección, parecían haber sido creados el uno para el otro. Un gemido se escapó por entre los labios de Diane, la sensación de sentirlo dentro de ella era extraña, por momentos incómoda, pero placentera, placentera de una manera nunca antes concebida.

—¿Te encuentras bien? ¿Te hice daño?

—No, todo lo contrario... —pudo apenas murmurar, se entregaba a las sensaciones.

Él le acarició el rostro, hizo una captura mental del rostro de su esposa, quería conservar en la memoria la expresión, una expresión de dulce e inocente placer, algo que pensaba jamás iba a volver a hacerle sentir a una mujer.

Su cadera dio inicio a la danza, con profundos y lentos movimientos, salió y entró de ella. La invadió, la conquistó con inagotables embestidas. Diane se entregó sin restricciones, gimió, potenció las embestidas con sus propios movimientos y descargó el fuego de su cuerpo clavando las uñas en su espalda. Cuando Andrew la arrinconó contra la pared del éxtasis, volvió a devorarla con un beso. El orgasmo los encontró mientras sellaban el pacto de sus pieles con sus lenguas, con sus labios. Rendido ante el agotamiento del éxtasis, se dejó caer junto a ella. Las respiraciones aceleradas y los corazones acompasados fueron los únicos que hablaron en ese momento. Diane se abrazó a él, recostando la cabeza en su pecho. Andrew le correspondió, y así, fundidos en ese abrazo, se entregaron al otro privilegio que la noche les obsequiaba, dormir... dormir sin fantasmas dispuestos a acosarlos, dormir con el placer de saber que amanecerían juntos.

Capítulo 8

El sol le dio de lleno en el rostro, haciendo que Diane despertara desconcertada. Meridith estaba junto al tocador, rellenando un cuenco con agua fresca para que su señora se higienizara. La energía de la mujer fue contagiosa y le llegó a Lady Dankworth.

—Buenos días, mi lady —saludó la mujer—. Ha salido el sol, me tomé el atrevimiento de apartar las cortinas. Si le molestan...

—No, no. Es perfecto así. Buenos días —respondió al saludo con una sonrisa que le fue retribuida. Luego de tantos días de tormenta el sol traía nuevos aires y el frío parecía menos entre las paredes de la mansión.

De todos modos, algo más se ocultaba en la alegría de la doncella, que la observaba con suspicacia y parecía aún más atenta con ella que de costumbre. Cuando Diane dejó la cama, dispuesta a emprender el día, la mujer fue evidente en sus pensamientos.

—¿Desea tomar un baño? —la propuesta la desconcertó, pues en general era la señora quien solicitaba el servicio, el rápido vistazo a las sábanas le dio la respuesta. Sus mejillas se arrebolaron.

—Si sería tan amable...

Diane lo sabía muy bien. En los años en que había compartido horas y horas con la servidumbre había descubierto que ningún detalle de sus señores se les pasaba por alto. Entre los secretos que murmuraban esa mañana se encontraba la consumación de su matrimonio. Sentía un leve malestar entre sus piernas, apenas perceptible, que en lugar de incomodarla la empujaba a revivir la noche anterior en brazos de su esposo.

Por lo visto, Meridith había previsto sus necesidades. El baño no tardó en llegar, y algunas muchachas más ingresaron a la habitación acarreado baldes de agua tibia. Solicitó hacerlo a solas y sin ayuda, le daba pudor mostrar su cuerpo a la luz de ese radiante sol que iluminaba el recinto. En la penumbra de las velas se había desnudado ante Andrew, expuesto sus cicatrices, sus defectos, y él la había hecho sentir perfecta. No quería poner fin a esa burbuja de sensaciones nuevas y reconfortantes. La doncella regresó para ayudarla con las prendas y el peinado y le informó que Lord Dankworth había bajado a desayunar.

El cambio de rutina se le presentó como un bálsamo. Andrew había considerado su preocupación por su bienestar, y estaba dispuesto a atender sus

necesidades. Dormir y comer bien, dejar atrás las noches de insomnio y los malestares que lo empujaban a una oscuridad que debía abandonar.

Al llegar al salón comedor, no solo se encontraba el conde, también Timothy disfrutaba de la compañía de su padre, y se entusiasmó al verla. Un par de miradas cómplices, algo tímidas, se dieron entre Andrew y ella. Ocupó el lugar a la derecha de su esposo, y no tardó en sentir la mano de él sobre la suya, un contacto efímero, suave, que le otorgaba el permiso de retirarse si así lo deseaba. Comprendió que a él también le costaba enfrentar el día soleado, las miradas amorosas... ambos temían que lo sucedido entre ellos hubiese sido solo un impasse, y que esa felicidad rebosante fuera ilusoria.

—Diane —dijo él, y saboreó su nombre—, hoy debo tratar unos asuntos con Lord Ducville que me llevarán gran parte de la tarde.

En el semblante de la muchacha se hizo notoria la pena, el deseo de pasar las horas con él. De todos modos, asintió conforme.

—Seguramente, Timy y yo encontraremos la forma de entretenernos —comentó para no molestarlo con su pesar.

Las comisuras de los labios de Andrew se estiraron hacia los lados en una sonrisa tenue, producto de la satisfacción de saber que Diane lo extrañaría. Analizó sus sentimientos, y supo que él la anhelaría aún más. Deseaba cancelarle a Lord Ducville la reunión y pasar el tiempo con su familia, disfrutar de la tercera noche consecutiva sin terrores nocturnos, de las caricias vedadas que compartía con su esposa, de las promesas de compartir el lecho una vez más.

—Quizá... —pensó en voz alta.

—¿Sí? —insistió Diane al ver que Andrew dudaba en su propuesta.

—Podrías acompañarme... podrían —agregó, incluyendo a Timothy que lo observaba interesado. Supo por el brillo en la mirada de su hijo que la propuesta le gustaba, y tuvo que contener una carcajada que le nacía en el pecho y pugnaba en la garganta. ¿Hacía cuánto que no reía de esa manera? No lo recordaba, aunque estaba seguro de que eran años, incluso antes del incendio ya se sentía incapaz de tamaña felicidad. Timothy sabía que, si Diane accedía, perdería el día de estudios, y la miraba expectante. Se mordía para no rogarle que lo liberara del hastío de las horas con la institutriz.

—No queremos molestar —respondió.

—No, no. Lord Ducville está acostumbrado a que lo visite con Timy y, además —recordó justo a tiempo—, si mal no recuerdo tu tía Betsy aún se aloja con ellos. Creo haberle entendido que Lady Ducville organizó un picnic campestre. —Tomó la misiva que le había enviado su vecino y repasó las palabras para confirmarlo. En general se salteaba los pormenores que describía su amigo e iba a lo importante, por eso no reparaba en las anécdotas hogareñas

con las que rellenaba las cartas que debieran ser solo de negocios. Pasó con ojos ávidos por los párrafos hasta hallar la excusa que empujaría a Diane a acompañarlo—. Sí, Lady Ducville tiene previsto un picnic con algunos invitados, mi buen amigo me comenta que su mujer no paraba de pasearse nerviosa, preocupada por el clima. Al parecer, el sol es su aliado —sonrió y dirigió la vista hacia la ventana por la que los rayos atravesaban. El sol comenzaba a ser su aliado también.

—De ese modo, creo que Timothy se saldrá con la suya y perderá la clase de danza. —La risa del niño los hizo sumarse con las propias—. No te muestres tan compungido, Timy —bromeó Diane.

El pequeño no podía esconder su regocijo, y Andrew creyó que en su mirada se traslucía la misma dicha que en la de Timothy. Debieron apurar el desayuno para partir antes de lo previsto. Era una hora de viaje si lo hacían con el carruaje, y los caminos embarrados por tantos días de lluvia podían hacer el trayecto más largo.

Dentro del coche, se dejaron contagiar por la charla del niño y su entusiasmo. Diane le regalaba miradas tranquilas, y la sonrisa parecía iluminar su rostro a cada metro que recorrían. Andrew se sentía exultante, se lamentaba no haber previsto la visita con antelación, organizar su trabajo para pasar más días en casa de Lord Ducville.

Al arribar, los recibieron con abrazos y miradas indiscretas de los demás invitados. La sonrisa calma de Diane le inundó la mirada con lágrimas de felicidad a tía Betsy que parecía incapaz de soltarla. Avanzaron al interior de la casa, con Timothy de un brazo, y Betsy del otro. Lord Ducville no tardó en llevar a Andrew al despacho para tratar los pormenores y poder disfrutar del picnic que su esposa había dispuesto.

—Si nos apuramos —dijo el anfitrión—, nos podremos sumar antes de que las mujeres se terminen el vino. —El buen humor de Lord Ducville se le contagió a Lord Dankworth, y lo empujó a dejar el recelo que sintió al percibir los ojos en él y su esposa. Parecía que ahora, la maldición que asechaba a su apellido tocaba a Diane, y eso no le gustaba en lo absoluto.

La muchacha no parecía atenta al recelo de los demás. Se enfocaba en su hijo y en la energía con la que demandaba todo de ella.

—Querida —llamó la atención su tía, y Diane percibió que su voz estaba recubierta de cierto pesar—, me alegro tanto de verte bien. Debo admitir que tenía mis reparos...

—Estoy muy bien, tía. Todos lo estamos —agregó con la vista puesta en Timothy que correteaba incansable. Las noches sin terrores nocturnos lo hacían lucir más relajado, como debía ser en un niño de su edad. Diane se habituaba a

esa tibieza que la invadía siempre que lo observaba, el amor que sentía por su reciente familia y la certeza de que, paso a paso, lograba abrirse camino para sanarlos y sanar.

—Quería comprobarlo con mis propios ojos, ahora comprendo mi error —se lamentó Betsy y Lady Ducville, que estaba junto a ellas y escuchaba la conversación, se sumó con su expresión de malestar.

—¿Qué error? —preguntó Diane, preocupada.

—El de no advertirle a Lord Dankworth que viniera solo. Tenía tantos deseos de verte... —Las palabras sonaron como una disculpa.

—Yo también deseaba verte, tía, y a ti también, Lady Ducville. Debí hacerlo antes, no pude, mis nuevas obligaciones —explicó y volvió a reparar en Timothy — me tienen algo ocupada.

Ambas mujeres seguían con sus expresiones pesarosas. Diane comenzó a sentirse incómoda y confundida. Antes de que Betsy pudiera explicar el porqué de esos celos, la figura de un hombre a unos metros de ella la paralizó. Su vista fue hacia el ingreso del salón, y ahogó un quejido.

Quizá había sido capaz de batallar contra los fantasmas que asechaban a los Dankworth, pero aún no se sentía lista para afrontar los suyos. Allí, frente a ella, el peor de los demonios, ese que no se mostraba como un espectro, sino como un hombre de carne y hueso.

—Mi esposo necesitaba tratar unos asuntos con el Barón —susurró Lady Ducville, apenada—. No pensé que te lo cruzarías, se marcha hoy mismo, después del picnic.

—No hay nada que disculpar —Las palabras apenas eran capaz de abandonar sus labios producto del terror—. Ya no puede hacerme daño.

La certeza de su confesión logró reconfortarla. Lo había dicho para la anfitriona, y también para ella misma, para recordarse de que en el presente contaba con Andrew a su lado. Sus pensamientos parecieron convocarlo, y en pocos segundos Lord Dankworth reaparecía en el salón con un semblante serio. Caminó a paso firme hacia ella, y Diane le regaló una sonrisa que pareció una mueca.

—Diane, Lord Ducville acaba de informarme ¿deseas marchar? Nos iremos de inmediato, no tienes por qué permanecer en su presencia. Puedo tratar los asuntos en otro momento.

La preocupación de Andrew caló hondo en ella, y le permitió volver a respirar con normalidad. Quiso responder que sí a su propuesta, huir de allí. Se contuvo por Timothy, porque se lo veía feliz, porque ella debía demostrar su fortaleza ante el niño, demostrarle con actos el modo de enfrentar a los fantasmas que nos dominan y empujan al terror.

—Gracias, Andrew, no te preocupes. Disfrutemos del día, volveremos tras el picnic.

Él asintió sin estar del todo conforme. Compartieron una mirada cargada de confesiones mudas, en las que Diane expresaba que ese valor, el de permanecer ahí, se debía a la seguridad que él le infundía. Betsy no era la única que observaba el intercambio de palabras susurradas y miradas cómplices, el Barón de Tavernier también lo hacía. Solo que en su expresión se traslucía el malestar, mientras que en el de su tía, la dicha.

A Lord Dankworth le costó separarse de su esposa para tratar los negocios. No quería dejarla sola, la imagen de las cicatrices en su espalda lo llevaban de la mano a la más profunda e irrefrenable ira. Quería golpear a Henry Mayer con una fusta, pagarle lo hecho con la ley de Talión. Al ver la desazón de su esposo, Diane prometió:

—Me quedaré junto a mi tía y Timy durante toda la tarde. No podrá hacer nada, no suele hacerlo en público —explicó, y alimentó, sin querer, la furia de Andrew.

No, claro que no. Los demonios como el Barón se esconden en las sombras, mientras proyectan imágenes falsas a la sociedad.

Lady Ducville propuso ir a la playa, aprovechar las horas de sol antes de que el inestable clima escocés les arruinara la jornada. Partieron las mujeres con algunos de los hombres invitados, entre ellos, el Barón, que no despegaba los ojos de su sobrina.

Había cometido un error imperdonable. Diane no solo era feliz, sino que además estaba lejos de sus garras, bajo la protección de un conde. Un hombre que, pese a los rumores, ostentaba poder y relaciones. Y, por encima de esa inesperada felicidad, se encontraba la belleza. Su sobrina, la muy desgraciada, se la había ocultado por todos esos años, haciéndole creer que jamás igualaría a su madre, que siempre sería una sombra de lo que supo ser la baronesa. En esos momentos, mientras la observaba desde la distancia, entendía lo que la muchacha le había negado. ¡Le pertenecía! ¡Era de él! Como todo lo que estaba relacionado al título que le correspondía por nacimiento.

El vestido de tarde ondeaba junto a su cuerpo. Podía adivinar que no llevaba miriñaque, en su lugar, varias enaguas que la abrigaban y le daban forma a la falda. La cintura estrecha, los senos que se alzaban con el corsé y la cabellera rubia, recogida con un tocado floral que realzaba el tono ceniza. La deseó, la odió como nunca antes, y ese odio abarcó hasta Lord Dankworth. Apretó los dientes con tanta fuerza que logró disimular la sonrisa pérfida que se dibujaba en ellos. Él conocía un secreto, él sabía cómo destruirlos, cómo recuperar lo que le había sido arrebatado.

El barón de Tavernier se sentía burlado. Lady Dankworth correteaba con Timothy junto a las olas del mar y recolectaban caracolas. Percibía el miedo en su sobrina, era tan tangible como el viento salado que le golpeaba el rostro. Tuvo la imperiosa necesidad de arruinarle el momento, como siempre le pasaba cuando la veía radiante. Le molestaba esa luz que emanaba, que le recordaba que existían cosas que no podía tener. Por eso optaba por apagarla, y pronto lo conseguiría. Con esa seguridad, apuró el paso hacia donde Diane jugaba con su hijo.

El pequeño pareció sentir la tensión alrededor. Alzó los ojitos, tan parecidos a los de Andrew, y los guio hacia los de su madrastra. Ella le tomó la mano, dispuesta a alejarse del hombre que le daba tanto miedo como a Timothy los fantasmas.

—Espero que estés disfrutando de tus días, sobrina —la detuvo él apretándole el brazo con demasiada fuerza.

—Sí, gracias, soy muy feliz —contestó de manera desafiante, y fijó la mirada café en la de su tío con desdén. El valor le nacía en el pecho, y la ayudó a reconocer algo más, de dónde se alimentaba. Era la manito de su hijo, eran las caricias de su esposo. Era un sentimiento que creyó no volver a experimentar jamás... Amor. Amaba a Timy y amaba a Andrew, y eso la hacía fuerte, valiente, capaz de enfrentar al Barón.

—No te durará —amenazó el hombre. Diane estuvo a punto de preguntar a qué se refería, algo se lo impidió, sus palabras fueron acalladas por la voz de Lord Dankworth.

—Barón, le recomiendo que suelte a mi esposa de inmediato —demandó Andrew. El mar se reflejaba en el iris verde del hombre y parecía mil veces más imponente. Diane lamentó sentirse segura en esas circunstancias, se apenó de que su tío temblara ante Lord Dankworth, porque sabía que el miedo le nacía de la idea de que estaba ante un demonio, uno que era mil veces peor que él. Y ella sabía que nada de eso se encontraba tras la fachada de su esposo, que no existía ni una arista de maldad.

—Solo estaba presentando mis respetos, mi lord —siseó Henry e hizo una reverencia exagerada.

—Mi lord —lo detuvo Lord Dankworth antes de que el Barón se escabullera —, mantenerse lejos de Diane es una orden que se extiende más allá de esta tarde.

Henry Mayer asintió y una mueca de desprecio se dibujó en su boca. Murmuró un “Eso está por verse” que fue aplastado por el rugir de las olas.

—Andrew... —musitó Diane.

—Creo que es tiempo de que regresemos a casa —la interrumpió Lord

Dankworth. No quería que el enojo se manifestara en él, ni que su estado de ánimo alcanzara a su hijo, que lo observaba desconcertado—. Al parecer el sol fue solo un respiro, una nueva tormenta se acerca.

Diane se estremeció tras oír esa declaración de parte de Andrew, y la asaltó un terrible presagio. Las palabras de su tío escondían, al igual que el cielo, grises nubarrones de tormenta.

Se despidieron de los Ducville y de Betsy, y emprendieron el regreso. El viento comenzó a azotar al carruaje a mitad de camino y les impedía ir a buen ritmo. La lluvia no tardó en sumarse, lo hizo cuando se adentraban en las tierras de los Dankworth. Los caballos relinchaban nerviosos, como si no desearan avanzar.

La tormenta parecía nacer en la mansión. Las ráfagas sacudían las ramas y hacían que el agua los golpeará de frente.

—¡No puedo controlar los caballos! —exclamó el cochero, desesperado.

Andrew miró a Diane y a Timothy con la determinación que le nacía del miedo ante un accidente. No podía perderlos, no podía correr el riesgo. Saltó del carruaje para acomodarse en la parte frontal y ayudar al cochero.

—¡Papá! —gritó Timothy, y Diane lo abrazó con fuerza. Necesitaba retenerlo, impedir que fuera junto a Andrew, pero, sobre todo, necesitaba aferrarse a él.

Lord Dankworth tomó las riendas de los dos caballos que tiraban del carruaje, mientras el cochero los hizo avanzar por delante, a paso de hombre. Temían que se desbocaran.

Fueron directo a las caballerizas, a dejar a los animales al resguardo. Timothy y Diane aguardaron bajo el techo del lugar, y se tomaron de las manos, asustados, al notar el vaivén furioso de las ventanas y el relinche nervioso de los animales.

Unos cincuenta metros los separaban de la mansión, que deberían hacer corriendo. Diane lamentó sus faldas, sus pesadas enaguas. Retrasaría a los hombres. Miró hacia la casa antes de emprender la veloz corrida, y un rayo cayó justo en el ala este. La luz intensa la encegueció, y el terror al ver la figura de la mujer con velo observándola desde allí la hizo gritar. Su grito quedó ahogado con el inminente trueno, que sacudió hasta los cimientos.

—Vamos, ahora —exigió Andrew. Llevó a su hijo contra el pecho, lo instó a aferrarse a él antes de lanzarse a correr con Diane tomada de la mano libre. No se iría de allí sin ninguno de los dos, no volvería a elegir en el momento de crisis.

En esos pocos días de casados, Diane había conseguido colarse en su pecho de una manera que Christine nunca pudo. No quería verse en el lugar de elegir

entre ellos, la pérdida sería letal para su espíritu, no sería capaz de soportarlo.

El viento y la lluvia consiguió empaparlos y helarlos hasta los huesos. El ama de llave los esperaba en el ingreso, se traslucía en su rostro el pavor. En el interior de la mansión, el viento se escuchaba como un constante lamento, al que acompañaba el crujir de vigas y el crepitar de un fuego que no lograba caldear el ambiente.

—Mi Lord, mi Lady —se inclinó ante ellos—, los baños están casi listos.

Varios sirvientes acarreaban baldes de agua caliente hacia las recámaras. La niñera de Timothy se acercó, solícita, para encargarse del pequeño que no deseaba por nada separarse de sus padres. El miedo a la tormenta sumado a la tensión que había percibido en Diane esa tarde despertaron en él los terrores que llevaban noches dormidos. Andrew y su esposa se miraron con entendimiento y algo de pena, sabían que las pesadillas volverían. Esperaban poder contenerlas, regresar a la calma en que la presencia de la nueva Lady Dankworth había sumido a sus vidas.

—Ve, Timy —exigió Andrew—, nosotros también necesitamos entrar en calor. Prometo ir a tu cuarto de inmediato, ni bien termine con mi baño.

El niño asintió, y llevó su mirada a Diane, esperando arrancar de su boca la misma promesa.

—Yo también iré.

Emprendieron cada uno para sus cuartos. Meredith corrió hacia su señora para ayudarla con las prendas húmedas, las enaguas pesaban varios kilos más producto del agua y la piel de Diane estaba fría. Un frío que lo provocaba algo más que la tormenta.

No se sentía lista para decirlo a viva voz, temía que Andrew se enojara con ella. Pero estaba segura, segura de ver a la misma mujer que su hijo. El velo, el lamento... ¿acaso se estaba volviendo loca? Podía ser que Timothy la hubiese influenciado con sus fantasías de niño, que ella hubiera pasado a proyectar sus miedos de la misma manera. ¡Se sentía tan real!

Al terminar con el baño, Meredith la ayudó con un sencillo vestido, un corsé frontal, una enagua y el cabello en una larga trenza. No deseaba perder más tiempo lejos de Timothy. Andrew había sido más veloz que ella, ya se encontraba junto al niño, avivando las llamas de la chimenea y arrojando al pequeño que estaba al límite por el cansancio y las emociones. Se negaba a cerrar los ojos sin la presencia de Diane, por lo que ni bien ella lo acunó contra el pecho, se durmió.

—Es tarde —susurró Andrew al ponerse de pie—, cena tranquila, yo debo ir a cerciorarme de los daños de la tormenta y del estado de los caballos.

Diane asintió, algo apenada por no poder compartir el momento con él. Lo

necesitaba casi tanto como Timothy, solo que el miedo de ella había nacido del encuentro con su tío y de la amenaza latente en sus palabras.

Le pidió a Meridith que le llevara algo ligero al cuarto, que comería allí. No creía poder digerir más que algo de sopa y pan, tenía los nervios de punta. Podía jurar que el ruido del viento le traía un lamento, un llanto que provenía del ala este.

No podría descansar hasta sentir que Andrew regresaba a su recámara. Tomó un libro y se dispuso a leer junto al fuego, para entrar en calor.

Los esperados gritos de Timothy se hicieron oír por las paredes de la mansión. Diane corrió por los pasillos, sin siquiera llevar una vela. Ya los conocía de memoria, había aprendido el recorrido del mismo modo que Lord Dankworth. Al llegar a la habitación, se encontró con las ventanas abiertas de par en par, las cortinas ondeaban de manera fantasmal por el viento y Timothy lloraba, cubierto por las mantas hasta la cabeza. Cuando Lady Dankworth se acercó a él, el pequeño largó un alarido lleno de terror.

—Timy, Timy, soy yo, Diane, estoy aquí —le dijo para serenarlo, y el niño se descubrió el rostro para aferrarse a ella con fuerza. En ese instante, Andrew llegó y se sumó al abrazo.

—Estaba aquí, mamá abrió las ventanas —confesó Timothy, entre palabras cortadas.

—Es solo el viento —lo calmó su padre. El pequeño bajó la mirada, mientras negaba con la cabeza. Diane comenzaba a creerle, a ella tampoco la convencían ya las explicaciones racionales. Andrew pudo leer en su rostro el malestar, la desconfianza.

—Timy —susurró la mujer, después de que Andrew cerrara los vidrios y asegurara con fuerza el pestillo—, ¿qué es lo que viste?

El niño tembló, en su semblante se hizo presente el agradecimiento. Alguien le creía, alguien lo escuchaba. Esa expresión hizo que Lord Dankworth se guardara los reparos ante la locura de alimentar los fantasmas del niño. De todos modos, expuso sus objeciones:

—¿Diane? —inquirió. No era un reclamo, sino que buscaba en ella la seguridad de que sabía lo que hacía.

La mujer se puso de pie y se alejó de la cama un par de metros, para que sus susurros no fueran oídos.

—Creo que debemos escucharlo. No lo sé, quizá me esté volviendo loca —se lamentó—, me parece que hay algo real en sus fantasías.

—¿Fantasmas? —preguntó, incrédulo.

—No, recuerdos... recuerdos que se le presentan como fantasmas. Timy me dijo que recuerda la noche del incendio, creo que sus pesadillas son por esa

noche.

Andrew titubeó. A él también lo acechaban esos fantasmas, pero podía reconocerlos. Sabía que se trataban de sus remordimientos, de la culpa que lo carcomía al haber dejado morir a Christine en las llamas. Sin embargo, esa noche, Diane le otorgaba la fuerza y el valor para enfrentarlos, para hablar del tema con su hijo. Asintió antes de regresar a la cama.

—Cuéntame —pidió y cerró los ojos por unos instantes, preparado para el impacto que tendrían las palabras de Timothy en él. El niño, en cambio, sintió alivio de inmediato al saber que su padre no lo juzgaría.

—Veo a una mujer, a la misma mujer... —contó.

—¿A qué mujer?

—Creo que es mamá. Llora, llora todas las noches. Repite “Alguien, alguien”. —Un escalofrío recorrió el cuerpo de Lord Dankworth, a él lo martirizaba el mismo lamento. Lo oía también, cada noche, al igual que su hijo, solo que estaba seguro de que se debía a los recuerdos del incendio, a esa voz que lo llamaba al otro lado de las llamas. Christine, atrapada en el ala este. ¿Podía ser que su hijo también lo hubiera escuchado, antes de que él lo rescatara? ¿Podía ser que ese lamento hubiera quedado atrapado en la mansión como un eco?

Diane se mordía los labios para no decir que ella también lo había escuchado, y visto... la mujer del ala este. Ella no podía atribuir eso a los recuerdos, entonces ¿por qué los tres tenían la misma versión?

—Lleva un velo, como el de las viudas —explicó el pequeño para justificar que no la reconocía. Le avergonzaba admitir que no recordaba el rostro de su madre—, y el mismo vestido que la noche del incendio. Por eso creo que es mamá...

—¿Te acuerdas del incendio? —se preocupó Andrew. Su hijo era muy pequeño cuando sucedió el siniestro, y él había esperado que cayera en el olvido.

—Sí. La vi a ella ir hacia el ala este, con el velo y un candelabro. Ella no me vio a mí, porque yo debía estar en la cama, si mamá se enteraba de que aún estaba despierto se enojaría mucho con la niñera Leila. Así que corrí de vuelta a la cama... y luego... —El llanto se hizo presente. Y luego el fuego, el terror, el miedo al saberse atrapado en su habitación.

Andrew lo rodeó con los brazos y lo llevó a su pecho.

—¿Me crees, papá? —preguntó con la voz gangosa—, ¿me crees?

—Sí, hijo, te creo.

El llanto se convirtió en alivio, el esfuerzo de dejar ir lo que escondía le agotó las fuerzas, y Timothy volvió a dormirse. Las lágrimas surcaban el rostro del niño, y tenía las mejillas ardidas. Diane observó a su marido y extendió la

mano hacia él. Andrew también necesitaba consuelo, que alguien le repitiera que le creía.

“Te creo, sé que no lo provocaste, ni siquiera por negligencia”. Lord Dankworth le tomó las manos a su mujer y se dejó arrastrar por ella hasta el cuarto. Entraron al suyo, en silencio. No necesitaban decirse nada.

Se desvistieron el uno al otro, entre besos, caricias y promesas mudas. Las cicatrices de él quedaron al desnudo, las de ellas también, mientras se amaban, comenzaron a sanar las que llevaban por dentro, esas que los atormentaban por las noches, que los hacían creer en fantasmas.

Piel con piel, boca con boca, Andrew la llevó a la cama. Borró con la imagen de la belleza de Diane los horrores vividos, los miedos padecidos. Ella se aferró con fiereza a la espalda de él, era su tabla en el medio del océano.

Andrew preparó el cuerpo de su mujer con besos, con roces suaves, hasta saberla lista para su invasión. Se adentró en ella de manera lenta, deleitándose de la calidez de Diane, de la humedad que le daba la bienvenida. Los gemidos de la mujer llenaron la noche, acallaron cualquier lamento. Lord Dankworth deseaba que el poder de esa dicha fuera lo suficientemente fuerte para reemplazar el dolor que siempre habitó la mansión.

Se acompasaron en los movimientos. Se amaron, y el placer los alcanzó. Las sensaciones se arremolinaban como una tormenta mil veces peor que la que azotaba el exterior, y, sin embargo, era la única clase de tormenta que les traía paz.

—Andrew. —Su nombre en los labios de Diane. Su nombre en la cima del deleite.

—Diane —le correspondió.

Cayeron rendidos, abrazados. El frío de la noche no alcanzaba a los amantes. Se miraron en la oscuridad, se reconocieron en ella. Andrew clamó en pensamientos “no me dejes nunca”. No se atrevió a decirlo, no así, no estaba listo para quedar tan vulnerable.

—Quédate conmigo —reformuló—, esta noche y todas. Comparte el lecho conmigo.

—Sí —susurró Diane, y lo besó en los labios—. Sí, nada me haría más feliz.

Con sus cuerpos brindándose calor y sosiego, al fin consiguieron la calma para descansar.

Capítulo 9

El artículo en el Times enervó a Karl Houston, detective de Scotland Yard. El hombre leyó las declaraciones de Lady Dankworth y tuvo que contener la furia que lo embargó. Era un hombre listo, de otro modo jamás hubiera llegado de joven de los bajos fondos a miembro de las fuerzas de la ley. Se lo respetaba por su instinto, por el modo en que lograba acomodar las piezas de la investigación para confirmar lo que sus tripas le decían que era verdad. En ese momento, se sentía burlado.

Buscó las notas del caso. Su secretario se acercó a preguntarle si necesitaba algo, y se escabulló de inmediato al notar el mal humor de su jefe.

La reaparición de Christine, Lady Dankworth, era la comidilla de Londres, y ahora, tras el reporte de ese inescrupuloso periodista, Michel Rock, la noticia viajaría a toda Inglaterra. Era el mismo malnacido que había develado que Karl desconfiaba de que el incendio hubiera sido accidental y las sospechas que recaían en Lord Dankworth.

Releyó el artículo con los dientes apretados.

“¿Qué ha llevado a Lady Dankworth a fingir su muerte?”, esa era la misma pregunta que acechaba al detective, solo que el periodista había dado voz a las conjeturas y plasmado como verdad lo que solo era una declaración dudosa. “Según nos confía la verdadera esposa de Andrew Lawrens, la noche del incendio descubrió que su marido quería matarla. Ante el terror de las llamas que la tenían a ella como víctima, Christine Lawrens se escabulló en el alboroto generado y dejó atrás Londres, presa del pánico. Desde entonces, ha vivido en la pobreza, lejos de los derechos que le corresponden como condesa.”

Los ojos de Karl seguían las líneas de la noticia que tenía su titular en primera plana. El periodista, más abocado a vender ejemplares que a comunicar hechos, hacía uso del apodo de Andrew Lawrens, el demonio de Dankworth, inclinando las sospechas en su nombre.

“La pregunta que nos carcome ahora es el motivo que ha traído a Lady Dankworth de nuevo entre nosotros. Este humilde periodista, en busca de la verdad...”

—¡Humilde periodista! —Karl deseaba colgar al muy malnacido, no podía, por desgracia, la tergiversación de los hechos no era un delito.

“... ha ahondado en los secretos de Christine Lawrens para alertar a la sociedad sobre el monstruo con el que hemos convivido por años, y que

conocemos como el demonio de Dankworth. Debo reconocer que la tarea no me resulta en absoluto placentera...”

—Sí, algún día conseguiré que te pudras en prisión —le respondió al periódico. Michel Rock lograba que todas las noticias giraran en torno a él, en lugar de los hechos. Se posicionaba en el lugar de una persona empática, que en realidad no era, para convencer a la sociedad de la veracidad de lo que exponía en sus artículos sin fuentes. En este caso, inclinaba la balanza a favor de Lady Dankworth, y eso se traducía a que sus superiores querrían la cabeza de Andrew Lawrens, sin importar la investigación. Debía probar que Lord Dankworth era un demonio, aunque él comenzaba a sospechar lo opuesto.

“...Según ha podido develarme, no sin antes derramar profundas lágrimas de dolor, Christine Lawrens ha vuelto al enterarse del reciente matrimonio de Lord Dankworth. En sus propias palabras: ‘Debo advertirle a la nueva esposa del conde la clase de hombre con quien se ha casado, no puedo permitir que la historia se repita con la señorita Diane Mayer, temo que no sea tan afortunada como yo y logre huir’. En honor a mi trabajo, me hago eco de la confesión de esta desesperada mujer y advierto no solo a la hija del difunto Barón de Tavernier sobre los males que la acechan, sino a toda la sociedad...”

Karl lanzó el periódico a la pila de papeles desordenados. De nada valía repasarlo una vez más, nada de lo que Michel escribía podía ser tomado en serio. De todos modos, influenciaba en la sociedad como nadie, y ahora el peso de esa sociedad pendía sobre su cabeza para que resolviera un caso que llevaba años dando vueltas.

Las anotaciones de entonces estaban en una caja que ahora reposaba frente a sus narices. “Caso Dankworth”. En su interior, la transcripción de las declaraciones de los sirvientes y del conde, las pericias hechas por él en el lugar del siniestro y el maldito candelabro que le decía a gritos que el incendio había sido premeditado.

Repasó una a una las observaciones. En la primera página de sus notas, agregó dos palabras. “¿Homicidio?” fue reemplazado por “¿Intento de homicidio?”. Y luego tachó la parte que rezaba su pregunta principal “¿Dónde está el cuerpo de Lady Dankworth? ¿carbonizado?”. En esos momentos, tenía las respuestas, por desgracia, todos los interrogantes habían cambiado.

No tenía dudas de que el incendio había sido provocado. ¿Por quién? ¿Lady Dankworth, para huir? ¿Lord Dankworth para asesinar a su esposa? El ama de llaves, el mayordomo y algunos otros empleados de la mansión habían declarado que el matrimonio se llevaba mal, discutían seguido, cada vez con mayor ferocidad. No sabía si la defensa de los sirvientes hacia el conde se debía al temor de ser despedidos o a la verdad. Tomó el candelabro en sus manos,

esperando que el objeto le revelara quién lo había arrojado para alimentar las llamas. Pasó las páginas, las conjeturas de entonces, e intentó ver todo con renovados ojos.

Lord Dankworth estaba en su despacho, y había resultado herido. Según él, al correr al rescate de su hijo. El ayudante de cámara lo había confirmado. Solo una pista se mantenía intacta con el cambio de panorama: la doncella de Lady Dankworth. Julia Spark. De su nombre salían varias flechas, líneas de investigación que había seguido Karl durante dos años sin hallar nada. “Desaparecida”. “Ama de llaves y jefe de cuadras dicen haberla visto abandonar el ala Este, luego la perdieron de vista”. “¿Cómplice de Lord Dankworth?”, junto a esa pesquisa, anotó una nueva posibilidad: “¿Cómplice de Lady Dankworth?”. Debía dar con la muchacha, a quien parecía haber tragado la tierra. Nadie había visto salir a Christine de las llamas, solo a la doncella.

En un espacio en blanco agregó las preguntas que surgían tras el retorno de la mujer. “¿Por qué habló con Michel en lugar de dirigirse a las oficinas de Scotland Yard?”, “¿Dónde estuvo todo este tiempo?”, “¿Por qué ha regresado si teme por su vida?”. No tenía dudas de que Lord Dankworth la había dado por muerta, podían tratarlo de demonio, de monstruo, de asesino... pero, ¿bígamo?

Debía hablar con Christine Lawrens de inmediato, tomarle declaración, observarla bajo su propio análisis crítico, lejos de las subjetividades con las que Michel había teñido la historia. Él confiaba en sus instintos, y los mismos le gritaban que algo oscuro escondía la verdadera Lady Dankworth.

El cielo gris de Escocia acompañaba a Diane en su llanto. Las lágrimas brotaban de sus ojos como una llovizna de otoño. No era capaz de leer el artículo del Times una vez más, no estaba segura si le dolía más saber que ella no era la legal esposa de Andrew o las acusaciones que caían en su nombre. “El demonio de Dankworth”, apodo que cobraba más y más fuerza. El único que parecía incapaz de creerlo era Lord Ducville, que vociferaba, a quien quisiera escucharlo, que Christine Lawrens era una farsa, una pérfida mujer, el verdadero demonio.

Diane cavilaba en otro fantasma, en aquel que, junto al mar, había vaticinado su desgracia. Su tío lo sabía... estaba convencida de eso. Quizá desde mucho antes de la unión, quizá ese había sido su último golpe para destruirla, casarla con un hombre ya casado, convertir a Lord Dankworth en bígamo y a ella en una paria social.

Y, de todos modos, lo que más lamentaba era la pérdida de lo intangible, del amor que se llevaba en el pecho y que la desgarraba al saberse separada de su familia. Porque Timothy y Andrew eran eso para ella, su familia, y los amaba... ¡Oh, Dios, cuánto los amaba!

Se sentía sin fuerzas. Timothy la había abrazado hasta quedarse dormido.

—No quiero que te vayas —le había confesado—, sin ti, las pesadillas son peores.

Sin embargo, no podía quedarse. No era lo correcto, solo servía para arrojar más leños al fuego de las habladurías. La verdadera Lady Dankworth estaba en camino, había enviado una misiva informando que volvería a ocupar su lugar como condesa, y ella no era quién para impedirlo. Diane se convertía en la impostora en esa farsa. La mujer que, sin planearlo, le había arrebatado el marido y el hijo... su hijo. ¿Cómo podía pensarlo así a Timothy cuando sabía que su verdadera madre vivía?

Andrew se hizo presente en su recámara. Se lo veía dubitativo, temía ver en la mirada de Diane más que pena, desprecio. Creerlo culpable de las infamias que decía Christine... Le costaba pensar en esa mujer con quien compartió años de matrimonio como su esposa. Para él, ese espacio le correspondía a Diane, el rol y el lugar en su corazón. Y en ese instante, en que los sentimientos eran tan claros, era cuando menos apropiado resultaba confesarlos. Amaba a Diane Mayer, la amaba con cada fibra de su ser, con cada herida del pasado y cada esperanza del futuro. Amaba a un imposible.

Recordó con pesar la mañana en el acantilado, esa en que sellaron su promesa de unión. “Inalcanzable”, Diane era inalcanzable para él, ahora esa barrera superaba las emociones, se volvía un muro tan real como tangible. Él, Andrew Lawrens, estaba casado con otra mujer.

Anhelaba consolarla, acercarse al lecho que habían compartido por varias noches y abrazarla. Él, que era el verdugo, el propiciador de las penas de la muchacha, quería presentarse como consuelo. Era en vano negarlo, la necesidad de tenerla en brazos una vez más no se trataba solo de ella. Siempre fue Diane quien lo serenaba a él, quien lo salvaba de las sombras.

—Andrew —lo llamó ella—, por favor, ven.

Diane no podía verlo de pie bajo el dintel que separaban ambas habitaciones. Sentir las dudas y resquemores que lo devoraban. Él no era el culpable de nada, ella lo sabía muy bien. Lo conocía, en esos pocos días de matrimonio había logrado su cometido, el de recorrer el laberinto de emociones con el que Lord Dankworth resguardaba su corazón, y había llegado a destino, para desenmascarar al ángel que se escondía tras la fachada de demonio.

El hombre avanzó, acortó la distancia hasta sentarse en la cama, junto a ella.

—Diane... lo siento tanto. Tanto —se lamentó—. Yo no lo sabía, te juro que no lo sabía.

—Te creo. Siempre te creeré, sé quién eres, Andrew Lawrens, Lord Dankworth. Sé quién eres en realidad.

—No te merezco —fue la humilde confesión que salió de sus labios. Diane lo abrazó, hundió su rostro en el cuello de él, aspiró su familiar perfume y besó las heridas de su piel, esas de las que ella se había enamorado—. No te merezco, eres demasiado buena para mí. Debí de suponer que mi suerte daría un giro, que la vida me cobraría el pago por mi egoísmo, por aspirar a algo que no está a mi alcance.

—No es verdad. —Diane le acunó el rostro con ambas manos y lo obligó a mirarla a los ojos—. No sé si soy yo quien merezca tanto. Quizá todo se reduce a eso, a que nos unen nuestras imperfecciones, nuestras cicatrices... La única certeza que tengo, Andrew, es que me salvaste. Tú lo hiciste, en el acantilado. Me salvaste de saltar, y ahora... ahora que sé que debo irme, lo hago con la fe de que nunca más volveré a estar al límite, que no volveré a contemplar esa opción, porque aquí —remarcó y llevó la mano de él a su pecho—, aquí ahora no hay un vacío, aquí habitan Timothy y tú, y jamás me arrojaría a sabiendas de que los arrastro conmigo.

Las lágrimas que brotaban de sus ojos eran de tristeza y felicidad. La vida podía dar un nuevo golpe, pero ella había experimentado el amor, y eso hacía que valiera la pena el dolor.

—Dime, Andrew —clamó Diane, y Lord Dankworth pudo sentir el modo en que el corazón de la muchacha latía acelerado—, dime que yo he podido hacer lo mismo contigo, que te he salvado. Permíteme irme con algo de paz.

—Sí, Diane. Me has sanado, a mí y a Timothy. Nos has hecho conocer la luz. —Se recostó a su lado y la abrazó contra su pecho—. Has traído contigo el sol a esta casa, a una casa que se iluminaba solo con bombillas, con destellos artificiales. Eso es algo que no podrá borrarse jamás.

—Partiré mañana —dijo Diane—, iré a casa de Lady Ducville, junto a mi tía. Estaré cerca, por si me necesitan. Pero antes... antes tenemos esta noche, Andrew. No quiero llorar, no quiero malgastar mis lágrimas.

—Ni yo.

Se besaron con fervor. No podían decirse lo mucho que se amaban con palabras, eso solo empeoraría la despedida. Optaron por demostrarlo con sus cuerpos, con sus actos. Se desnudaron a la luz de la chimenea, dejando que el resplandor tiñera con su cobriza luz las pieles de ambos, las heridas del pasado que habían aprendido a ignorar en compañía del otro.

Andrew la hizo voltearse, dejar la espalda al descubierto, y besó cada marca que el Barón había hecho en su piel. Reemplazó el dolor por placer, borró los recuerdos de los azotes. Ella lo correspondió, recordándole que las cicatrices solo eran un disfraz, que el cuerpo era solo el vestido con el que venimos al mundo. La realidad yace bajo las capas tras las que nos escondemos.

Se amaron una última vez. Se hicieron uno. Así, con la promesa de que pasara lo que pasara, vistieran la piel que vistieran, se reconocerían en esta vida y en las que vendrían.

Pasaron la noche abrazados, unidos. Por la mañana, la despedida fue muda. Solo el llanto de Timothy rompía el silencio. Diane, desde el umbral del ingreso de la mansión, volvió la vista hacia su hijo. Las lágrimas del pequeño se unieron a un lamento más, a uno escalofriante... el de la dama del ala este.

Capítulo 10

La presencia de Christine hacía mella en la rutina de la mansión escocesa. Los sirvientes la miraban con recelo, y ella les correspondía con tratos peores a los del pasado. Ya había amenazado con despedir a Meridith, y reemplazarla con una nueva doncella, alguna mujer más solícita, que no la observara como a una serpiente.

—Christine, esta es mi casa —remarcó Lord Dankworth ante las quejas de quien era su verdadera esposa—, estos sirvientes han estado a mi lado cuando las paredes se derrumbaban, cuando solo quedaba barrer cenizas.

Se contuvo de agregar que Diane jamás había tenido una queja o un altercado con ninguno de ellos. Que la adoraban, al igual que él.

—Claro, claro —se quejó la mujer—, complotan contigo para volver a intentar matarme.

—¡No intenté matarte! —alzó la voz Andrew—. Y si tanto miedo te doy, ¿por qué has vuelto?

Christine no estaba dispuesta a develar sus motivos, por lo que alzó el mentón y dejó el despacho de su marido a paso apresurado. Timothy se dejó caer en el pasillo y se abrazó las rodillas, preso del susto. Él no recordaba las peleas, esa parte de su pasado había quedado olvidada en su mente de niño. Por lo que no solo le asustaba esa mujer que decía ser su madre, que apenas si se le acercaba, sino también comenzaba a temerle a su padre, quien nunca antes había alzado la voz. Extrañaba a Diane, sus consuelos a la noche, la forma en que hablaba con su padre, en un tono calmo que le llegaba a él. Quería de vuelta a su madrastra, más ahora, que los terrores nocturnos eran peores que nunca y no se atrevía a decirle a nadie.

Lord Dankworth parecía reacio a escuchar cualquier cosa, Timothy sabía que su padre también extrañaba a Diane, que él también la necesitaba para que terminaran las pesadillas, por eso no se animaba a contarle las suyas y buscar consuelo en él. Apenas gritaba ahora, cuando la mujer del velo se le presentaba. Solo se tapaba la cabeza, como hacía en ese instante, para no ver. Podía sentir cuando la mujer espectral se iba, porque parecía llevarse el frío con ella. Entonces, una vez solo, sin descubrirse la cara, lloraba hasta dormirse.

Si esa mujer que se llamaba Christine decía ser su madre ¿Quién era la del velo? Timothy no lo sabía, solo comprendía que ahora le temía más que nunca, porque estaba solo. Solo de verdad.

Ya no jugaba, deambulaba por los pasillos de la mansión. Así había escuchado la pelea de sus padres y la de los sirvientes. Los empleados de la casa estaban tensos; en el pasado, Lady Dankworth había conseguido dividirlos. Aquellos que se aliaban con la condesa recibían mejores tratos que quienes mostraban abiertamente su desprecio. El ama de llaves no quería que eso sucediera de nuevo.

—De mí no debes preocuparte —largó Meredith con hastío—, no soy Julia, si no fuera por los peniques de más que recibo como doncella, gustosa volvería a limpiar las chimeneas.

—Julia era una buena muchacha —la defendió el ama de llaves—, solo algo vanidosa.

—Y ambiciosa —agregó el jefe de cuerdas—, no olvidemos que Lady Dankworth le pagaba extra por cubrirla en cada descabellado plan que se le ocurría.

—Y bien que se marchó tras el incendio —gruñó Meredith—, estoy segura de que Lady Dankworth le pagó para ayudarla a escapar. Se fue con los bolsillos llenos, dejándonos a nosotros con las ruinas del incendio.

—Eso no lo sabemos —trató de serenar los ánimos el ama de llaves—, por lo menos tenemos la tranquilidad de saber que nadie murió en realidad.

Eso representaba un alivio, quitaba parte del peso que recaía sobre la mansión y la maldición que todos decían que condenaba a las condesas de Dankworth. Solo había un muerto, la madre de Andrew, por lo tanto, todo se podía reducir a un accidente desafortunado, y no a un designio que marcaba el destino del condado.

La niñera descubrió a Timothy escuchando a escondidas y lo reprendió.

—No es hora de que deambules por la casa —dijo la mujer—, ven, es tiempo de que cenes y vayas a la cama.

El pequeño asintió con la cabeza, incapaz de oponerse. No quería ir a su habitación, pasar otra noche de pesadillas. De todos modos, se dejó arrastrar por la niñera.

Ya no cenaban en el salón comedor. Cada integrante de la familia se mantenía en habitaciones separadas, aunque Timothy sabía que su padre se presentaba por la noche en su recámara, casi al amanecer, para comprobar que durmiera. Él cerraba los ojitos, para no confirmarle al hombre que también era preso del insomnio.

Se metió bajo las mantas, y le pidió a la niñera que dejara la bombilla encendida. El cansancio emocional lo acunó hasta que se durmió. No pudo hacerlo por mucho tiempo, a los pocos minutos, el frío al que ya se acostumbraba se hizo presente en el lugar.

Se cubrió la cabeza con el cobertor, como hacía siempre. El helado aire atravesaba las capas de tela, y el resplandor de la bombilla le permitía ver el vaho que salía de su boca.

“Alguien, alguien”, escuchó el lamento. El niño notó algo particular, algo que quería contarle a Diane, la única que le creía. En el pasado, el lamento venía del ala este, pero desde que Christine había vuelto, las voces comenzaban a resonar cada vez más cerca. “Alguien, ¡ALGUIEN!”, el susurro se volvió grito. Y Timothy se unió a él con su propio alarido.

Las sábanas fueron arrancadas de sus manos con fuerza, obligando al niño a mirar lo que no quería ver. Ahí, en los pies de la cama, la figura de la mujer que él creía que era su madre. Ahora comprobaba su error.

Quedó petrificado. Se refregó los ojos, para confirmar que estaba despierto. La figura siempre se presentaba fugaz, un susurro de faldas, un eco de pasos. En ese instante estaba nítida frente a él, con un vestido oscuro y el velo cubriéndole el rostro.

—¡Papá! —exclamó sin voz, sin aire, preso del más profundo miedo. La figura de la mujer se movió, de manera lenta, y alzó el velo revelando el rostro. Timothy no la reconoció.

Ante sus ojos, la silueta de la mujer mutó hasta el horror. La piel comenzó a desvanecerse, a hacerse cenizas, y luego todo ella fue convertida en polvo a los pies de la cama. Timothy se asomó luego de que la imagen desapareciera. En la alfombra bajo la cama se veía una marca negra, como si la misma hubiera ardido en llamas en el pasado, dejando la tela chamuscada.

La voz le volvió junto al terror.

—¡Papá, papá! —gritó a pulmón—. ¡Papá!

Andrew corrió a su encuentro, desesperado. Sus botas resonaban en el pasillo, cada vez más cerca, como un tambor que acompañaba los alaridos de su hijo.

—¡Timothy! ¿Qué ha pasado? —preguntó pese a saber la respuesta. Los terrores nocturnos habían vuelto, y comenzaban a ser peores. Él no podía reconocerlo sin volverse loco: también lo sentía. Desde que Diane había dejado la mansión, desde que Christine había vuelto a ocupar la recámara, escuchaba los lamentos con mayor frecuencia. Solo que en el presente no podía asociarlos a los remordimientos. Su mujer no había muerto en el incendio, él no había provocado la muerte de Lady Dankworth, entonces ¿A qué se debían las voces que oía?

—La mujer del velo —lloró el niño—, la mujer del velo, allí —y señaló el pie de su cama. Andrew se dirigió al lugar, para hacer lo que hacía cada noche, demostrarle que no había nada, que era su imaginación. La marca en la alfombra le derrumbó los argumentos.

—¿Hijo? —inquirió. Intentó serenarse, no transmitirle el miedo que ahora le llegaba a él.

—Se hizo cenizas frente a mí —dijo el pequeño—, lo vi, no lo soñé.

—Te creo, te creo —lo calmó—, respira, vamos, Timy, respira —le exigió y lo ayudó a sorber agua. Timothy se aferró a su pecho, escondió el rostro en el chaleco de Andrew y dejó escapar las lágrimas.

—No se ha ido, todavía está aquí —murmuró con la boca ahogada por la tela.

—¿La puedes ver? —se asustó Lord Dankworth. Temía que la demencia fuera hereditaria, quizá todos los Lawrens estuvieran condenados a la locura.

—No, solo sentirla... el frío... el frío no se ha ido. Está cerca.

Andrew podía sentir el frío del que hablaba su hijo. El aliento tibio que salía de su boca dibujaba el vaho en el aire. La chimenea estaba prendida, las ventanas cerradas. La corriente helada venía del pasillo.

“*Alguien, alguien*”. Padre e hijo se miraron, ambos lo habían oído.

—Es imposible —murmuró Lord Dankworth—, esto es imposible.

No había lugar para la razón. No eran los remordimientos, no eran los recuerdos de Timothy enterrados en su mente. Eso no explicaba que los dos pudieran sentirlo a la vez. Solo quedaba una cosa por hacer, dejarse llevar por esa locura.

Los pasos, el roce de las faldas, lo convocaron desde el pasillo.

—No —pidió el pequeño—, no me dejes.

—Iré a ver, si algo sucede, grita fuerte y correré de regreso.

Le fue difícil deshacerse del agarre de su hijo. Se le estrujaba el corazón ante el miedo latente en él. Su determinación nacía de ponerle fin al martirio. Descubrir quién estaba jugando ese juego macabro con ellos. No creía en fantasmas, creía en la maldad de las personas. Y desde que Christine había regresado, esa maldad latía bajo los muros de la mansión.

Era un plan descabellado de la mujer, se dijo para convencerse, era su intención de convertirlo en el verdadero demonio de Dankworth. No lo permitiría. Avanzó hacia el pasillo, hacia el lugar en que el frío se hacía más intenso y los sonidos presentes. Echó un último vistazo a Timothy. Él era un hombre racional, no dejaría que manipularan su mente.

Le pareció ver una falda perderse en una puerta a unos metros de él, la siguió dispuesto a desenmascararla. “*Alguien, alguien*”.

El mismo lamento de esa noche. Andrew caviló en que alguien más lo hubiera oído durante el incendio, y lo utilizaba a su favor. Corrió a la silueta esquiva, que parecía flotar sobre el piso.

Más intentaba alcanzarla, más rápido se movía. La mujer volvió el rostro a

él, cubierto por el velo, como si confirmara que Lord Dankworth le pisaba los talones.

—¡Detente! —exigió, y la figura se perdió en la recámara de Lady Dankworth—. ¡Christine ¿eres tú?! —Exclamó con furia—, ¡siempre has sido tú!

Abrió la puerta de la habitación y la madera golpeó la pared. Los vidrios vibraron por repentinos truenos. La tormenta parecía haberse desatado sin previo aviso, al igual que la dama del velo, que se hacía presente y desaparecía a su antojo. Los rayos iluminaron el recinto, la figura de la mujer parada en el medio del mismo. Andrew quedó petrificado por unos segundos, antes de que la ira lo embargara.

—¡Christine, deja este endemoniado juego, ahora mismo! —alzó la voz. La mujer se volteó hacia él, con el velo cubriéndole el rostro, y eso bastó para probarle a Lord Dankworth que no estaba ante su esposa.

La silueta se dibujaba de manera tétrica, iluminada solo por las llamas de la chimenea y los rayos del exterior.

—¿Quién eres? —exigió saber—. ¿Qué quieres?

La dama se acercó al arcón de Lady Dankworth. El mismo se abrió, el chirriar de las bisagras resonó cortando el aire. Antes de que la tapa cayera, la figura de la mujer comenzó a hacerse ceniza ante los ojos incrédulos de Andrew, hasta desaparecer por completo.

Lord Dankworth tardó unos segundos en reaccionar. Se refregó la vista, como había hecho su hijo, para comprobar que no estaba atrapado en una pesadilla que se sintiera real. Luego de eso, tomó una vela y la encendió antes de avanzar hacia el arcón. Junto al mismo, en el suelo, una marca negra como la que había quedado en la alfombra de la habitación de Timothy.

Nada tenía sentido. Andrew comenzó a buscar las pruebas que le dijeran que aquello era una treta. Sabía que existían personas que jugaban con ilusiones visuales. Incluso había espectáculos sobre eso, hombres que cortaban mujeres a la mitad y que mostraban como la misma seguía vivía, moviendo los pies y las manos atrapadas en cajas distintas. Simples trucos de magia propios de un circo.

Revisó la alfombra, tocó la tela quemada, que no propagaba calor, sino frío. Hizo lo mismo con el arcón, para hallar el artilugio mecánico que había hecho que se abriera sin ser tocado. Su padre solía fabricar esas cosas, piezas con resortes, cuerdas...

No halló nada. Por lo que empezó a vaciarlo, desesperado. Expuso todo su contenido en busca de una cuota de lógica que explicara aquello. Lo que encontró le cortó el aliento. Entre las cosas de Christine, un velo... el mismo velo de la dama del ala este.

—¿Qué significa esto? —demandó Christine a sus espaldas, al ver el revuelo que Andrew había hecho con sus pertenencias.

—Lo mismo me pregunto yo —dijo él y alzó el velo—. ¿Qué demonios significa esto? ¿Hace cuánto juegas con nosotros?

—¿De qué hablas?

—¡De aterrorizar a tu propio hijo por las noches! ¡De deambular por los pasillos! Quieres volvernos locos, Christine, cuando la única loca aquí eres tú.

—¿Deambular por los pasillos? —La carcajada de la mujer se hizo presente—. Por Dios, Andrew, al final resulta que sí eres tan demente como tu padre. No he vuelto a pisar esta mugrosa casa desde que me fui de aquí, nada me haría más feliz que marcharme. ¡Pero me pertenece! ¡Es mía! ¡Me la gané al casarme contigo! ¡Al permitir que engendraras en mí al próximo demonio de Dankworth!

Andrew tuvo que contener el impulso de abofetearla. Era una mujer, era su mujer, y la madre de Timothy. Solo por eso se refrenó, y por el deseo de no darle el gusto de convertirse en lo que ella decía que ya era.

—El único demonio que ha habitado esta casa eres tú, Christine. Y lo probaré, probaré que iniciaste el incendio para huir, probaré que usaste este velo para martirizarnos.

Christine recorrió los metros que lo separaban y le arrancó el velo de las manos. Ella sabía que era una evidencia, debió deshacerse de él hacía demasiado tiempo, solo que lo llevaba consigo como una prueba de su éxito. Lo arrojó al fuego y lo vio arder con placer. Allí iba la última prueba. Ahora Andrew no tenía nada contra ella, la palabra del demonio de Dankworth contra la suya. Estaba perdido. Sonrió con satisfacción, el disfrute, la risa, se le interrumpió de inmediato.

Las ventanas se abrieron por la fuerza de la tormenta. La chimenea se apagó de inmediato, dejando los restos del velo casi intacto. Un rayo iluminó la oscuridad de la habitación, el rostro quemado del demonio, y uno mil veces más terrorífico a sus espaldas. La dama del ala este.

El grito salió de su garganta con todas las fuerzas.

—Es el fin de tu juego —sentenció Andrew, ajeno al temor de ella.

—¡Andrew, ¿qué fue eso?!

—No simules no saberlo, mañana hablaré con el detective —juntó los restos que se habían salvado del velo—. Tu plan terminó, al igual que tus maquinaciones.

—¡Andrew, no te vayas! —rogó ella, y se arrojó a sus pies—. No me dejes sola, no me dejes con eso —señaló el lugar en donde había visualizado la silueta difusa de una mujer espectral.

Lord Dankworth la observó, escéptico. No le creía, Christine podía ser una

excelente actriz.

—Mantén tu papel tanto como quieras, tu miedo fingido no puede afectarme, no cuando conozco el terror que infundiste en Timothy. Me las pagarás, Christine, te pudrirás en prisión —amenazó y la dejó sola. Cerró la puerta tras ella, y pidió a los sirvientes que se habían acercado al escuchar la disputa que la encerraran en la recámara—. No dejen que salga, no volverá a escapar. Esta vez se hará justicia —prometió.

—¡No, No! —le llegaron los alaridos de Lady Dankworth—. ¡Por favor, no me dejes sola con eso, no me encierres con eso!

Por un momento, el terror de Christine le llegó hondo al pecho. Lo percibió real, tan real como a la dama del velo. ¿Quién se volvía loco ahora? ¿Ella, que había caído en las garras de su propia trampa? ¿Él? Quizá la sociedad tuviera razón, quizá el condado de Dankworth estaba condenado a la demencia, quizá esos muros de piedra empujaban a todos sus habitantes a la locura...

Solo una mujer había sido capaz de romper la maldición, Diane. Ella sería quien lo salvara una vez más, y él debía hacer lo mismo. No eran los fantasmas, eran los demonios de carne y hueso a quienes debían temer. Andrew acabada de desenmascarar a su demonio, le quedaba hacerlo con el de Diane.



La decisión de volver a su pasado fue cuestionada por Tía Betsy y por la misma Lady Ducville. Las dos mujeres se valieron de todos los argumentos habidos y por haber para hacerla entrar en razones, temían por ella, sabían que Henry Mayer reclamaba su regreso al hogar con la única intención de satisfacer sus más oscuros deseos. Estaban en lo cierto, eso no era algo que se prestara a discusión por parte de Diane, sabía a lo que se enfrentaría si regresaba a la mansión Tavernier. No le importaba, es más, iba dispuesta a ello. Había conocido la más hermosa libertad en los brazos de Andrew, en Dankworth había experimentado la manifestación de un sentimiento que creía imposible en su vida, el amor, y gracias a él, se sentía invencible.

—Por favor, Diane, no lo hagas. —La súplica de Tía Betsy no hacía más que repetirse una y otra vez— ¿Acaso no te das cuenta de que al corresponderle alimentas esa diabólica fiera interna en él?

—Lo sé, tía, te olvidas que he vivido la mayor parte de mi vida bajo su control. Lo conozco al punto de adelantarme a sus pensamientos.

—¿Y aun así pretendes regresar a su lado?

—Debo hacerlo. —La certeza en Diane provocó que la piel de las mujeres

presentes se erizara.

Lady Ducville participaba desde el silencio, le había dado cobijo en su casa y se limitaba a guardarse las apreciaciones bajo orden de su esposo. Actuaba, brindaba apoyo y sostén físico para la joven y para Betsy, la mujer que consideraba su amiga más íntima. Por desgracia, la actitud desmedida de Diane la obligó a dar una opinión al respecto.

—No, no debes. Tu situación actual es muy diferente a la de semanas atrás.

—Tienen razón, antes era la misma nada para esta sociedad. —La ironía tomó control de ella. Sin lugar a dudas no era la misma Diane de antes—. Ahora, junto a Andrew, soy el centro de los comentarios.

Él había obtenido el certificado definitivo de asesino, o prototipo de asesino considerando que Christine estaba viva. Ella, al parecer, también se había convertido en objeto de maldición, el vínculo con Andrew Lawrens y su estadía en la mansión Dankworth le habían otorgado esa característica.

—No me refiero a ello, Diane. —Lady Ducville pasó por alto el contenido desafiante en los dichos de la joven, podía comprender el estado de desconcierto y angustia mental al que estaba sometida—. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras...

—O puedes venir a casa conmigo —interrumpió Tía Betsy. Por fin albergaba la posibilidad de ofrecerle a su sobrina una vida mejor.

—Ya no eres una niña, eres una mujer, puedes tomar tus propias decisiones —finalizó la vizcondesa esperando haber logrado el efecto correcto en ella.

—Exacto, por eso mismo he decidido ponerle fin a la peor de mis pesadillas, una que tiene nombre y apellido: Henry Mayer.

Luchar contra su pensamiento fue en vano. Albergaba dos motivos que la llevaban a abandonar la comodidad que los Ducville le ofrecían, uno era la verdad que había utilizado como herramienta de persuasión con las dos mujeres, deseaba ponerle un punto final a su pasado. El segundo, lo que le quemaba la piel y le alborotaba el corazón, era pensarse cerca de Andrew y Timothy. No podía, no podía permanecer ahí, se despertaba a la noche con la desesperante necesidad de correr hacia ellos. Lo único que se lo impedía era el triste reconocimiento de saberse ya una forastera en la vida de los Lawrens, su lugar de pertenencia era otro, uno al que estaba decidida a regresar.

La ausencia del Barón fue el primero de los recibimientos que tuvo. Al parecer, luego del escándalo, ese que había puesto en el ojo de la tormenta a Lord Dankworth tras la reaparición de la anterior condesa, su tío había decidido tomarse unos días de descanso fuera de los terrenos Tavernier. Algo que había resultado por demás llamativo para los empleados que no estaban acostumbrados a ese tipo de comportamientos y decisiones en el amo y señor de la casa; por lo

tanto, la llegada de Diane no hizo más que potenciar los ánimos festivos en el lugar.

Camile fue la encargada de ponerla al día con los acontecimientos de la casa y de los últimos meses del Barón. Los ánimos del hombre habían tocado el límite, al punto de lo intolerable en todos los extremos. La ausencia de Diane en la casa lo había transformado en una furia, y toda la servidumbre, sin excepción alguna, había tenido que lidiar con la actitud despiadada del hombre.

Diane había regresado con el mismo equipaje con el que se había marchado, ninguna de las posesiones que había adquirido en su breve rol de condesa de Dankworth le hacía compañía, aun así, ocultaba un tesoro personal, algo que había adquirido en compañía de Andrew y el pequeño Timy. De ese tesoro se valía, sentía que con él podía enfrentar a su demonio... a mil demonios.

Y ese demonio no se hizo esperar, parecía que había olido a su presa a kilómetros de distancia y, como un cazador hambriento, iba por ella. Lo que Henry Mayer no sabía era que su protagonista estaba a punto de cambiar.

Dos noches en completa calma, dos noches en la que la ausencia de peligro le había hecho dejar la puerta sin cerrojo, pero esa noche, las palabras insinuantes de su tío durante la cena le confesaban la realidad a la que iba a enfrentarse. En el pasado, uno que no era muy lejano, se hubiese resguardado tomando todos los recaudos posibles, la estrategia del presente era por completo opuesta. No más, no la atormentaría más. No le cedería el control.

Contrario a las indicaciones del Barón, reclamó la presencia de fuego en el hogar de su habitación, no estaba dispuesta a pasar frío y, además, quería disfrutar de la lectura a la luz del mismo. Era su manera de recordar los buenos momentos, era la manera que tenía de prepararse para la batalla que llevaba años posponiendo.

La intrusión del Barón no demoró demasiado, pudo sentir sus pasos después de la medianoche, el hombre estaba dispuesto a llevar a cabo aquello que le había sido vedado durante años. La primera sorpresa se la llevó cuando descubrió que el picaporte no le ofrecía resistencia; la segunda, la más inesperada, fue la que halló al entrar en la habitación. Diane se encontraba despierta, en un estado de extraña quietud, junto al refugio que el hogar le brindaba.

—¿Por qué está encendido el fuego del hogar? —reclamó, los planes mentales que el hombre había trazado se veían afectado ante los hechos actuales, contaba con hallarla dormida. El cobarde tenía deseos de atacarla indefensa, incapaz de reaccionar a tiempo.

—Porque yo lo he solicitado.

—Tú no tienes derecho alguno en esta casa —gruñó, no le gustaba el tono

desafiante de su sobrina, quería a la otra, la que él había construido, pulido, una que respiraba sometida a sus designios.

—Tengo todos los derechos, esta es mi casa también y ya es hora de que ocupe mi lugar en ella.

Diane abandonó el resguardo que le brindaba el pequeño sofá, lo enfrentó en actitud y postura. Frente a frente, en iguales condiciones, separados tan solo por un par de metros.

—Tú solo estás aquí para cumplir una función, la que yo te otorgue, Diane. —Henry recuperó su carácter dictador de inmediato. Estaba convencido de que la nueva actitud de su sobrina se esfumaría en cuestión de segundos.

—¿Y cuál es esa función, tío? —No había temor en su voz, era hora de que el hombre hiciera palabras y acción a sus intenciones más perversas—. Dime, porque durante años me he escondido de ellas.

—Me perteneces —gruñó apretujando los dientes con fuerza. El veneno, ese que lo empujaba a lo incorrecto, le inundaba la sangre, le encendía el cuerpo—. Eres mía, y voy a hacerte mía.

Avanzó hacia ella movido por la más morbosa ansiedad, la de reclamar su cuerpo, asediarla, tomarla a la fuerza. Diane lo esperó, cuando estuvo a pasos de ella, tomó el atizador cuya punta se encontraba incrustada en los leños ardientes del hogar y le propinó un golpe en el rostro. El desagradable olor a piel chamuscada les atravesó a ambos las fosas nasales. Henry no pudo más que tomar distancia, contuvo el grito de dolor.

—¡Mal nacida! Vas a pagar por esto.

—No, tú vas a pagar por esto. —La batalla recién iniciaba, y Diane no iba a detenerse hasta convertirse en ganadora.

Henry se forzó a olvidar el dolor con la única intención de abalanzarse sobre su sobrina. Ella retrocedió blandiendo el atizador como arma de defensa hasta llegar a uno de los ventanales, ahí mismo arrancó una de las pesadas cortinas, ya se había encargado de las mismas, las había preparado para el uso que pensaba darles. Retomó el lugar junto al hogar y arrojó parte al fuego, comenzó a arder ante los ojos de ambos, el fuego no tardaría mucho en extenderse, en devorar la totalidad de la tela, y parte de la misma finalizaba en la alfombra. El simple contacto del fuego con la alfombra vaticinaba el inicio de una catástrofe.

—¿Qué demonios haces?

—Lo que imaginas. Antes de que me pongas una mano encima, prefiero arder.

El barón dudaba, aunque lo intentara, no podía llegar a ver el brillo en los ojos de su sobrina, no podía encontrar la verdad que ocultaban, contaba solo con la certeza que la voz de la joven le brindaba, una que le decía que no estaba

bromeando. Dio un paso hacia ella.

—Un paso más.... un paso más y te juro, tío, que haré arder esta casa hasta los cimientos.

—No, no lo harás.

—Lo haré, me encargaré de que todo arda... tú, yo. ¡Ya nada me importa! No has oído lo que dicen de mí, estoy maldita. Mi estadía en la mansión Dankworth me ha convertido en eso, en una mujer maldita, y donde sea que vaya, llevo conmigo esa maldición, y esta noche... esa maldición te incluye a ti.

La tela ardía, el fuego comenzaba a extenderse más allá del refugio del hogar.

—¿Qué te ha hecho ese demonio de Dankworth? —El Barón dejó escapar esas palabras sumido en el terror que comenzaba a apoderarse de él, no reconocía a su sobrina, a la sumisa Diane.

—Me ha rescatado del peor de los abismos, ese al que tú me empujaste —dijo tomando un candelabro con velas encendidas, caminó hasta otra de las ventanas, colocó las llamas a centímetros de la tela—. El único demonio en mi vida has sido tú, por eso te mereces tu propio infierno, y yo puedo dártelo en este mismo instante. ¿Estás dispuesto a eso, tío? ¿Estás dispuesto a arder? Porque yo sí, no le temo al infierno. ¿Sabes por qué? Porque he conocido el paraíso y con eso puedo morir satisfecha.

—¡Maldita loca! ¡Detente! —gritó al notar que la llama de la vela estaba por hacer contacto con la tela y que la cortina en llamas extendía su poder de fuego a la alfombra.

—¡No, tú detente! Aléjate de mí. Aléjate de mí de una buena vez, o te juro, te juro que haré de todas tus noches una pesadilla. No vas a saber cuándo el fuego irá por ti.

—¡Demente! ¡maldita demente! Te quiero lejos de esta casa, lejos de mí —dijo finalmente rindiéndose ante ella.

—Me alegra oírlo, por fin coincidimos, mi adorado tío.

El sarcasmo en su voz hizo eco en toda la habitación. Henry no demoró la partida, se dio a la huida en segundos. Diane apagó las velas, corrió hasta el agua de los depósitos sanitarios, se había cerciorado de contar con un extra para esa noche, y la arrojó sobre la llama antes de que la misma se escapara de la protección del hogar. El fuego no se apagó del todo, conservó la fuerza en su origen. Diane respiró, esa extraña sensación de temor y angustia que la había acompañado durante años se desvanecía, era como si se la extirparan del pecho.

Agotada, con la sensación de libertad total colgando de su espalda, se entregó a un momentáneo descanso, se dejó caer de rodillas frente al fuego. Volvió a respirar, profundo, sintió cómo el aire le recorría la totalidad de los

pulmones. Fijó la vista en las llamas, parecía que las mismas danzaban al ritmo de la naciente satisfacción de triunfo en ella. De pronto, una ráfaga de viento inesperada consiguió aquello que el agua no había logrado, apagar el fuego en su totalidad.

Alguien... Alguien...

El corazón le estalló dentro del pecho. ¿Acaso estaba enloqueciendo? ¿Estaba maldita de verdad? Reconocía ese lamento, eso eco... la mansión Dankworth.

El eco no se detuvo, se fundió con la inusitada brisa, una brisa helada que la rodeaba, se arremolinaba en torno a su cuerpo y la empujaba. El instinto, ese del que tanto había aprendido a confiar, la motivó a levantarse; al hacerlo, la ventisca continuó con su juego de guía.

Alguien...Alguien...

Salió de la habitación, avanzó por el gran corredor. Sentía cómo la brisa, esa ráfaga, le marcaba el camino. Sin siquiera darse cuenta, llegó al ala sur de la mansión, ahí en donde se encontraba el despacho de Henry. El hogar seguía encendido, y la puerta abierta le iluminó el resto del trayecto. No dudó, el lamento viajaba a la par del viento suave que le agitaba la falda del camisón. Cuando estuvo en el interior del despacho, la pequeña llama del hogar creció de forma desmedida, como si fuese alimentada por una mano invisible. Casi como por arte de ilusionismo, el rostro de una mujer emergió de las llamas. Diane quedó petrificada ante el espanto inicial, no reconocía el rostro, aunque suponía quién era, el lamento, el velo, la ropa oscura... sí, era la mujer, el espectro que había creído ver en el ala este de la mansión Dankworth.

Alguien... Alguien, ayuda, por favor. ¡Ayuda!

Por primera vez, el lamento cobraba otro sentido. Era una auténtica súplica de socorro.

Una mano se materializó entre el fuego y señaló en una dirección en particular, un armario contiguo a la gran biblioteca de su tío. Diane recordaba ese armario, siempre estaba cerrado bajo llave. Ni bien pensó eso, de la nada, las portezuelas del mismo se abrieron de par en par.

Alguien... Alguien, ayuda, por favor. ¡Ayuda!

El rostro dibujado en las llamas se acercó hasta estar a centímetros del rostro de Diane. El temor fue hecho a un lado en ese preciso instante, Diane comprendía que esa mujer intentaba llegar a ella, y no para asustarla. Fue hasta el lugar indicado y comenzó a hurgar dentro de los cajones, miró con detenimiento cada papel que tenía ante ella, títulos de propiedades, certificados de transacciones, el testamento Mayer y, entre todo eso, casi oculto en el fondo de uno de los cajones, halló varias cartas unidas con un lazo. El espectro

fantasmal su colocó a su lado, como si quisiera contemplar lo mismo que ella, Diane cayó en cuenta de que el motivo de interés de ese espíritu se encontraba en esas misivas. Ni bien comenzó la lectura comprendió todo, el regreso a la vida de Christine no era casual, había sido orquestado por su tío. Había correspondencia entre ellos, extensa correspondencia, por lo visto Henry Mayer había localizado a la mujer en un hecho fortuito y se había empeinado con ella. La extorsión había sido la herramienta de conquista de su parte, Christine retomó su papel como condesa Dankworth al sentirse presionada por el hombre; es más, en las cartas, la mujer revelaba gran parte de la estrategia de desaparición.

Alguien... Alguien, ayuda, por favor. ¡Ayuda!

El lamento se hizo profundo en su oído, y Diane entendió cuál era su función en todo el asunto, no podía permitir que su tío y la mujer de Andrew se salieran con la suya, juntos habían complotado para difamar al conde bajo un río de profundas mentiras. A la vez, la verdad sobre la mujer del velo salía a la luz en las confesiones escritas por Christine ¡Dios, había utilizado a su doncella, la había empujado a una muerte sin reparos!

Tenía que actuar sin demoras, alguien tenía que hacer algo al respecto, Andrew debía saber la verdad. Y Timy... Timothy debía ser alejado de esa macabra mujer.

Era plena madrugada, faltaban un par de horas para el alba. Se tomó el atrevimiento de despertar al jefe de cuadras para que la acompañara hasta las caballerizas, el hombre lo hizo sin dudar, no sabía cuál era el motivo de preocupación y huida de la señora, y no pensaba indagar en ello, solo se limitó a cumplir con lo pedido, la amabilidad de Diane siempre era correspondida por la servidumbre.

—Va directo a la tormenta, señora —la alertó al enterarse del destino al cual se dirigía.

—Pues lidiaré con ella... —dijo subiéndose en la parte delantera de un carruaje de dos ruedas que solo necesitaba del empuje de un caballo. No podía maniobrar más que eso.

Se aferró a las riendas, las agitó y puso en marcha al animal. Ni bien abandonó los terrenos Tavernier, la irregularidad en el camino le dificultó la marcha. Avanzaron a ritmo lento, le hicieron compañía al nacimiento del alba.

Las primeras ráfagas de luz que le iluminaron el trayecto no provenían del sol, sino de la tormenta que iba en dirección directa a ella. Todavía le restaba más de la mitad del recorrido, como siguiera a ese ritmo, el mismo se haría eterno. Motivó al animal a una marcha más ágil y, al cabo de unos kilómetros, esa arriesgada demanda le jugó en contra, una de las ruedas se salió de su eje al clavarse en el barro. No hizo el intento de hallarle solución, la rueda conseguiría

su resurrección solo a manos de un experto, algo que ella no era. Sin más alternativa, desenganchó al caballo, haría el resto del camino a montura. Acomodó su capa, se cubrió la cabeza con la capucha y se procuró de asegurar a su cintura el pequeño bolso que contenía las cartas. Ni bien se acomodó sobre el animal, las primeras gotas de lluvia le humedecieron el pelaje, lo acarició por unos segundos para infundirle calma, el pobre animal se inquietaba ante la inminente tormenta. Cuando sintió tener el control sobre él, tiró de las riendas para iniciar el galope. No recordaba cuándo había sido la última vez que se había entregado a la aventura de la cabalgata, no quería pensarlo, hacerlo la llevaría a la duda, y ya no está dispuesta a dudar más.

Luchó con la tormenta que parecía decidida a demorarla, forzarla a desistir. No lo hizo, era una emisaria de la verdad e iba en busca de lo que le pertenecía.

Llegó a la mansión Dankworth a primera hora de la mañana, la bruma había tomado control de la propiedad, apenas permitía ver la totalidad de la casa. Continuó por el camino que la llevaba a la puerta principal y, cuando estuvo ante ella, la sensación de oír un grito, un grito muy familiar, le hizo cambiar de rumbo. Era Timothy... y no podía esperar hasta que alguien de la servidumbre le permitiera el ingreso. Dirigió al caballo hacia el lado este, pasó junto a la capilla y rodeó el cementerio hasta llegar al muro colapsado por el fuego, sabía cómo entrar a la mansión, había encontrado la abertura junto al pequeño. La seguridad se apoderó de ella, sabía que estaba en el lugar correcto, la mansión Dankworth era su hogar y estaba dispuesta a reclamarlo.

Sí, iba a reclamar a su esposo, a su hijo, no permitiría que un fantasma de carne y hueso se los arrebatara.

Capítulo 11

Timothy estaba abrazado a Andrew en su cuarto.

—Es todo una ilusión —decía Lord Dankworth—, ya lo he descubierto.

Diane escuchó la confesión con cierto grado de sorpresa. Sin embargo, no hizo comentarios, de nada valía alimentar los temores del niño. Cuando al fin pudiera hablar con él, le explicaría su versión, esa que le clamaban los instintos: la dama del velo siempre quiso ayudar y ser ayudada.

—Timy, Andrew —murmuró apenas, para no sobresaltarlos ni romper el hechizo.

—¿Diane? —preguntó Lord Dankworth y parpadeó, temeroso de que fuera otro juego visual.

—¡Diane! —La efusividad de su hijo le dio las certezas de que era real. Timothy corrió y la rodeó por la cintura, escondió la cara en su vientre mientras se aferraba a ella con todas las fuerzas posibles. Andrew quería hacer lo mismo. Se detuvo a unos pasos de ella y buscó en sus ojos cafés la respuesta.

—Sí, Andrew, vine para ponerle fin a esta pesadilla. Tengo pruebas —agregó y buscó en el bolso que llevaba pegado a la falda.

—Yo también hallé la evidencia... ella es la mujer del velo, encontré el mismo en sus cosas y...

Diane le regaló una sonrisa llena de pena. No le explicaría su descubrimiento frente a Timothy, o lo empujaría al peor de los terrores, a ese que provocan los vivos y no los muertos.

—Tenemos que ir con las autoridades —propuso en cambio.

—Ya están en camino. —Tras esas palabras, de nada valía mantener la distancia. La verdad descubierta solo los empujaba a otra verdad, a la de sus sentimientos. Andrew imitó a su hijo, y la abrazó. Los tres fundidos en un círculo de contención que les decía que podían enfrentar lo que vendría.

No sería fácil, aún había obstáculos por sortear. Los rumores, la bigamia... pero se sentían capaces de lograrlo. Ese escenario de amor fue lo que halló Karl Houston cuando arribó a la mansión de Dankworth.

El detective no era un hombre de sonrisas, no solía mostrar emoción ante nada, ni los horrores que presenciaba ni los finales felices. Sus labios no se curvaron, aunque su estómago sí se retorció como solía sucederle cuando cerraba

un caso, con esa satisfacción del trabajo bien hecho.

—Lord Dankworth, Lady Dankworth —saludó el hombre y fue el primer desconcierto para ambos.

—Timy, ve con la niñera, debemos conversar con el detective.

Andrew los acompañó a su despacho. A medida que se acercaban al mismo, los gritos y lamentos de Christine se hacían audibles. Karl observó al conde con la ceja alzada.

—No la estoy lastimado, si eso le preocupa. Solo me aseguré de que no escapara una vez más, es presa de un ataque de nervios.

—Bien, en unas horas vendrán a llevarla. Mi lord, mi lady —se dirigió a ellos, y Diane alzó la mano, con pesar, para corregirlo. El título no le correspondía, incluso si Christine terminaba en prisión, Andrew seguiría casado con ella. Karl no le dio espacio a agregar nada, prosiguió sin más—: me he adelantado al resto de los oficiales porque han salido algunos asuntos a la luz con la investigación.

—Nosotros también tenemos evidencia —agregó Andrew. No había llegado a comprobar qué traía Diane en manos, de todas maneras, confiaba en ella. Él extrajo los restos del velo negro—. Mi hijo vio a una mujer con velo la noche del incendio, y he encontrado esto entre sus pertenencias. Creo que su plan iba más allá de huir, aunque Christine niega la participación en lo demás.

—¿Lo demás? —preguntó con curiosidad Karl. No creía que la falsa Lady Dankworth fuera capaz de más vilezas en la vida.

—Andrew... —lo detuvo Christine—. Lo del velo es cierto, lo otro...

—¿De qué otra cosa hablan? —preguntó el detective. Lord Dankworth y Diane cruzaron miradas mudas y contestaron al unísono:

—De nada.

Hablar de fantasmas con el oficial de Scotland Yard no ayudaría a la reputación de locos y malditos que pendía sobre su cabeza. Por lo que, en un pacto mudo entre marido y mujer, eligieron seguir la línea de investigación que podía ser probada.

—Bueno, vayamos al grano —dijo Karl—. Cuando Christine reapareció, surgieron nuevos interrogantes en la investigación, el principal, dónde estuvo todo este tiempo.

El gesto de Andrew fue de hastío, estaba convencido de que su esposa había estado siempre ahí, intentando volverlo loco.

—¿Y dónde estaba? —insistió Diane, con la vista puesta en Lord Dankworth para evaluar su reacción.

—En Italia. Lo más curioso, y el motivo que me trajo tan rápido hasta aquí, es que en Italia estaba a punto de casarse con un importante naviero, y el hombre

canceló la unión tras un viaje a Francia...

—No lo sigo —acotó Andrew. Y Diane se le sumó con su propio desconcierto.

—El naviero canceló el compromiso cuando, en Francia, descubrió a un reconocido mercader que también había estado casado con Christine... en realidad, Charlotte. Bueno... Charlotte es el primer nombre que hallamos de ella, porque no hay registro alguno.

Diane y Andrew lo miraron estupefactos. Karl, una vez más, hizo el esfuerzo de que la satisfacción no se convirtiera en sonrisa.

—Exacto, Lord Dankworth, su primer matrimonio es inválido. La mujer ya estaba casada, e incluso, no se llama Christine. Por ese motivo, Lord Dankworth, Lady Dankworth, me atrevo a presentar mis felicitaciones.

Antes de que pudieran balbucear un “gracias”, Karl continuó.

—El mercader fue víctima de una treta similar a la suya, Lord Dankworth. Christine, o Charlotte, o cómo demonios se llame, utiliza siempre el mismo modus operandi... compra a una doncella, cambia las prendas con ella, se escapa con la ropa de la sirvienta y desaparecen ambas mujeres. En Francia, la doncella la delató a los pocos meses, aquí, no hemos dado con Julia Spark.

—Mal me temo —se lamentó Diane con la voz quebrada, y señaló los sobres que aportaba como evidencia—, mal me temo que, habiendo aprendido del error del pasado, en la segunda ocasión no dejó cabos sueltos.

El detective repasó la correspondencia entre Henry Mayer y Christine Lawrens. El Barón la había hallado en Italia en un viaje de negocios y extorsionado para que regresara a su antigua vida con el fin de arruinar el matrimonio de los Dankworth. Karl comprendía las intenciones del hombre, llevaba demasiado tiempo tratando con demonios reales. Alzó la vista hacia Diane e indagó en la muchacha. Sí, la verdadera condesa de Dankworth sabía qué clase de monstruo era su tío.

—Aquí tenemos la evidencia que nos permite condenar a Christine de homicidio, entre otros delitos, como usurpación de la identidad. Pero me interesaría... si les parece correcto, conseguir algo más.

Lord y Lady Dankworth asintieron, harían lo que fuera por ponerle fin a todo aquello.

—Christine, o Charlotte, ¿cómo debo llamarte? —inquirió el detective a la mujer histérica que tenía ante sí.

—¡Sáqueme de aquí, maldito desgraciado! ¡Esta casa está maldita! ¡Sáqueme de aquí!

Karl Houston no estaba preparado para semejante ataque de nervios, era evidente que la locura había tocado a la falsa lady, porque sus reclamos eran

incoherentes. Fantasmas, demonios... Quizá, caviló el hombre, los remordimientos la habían llevado a la demencia.

—La sacaré, por supuesto, para llevarla a prisión. Tiene dos opciones, la horca o toda la vida tras las rejas.

—¡No importa! Lo que sea con tal de que me lleve lejos... ¿La ve? ¿la ve allí? —gimoteaba Christine mientras se balanceaba. Karl se volteó y no divisó nada.

—Lo que quiero es que firme aquí, este papel es una denuncia hacia Henry Mayer por extorsión y soborno.

—¿Si firmo, me llevará de inmediato?

—Sí.

Christine Lawrens no lo dudó ni un segundo. Por culpa del maldito Barón de Tavernier era que ella estaba allí, frente a frente con un fantasma y a punto de pudrirse en prisión. No lo haría sola, no señor. El desgraciado la acompañaría al infierno.



—¿Vas a quedarte, verdad? Dime que sí... por favor, no te vayas.

Timothy se abrazaba a la cintura de Diane con desesperación, no se desprendería de ella, temía que se marchara como ya lo había hecho.

—Voy a quedarme —intentó tranquilizarlo.

Desde la noche anterior que el pequeño no descansaba. La llegada de la policía, la partida de Christine, todos esos sucesos habían generado un intenso caos en la mansión. Lo arrojó en la cama, del otro lado estaba Andrew, que, desde su silencio, pedía por lo mismo. Quería que su esposa, la única, la que él amaba, se quedara.

—Prométemelo —le rogó, y para fortalecer la premisa de ese ruego, buscó complicidad en su padre—. Papá, tú también, prométeme que no vas a dejarla ir.

—No hay necesidad de promesas —dijo para ambos. Padre e hijo ansiaban conocer el resto de la verdad que la había llevado de regreso a Dankworth ¿Era solo la necesidad de ayudar a revelar el misterio de la maldición familiar, o iba más allá? ¿Estaba dispuesta a retomar su lugar en la casa, en la familia? —. Un par de días lejos de aquí, de ustedes, me fueron suficientes para reconocer que mi lugar, mi único lugar en el mundo, se encuentra aquí. —La confesión fue la melodía perfecta para los oídos del niño. Se rindió en la cama, se dejó cubrir con las cobijas. Diane lo besó en la frente a modo de invitación al sueño y, cuando hubo arrojado al niño por completo, deslizó la mano por sobre la cama para

entrelazar sus dedos a los de Andrew—. Todo lo que necesito y amo se encuentra aquí.

—¿Y la otra mujer? ¿Christine? —preguntó. Le habían dicho que esa mujer desconocida era su madre, sin embargo, para él, ese rol ya había sido ocupado. De todas maneras, deseaba saber el destino que le había tocado en suerte, pues Christine era el rostro del fantasma que lo había atormentado por años.

—Se marchó, no va a volver. —Andrew sabía que debía darle más explicaciones, aunque serían solo las necesarias, dejaría para la madurez del futuro los detalles escabrosos—. Ella y la mujer del velo ya no van a regresar.

—¿No más pesadillas? —Eso significaba la ausencia de la mujer del velo para Timothy, no más pesadillas, una existencia sin temor.

—No más pesadillas. —Andrew también se sintió libre del temor al decir esas palabras. Su miedo iba de la mano de la culpa, de una idea preconcebida de tragedia familiar que en realidad no era tal—. No más...

En cierta forma, los tres ponían fin a los terrores. Cada uno había cargado a sus espaldas un demonio, un fantasma. Ya no, eran libres, y habían conseguido esa libertad gracias al nacimiento de un sentimiento no previsto, el amor. Eran tres almas solitarias, tres almas con carencias que, al borde de un acantilado, al límite del abismo, habían confluído en busca de algo sin nombre para ellos. Y lo hallaron, contra todos los pronósticos, contra todas las tormentas. Juntos lo hallaron. Eran una familia.

—Ahora descansa, duerme. Nos quedaremos contigo hasta que así sea —finalizó Diane.

Andrew tenía la imperiosa necesidad de quedar a solas con su esposa, las palabras dichas a Timothy no le bastaban, él requería de algo más, de una confirmación que solo la cercanía en la intimidad podría brindarle.

El pequeño comulgó con los deseos del padre, se entregó al descanso en cuestión de breves minutos. Abandonaron la habitación en el mayor de los silencios y, ni bien la soledad del pasillo los recibió, rodeó la cintura de Diane con el brazo para atraerla a él.

—¿Es verdad lo que le dijiste a Timy? ¿Vas a quedarte con nosotros? —Una parte de Andrew no se sentía merecedor del afecto de Diane.

—¿Por qué habría de mentir? ¿Por qué habría de marcharme?

—Porque me entregué a mi suerte... porque acepté que el pasado nos robara nuestro presente. —Podía enumerar una lista eterna—. Porque te permití partir sabiendo adonde regresarías.

No deseaba esa culpa en él, la presencia de Andrew en su vida significaba un antes y un después para Diane, había sido el primer escalón a la toma de decisiones, esas que nunca antes había tenido el valor de tomar. Desde el

momento en que decidió aceptar su propuesta de matrimonio comenzó a sentirse dueña de sí misma, entregarse a él en cuerpo y alma, permitirse enamorarse, también fue su decisión... todo lo fue.

—Tú no me permitiste nada, yo decidí hacerlo, tú debías enfrentar a tu pasado y yo, al mío.

El pasado de Diane solo se reducía a una cosa, un hombre. La furia contenida de Andrew salió a flote con el simple hecho de pensarlo.

—¿Te hizo daño? ¿Se atrevió siquiera a tocarte?

—Lo intentó, como siempre. —Los aires de victoria se escaparon por entre sus labios—. No pudo, y ya nunca podrá.

No lo decía por el cobijo y la protección que la mansión Dankworth y Andrew le brindaban, sino por lo otro, por los cargos de extorsión que colgaban de su nombre. El Barón Tavernier pagaría sus pecados tras las rejas, el infierno correcto para él.

—Aun así, lo siento —dijo él tratando de que su ira naciente entrara en comunión con la calma que intentaba recuperar. Tomó el rostro de Diane entre sus manos, le acarició las mejillas—. Debí buscar otra alternativa.

—No había otra alternativa. Ella era tu legítima esposa, Andrew. O por lo menos, todo el mundo así lo creía.

El inesperado giro de los acontecimientos todavía los sorprendía. Ni bien Lord Dankworth supo la verdad detrás de Christine, analizó cada una de las posibles acciones legales a tomar con respecto a la nulidad de su enlace anterior, aunque sabía que disolver un matrimonio no era algo sencillo. La idea de saberse lejos de Diane por una eternidad de meses lo había devorado por dentro. Ahora eso no iba a suceder,

—Dios, no sé qué he hecho de bueno en esta vida para ser merecedor de tanta suerte... lo único que le debo a Christine es Timothy, él ha sido la razón de mi existencia todo este tiempo, pero ella... ella fue, sin duda, la peor elección de mi vida y, sin embargo... —Se detuvo, el brillo en los ojos cafés de Diane tomó control de él. Saber que nunca más se apartaría de esos ojos, que volvería a gozar del contacto de sus caricias, de el roce de su piel, de los latidos de su corazón latiendo a igual ritmo que al suyo, todo eso le imposibilitaron el habla.

—¿Sin embargo? —reclamó Diane, podía intuir cada una de esas palabras silenciadas, de todas maneras, quería oírlas.

—Sin embargo, esa decisión me llevó a la otra, a la mejor decisión de mi vida, tú.

La confesión fue una fecha directa al corazón de Diane. El amor que sentía por Andrew se magnificaba al encontrar en él su entera correspondencia. El amor que él le entregaba la inundaba por completo. Antes de que pudiera decir

algo, para su sorpresa, Andrew se arrodilló tomando su mano.

El juego de las luces de las velas que se encontraban encendidas para iluminar el corredor hizo travesuras en los ojos de Andrew, parecían dos auténticas piedras preciosas, el tono aguamarina se mezclaba con el brillo de la felicidad, un color apreciable solo para unos pocos.

—Lady Dankworth, ¿me haría el honor de volver a convertirse en mi esposa?

Diane hizo lo mismo, se arrodilló para que el rostro del hombre que amaba estuviese a la par del suyo. Así lo deseaba, de igual a igual, sin normas, sin reglas.

—Lo haré, por supuesto que lo haré, pero antes tengo una condición — expuso con dulce picardía.

—¿Cuál?

—La misma pregunta para usted, mi Lord, ¿me haría el honor de volver a convertirse en mi esposo?

—Es lo único que deseo.

No necesitaron de una capilla, ni de testigos, ni de un obispo como intermediario, sellaron ese pacto de amor y de reencuentro con un beso, un beso que se hizo eterno, porque se reencontraban, se confesaban entre roces y caricias el sentimiento.

Una repentina brisa actuó como mediador de cuerpos, las llamas de las velas fueron víctimas de la ventisca, se apagaron. Quedaron al resguardo de la luz de la luna que se filtraba por los vitrales de los ventanales.

Alguien... Alguien, ayuda, por favor.

Una vez más, el lamento, el frío, lo espectral.

A un par de metros, la imagen de una mujer dirigía su atención a ellos. El miedo inicial les hizo recuperar la verticalidad. Diane ya había aceptado la idea de la existencia espiritual luego de lo sucedido en la mansión Tavernier, es más, podía reconocer en las facciones del espectro fantasmal los rasgos de la mujer del velo, aunque había una diferencia, yo no había expresión de dolor en ella, al contrario, brillaba como una gran luz.

Andrew no podía moverse, no porque estuviese preso del terror, sino porque las creencias que atesoraba comenzaban a tambalearse dentro de él.

—Es... es Julia Spark —confesó a fuerza de un susurro.

Era la doncella, la única víctima del fuego y de los macabros planes de Christine.

—Gracias. —Diane no pudo más que agradecerle. Sin su asistencia, su historia, la historia de todos podría haber sido diferente.

Alguien... Alguien, ayuda, por favor.

Volvió a repetir con una suave sonrisa en los labios. La luz de la luna pareció redirigirse a ella, la cubrió con toda la intensidad de su blanco resplandor y, en segundos, su forma espectral se deshizo, se transformó en parte de ella. Ya no vagaría por los pasillos, ya no lloraría su muerte, ya no reclamaría ayuda, ella también era libre.

Todos lo eran.

Epílogo

La divina providencia, esa que había entrecruzado los caminos de ambos, parecía decidida a continuar su alianza con el clima. Los aires de tormenta eran lejanos recuerdos, episodios ocasionales. El sol, de una u otra manera, encontraba la forma de iluminar con su luz a la mansión Dankworth, una que también parecía haber renacido de sus cenizas. La oscuridad y el frío perpetuo, tan característico en ella, había sido reemplazado por lo opuesto, tibieza y claridad. Ya no había fantasmas, el pasado había sido sepultado de una buena vez junto a la culpa, junto a la autoflagelación del pensamiento. La familia Lawrens vivía el hermoso presente, y solo proyectaban a futuro aquello que se abrazaba a la idea de felicidad, una felicidad pura y auténtica que compartían con el mundo. No solo la mansión había perdido su esencia maldita, Andrew también lo había hecho, la realidad de los acontecimientos, esos que durante años le habían otorgado la condición de demonio, habían desaparecido como la bruma ante la llegada de la primavera. Las cicatrices ya no eran el centro de atención, la actitud distante e iracunda que, tiempo atrás, lo había expulsado de la realidad social que lo rodeaba, ya no era tal, había mutado de la mejor manera, el brillo y la sonrisa radiante que día a día lo acompañaban le había permitido ser el hombre que en realidad era.

Hoy la historia era otra, una que se reescribía y borraba de un plumazo los capítulos pasados. La mansión Dankworth albergaba entre sus paredes amor, felicidad, esperanza, y después de tantos años, estaba dispuesta a compartirlo con el resto de los mortales. Andrew había decidido restaurar el ala este, y la intensa obra había llegado a su fin. Eso ameritaba festejo, un festejo que se potenciaba ante la cercanía del primer aniversario del matrimonio. La mansión y el salón de baile, ese que se había cerrado por duelo y melancolía más tiempo del que se pudiese pensar, reabría las puertas para confesarle al mundo el inicio de una nueva época para la familia Lawrens. La celebración incluía un motivo más de felicidad para al matrimonio, en breve, un nuevo integrante llegaría al mundo.

—¡Papá! ¡Mamá!

Los gritos de Timothy ya no los ponían en alerta, los temores ya no existían. Solo había lugar para la aventura, el disfrute y la exploración. Cada tarde, realizaban una caminata por los alrededores, se deleitaban con el hermoso contraste de la naturaleza con el crepúsculo.

—¡Miren, una mariposa monarca! —volvió a valerse del grito para exponerles su hallazgo. Se encontraba trepado a un árbol, intentaba entablar amistad con el tesoro alado—. ¡No se demoren, no sé cuánto tiempo voy a poder retenerla!

Andrew y Diane intentaron acelerar los pasos, les fue imposible, el pequeño que crecía dentro de ella parecía agitarse dentro del vientre a la par de Timothy. Tuvo que tomarse unos segundos para respirar. El futuro Lawrens era muy inquieto, ansiaba salir al mundo, se notaba.

—Haz tu magia. —Diane solicitó asistencia en su marido, reconocía el placer que él sentía al hacerlo.

Las manos de Andrew se posaron en el vientre, primero era la caricia, después era el turno de las palabras. Se arrodilló ante ella, acercó los labios a la altura de su ombligo y susurró:

—Sé bueno con tu madre, ya tiene suficiente con tu hermano aquí afuera. Ya llegará tu momento, pequeño, ya tendrás tu mariposa.

Fue auténtica magia, las palabras de Andrew tenían un efecto de armonioso hechizo en el bebé. Besó el vientre con delicadeza y recuperó la verticalidad para obsequiarle otro beso a su esposa.

Timothy había logrado su cometido, la mariposa reposaba ahora en su dedo, y viendo y considerando que la actitud de sus padres no era la que había reclamado, fue hasta ellos, a paso lento... muy lento.

—Ha cruzado el océano para llegar aquí. La pobrecilla debe estar cansada. Es más, creo que se ha perdido —dijo llegando ante ellos.

Ni bien Timothy se detuvo, el insecto alado agitó las alas y fue en busca de otro lugar de reposo, el vientre de Diane. La hermosa imagen provocó una sonrisa en todos.

—Parece que a la mariposa le agrada tu hermanito. —La sorpresa hizo hablar a Diane.

—O hermanita —rebatía él.

—Verdad... —Andrew cayó en cuenta de que nunca había conversado con respecto al sexo del bebé con Timothy, se valió del comentario para hacerlo—. ¿Tú qué prefieres? ¿Hermano o hermana?

—Hermano... —Al instante se interrumpió para pensar mejor la respuesta—. Aunque también quiero una hermana.

—¡Vaya, me agrada saberlo! —rió Diane. Andrew no pudo hacer comentario al respecto, la sonrisa le imposibilitaba el habla.

—Sí, quiero un hermano y una hermana —agregó Timy—. Uno... dos... tres... cuatro...

—¿Tantos? —Diane consideró prudente detenerlo, estaba a punto de estallar

en una carcajada.

—Sí, tenemos un montón de habitaciones. ¿Qué sentido tiene tener tantas habitaciones?

Andrew rompió el embrujo de la felicidad que lo empujaba a la mudez para poner en perspectiva el pensamiento de su hijo.

—Espera ahí. ¿Pretendes un hermano por cada habitación vacía de la casa?

Timothy hizo cálculos mentales, se entregó a su lógica infantil y respondió con certeza:

—Sí.

Diane giró el rostro en busca de la expresión de su marido.

—Ahora que lo pienso, su idea tiene mucho sentido... tenemos muchas habitaciones. —Andrew se sumó, de manera indirecta, al pedido de Timothy.

—Estamos hablando de más de una docena de pequeños Lawrens corriendo por los pasillos de la mansión. ¿Estás dispuesto a eso? —Diane estableció las reglas del futuro juego de paternidad al que se enfrentarían.

—Suenan al paraíso mismo... Contigo, cariño, todo es comparable al paraíso.

Se entregaban a la buenaventura, dejarían que la vida les indicara el camino. Uno, dos, una docena de niños... le daban la bienvenida a todo.

Eran como esa pequeña mariposa que había atravesado el océano, ellos habían atravesado el infierno y, de sus restos, habían construido el más hermoso de los paraísos.

Se amaban y con eso bastaba. Reconocían la naturaleza inagotable de ese sentimiento.

Se amaban, y estaban ansiosos por hacer extensivo ese amor.

Nuestro catálogo



Melanie Rogers y Scarlett O'connor se reúnen para escribir una novela

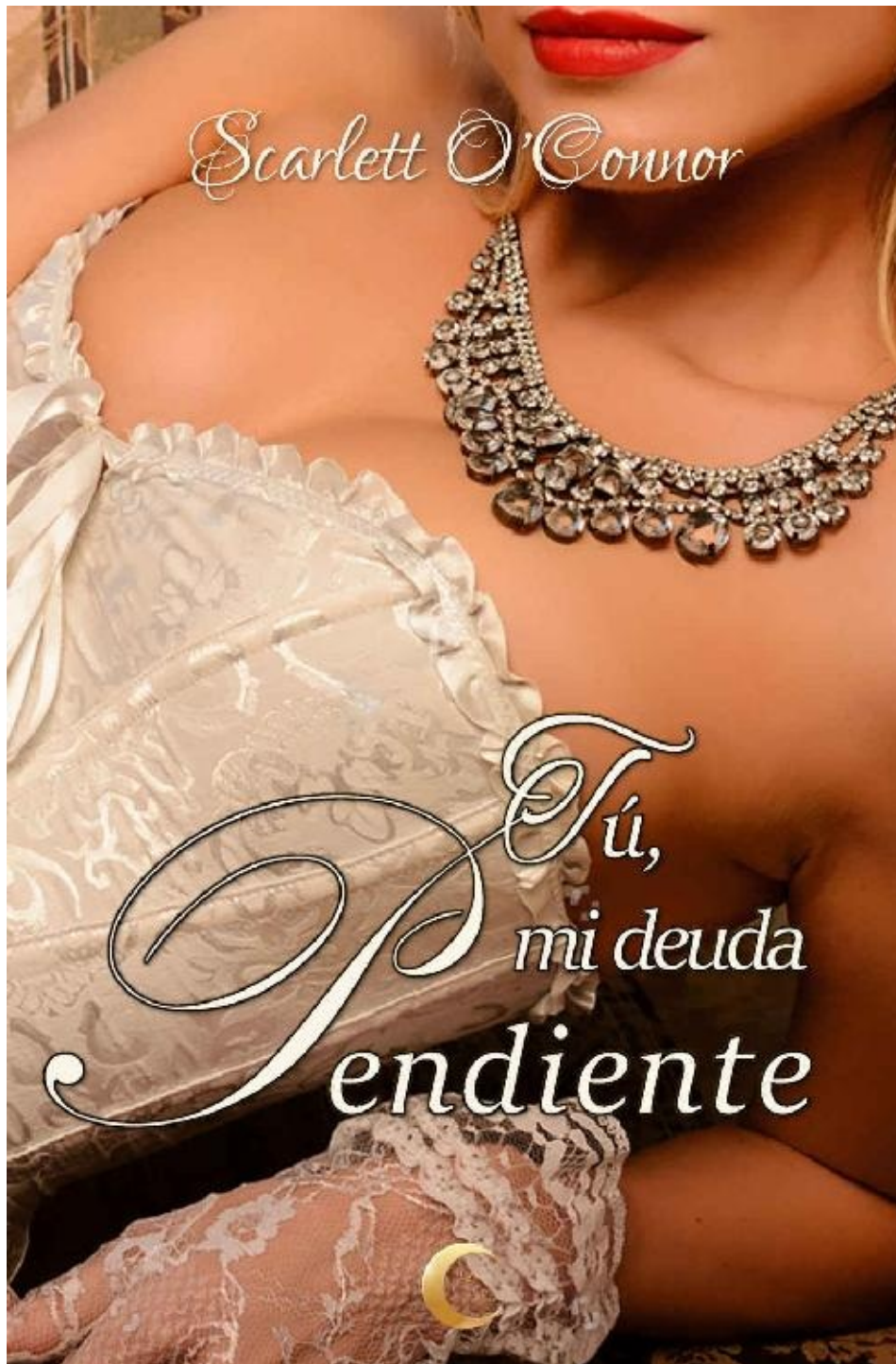
erótica que no podrás dejar de leer.

"Recuerda siempre leer la letra pequeña".

Xaviera Fontaine estaba desesperada, día a día, su marido se distanciaba de ella. Por eso, cuando Alice le habla del mejor amante de la ciudad, no duda en recurrir a él para descubrir los placeres del sexo y reconstruir su matrimonio.

Pero nadie le advirtió...

Una vez pasas por la cama de Leonard, no vuelves a ser la misma mujer.



¡Scarlett lo ha hecho de nuevo! «Tú, mi deuda pendiente» es una novela

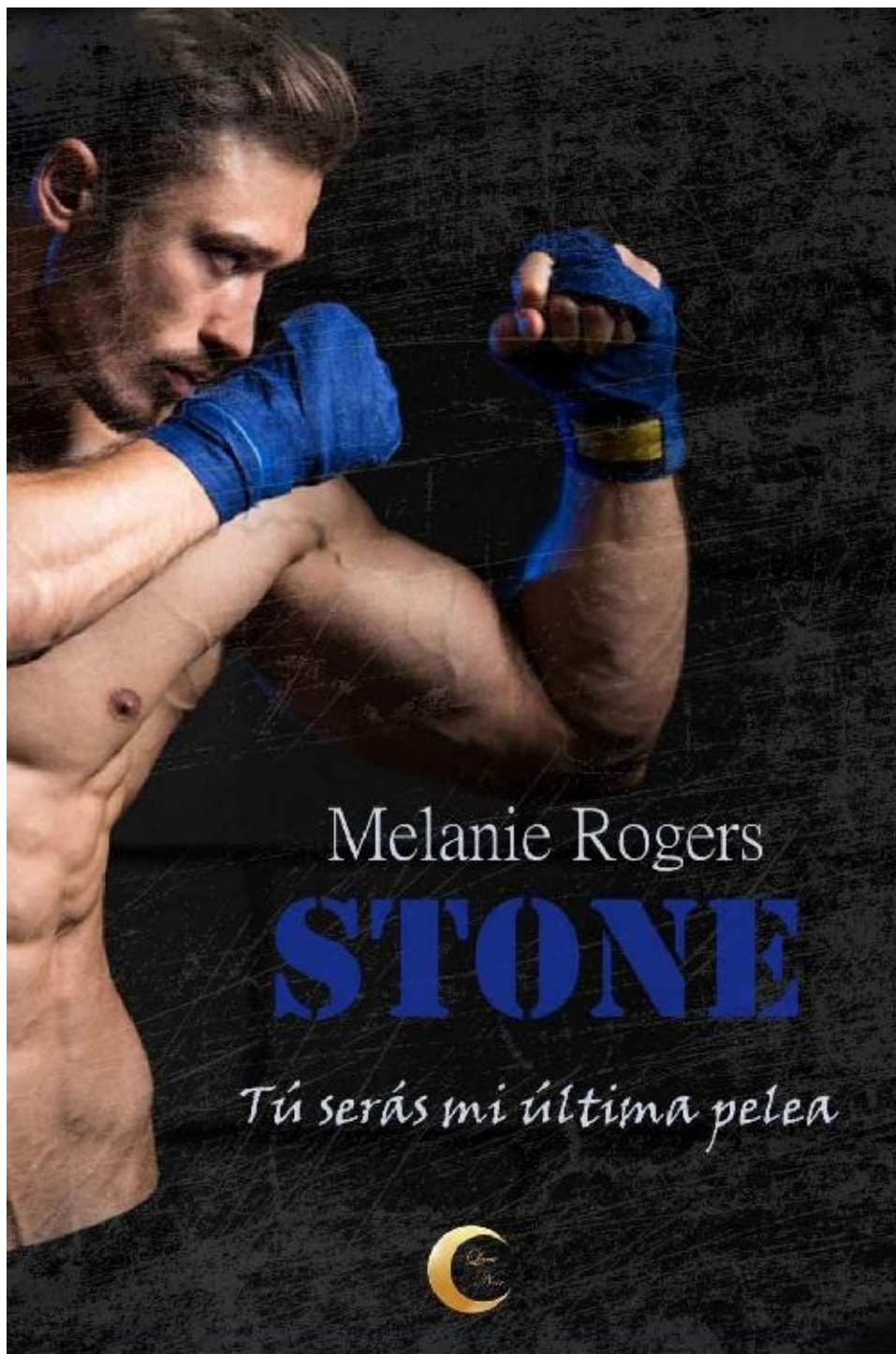
llena de sensualidad y erotismo que te volverá a hacer creer en el amor.

-Melanie Rogers

Una traición ha llevado a la ruina a su familia. Anthony Richmond desea que el traidor pague con sangre, pero cuando Lady Katherine se presenta sola en su casa de soltero a clamar por la vida de su hermano, los planes de venganza tomarán otro rumbo. Uno mucho más placentero para el marqués de Shropshire:

Seducirla, mancillarla y pasar por el lodo el apellido Aldridge, como ellos hicieron con Richmond.

Pero nadie le advirtió. Lady Katherine puede ser tan buena contrincante como él en el juego de seducción.



Melanie Rogers

STONE

Tú serás mi última pelea



Melanie regresa golpeando fuerte. Peleas clandestinas, mafia, odio y, por supuesto, AMOR con todas las letras. Una historia adictiva. -Lizzy Brontë

Una mujer. Un pasado. Y la pelea de su vida.

Vince "The Stone" Flynn sobrevive en las sombras. La noche es su fiel compañera, en ella oculta los fragmentos de una vida que quiere dejar atrás. Por desgracia, la presencia de Katrina, una mujer que oculta un pasado igual de oscuro que él, lo arrastrará directo al infierno del cual escapó tiempo atrás.

Golpe a golpe, así recordará quién es.

Puño contra puño, así reclamará lo que es suyo.

No hay reglas. No hay piedad. Solo... ganar o morir.

Síguenos en las redes sociales



<https://www.facebook.com/LuneNoirEditorial>



[/LuneNoir7](https://twitter.com/LuneNoir7)



[/lune.noir.libros](https://www.instagram.com/lune.noir.libros)

Icons made by: flaticon

<https://www.flaticon.es/autores/freepik>

www.flaticon.com is licensed by Creative Commons BY 3.0.

<https://lunenoireditorial.wixsite.com/lunenoir>

